

Sophie Saint Rose
Serie única

Eres única

Eres única

Sophie Saint Rose

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Aburridísima, Jessel tamborileó los dedos encima de la mesa porque había terminado todo su trabajo hacía dos horas. El presidente estaba durmiendo la siesta en el sofá del despacho y con la resaca que tenía, le daba que esa siesta iba para largo. Bufó pasándose un mechón de su cabello pelirrojo tras la oreja. No tenía que haberse cortado el cabello a la altura de la barbilla, era de lo más incómodo. Escucharon un ronquido que la dejó atónita. Últimamente ese hombre no levantaba cabeza. Desde que su mujer le había dejado pasaba de todo, no dejaba de anular citas y ya no se encargaba de nada. Miró a su compañera y sus bonitos ojos ambarinos brillaron de la diversión al ver que se estaba pintando las uñas de un color rojo fuego. Al menos aprovechaba el tiempo. —Es que ya ni suena el teléfono.

—¿Pues sabes qué? Que mejor. Menudas vacaciones me estoy pegando. El niño no deja de dar por saco y me crispa los nervios con tanto grito. Es que no sé qué le pasa.

—Tu niño tiene quince años, Clare. Y lo que le pasa es que está en la adolescencia.

—Ya, pero mientras se le pasa a mí me salen canas por aguantarle.

Sonrió sin poder evitarlo y cogiendo la taza de café vacía se levantó mostrando su vestido verde. En ese momento se abrió la puerta de cristal y se volvió para ver que entraban en presidencia cuatro hombres con trajes de diez mil pavos. Ella prácticamente ni miró a los otros tres porque el que iba delante era como para provocar un infarto. Alto, moreno y con unos increíbles ojos azules, llevaba un traje gris con una corbata azul cobalto y le quedaba de miedo. Separó los labios de la impresión mientras su corazón se detenía sin darse cuenta de que Clare se

levantaba en el acto. —Buenas tardes.

Sin contestar pasaron ante ella y Jessel les siguió con los ojos mientras ese tipo abría la puerta de presidencia.

—¡Oigan, no pueden pasar! —gritó Clare rodeando su mesa—. Jessel espabila, llama a seguridad.

—Esto es increíble —dijo alguien dentro del despacho—. ¡No me lo puedo creer, joder!

Jessel y su amiga corrieron hacia la puerta para ver como el moreno que obviamente era el que mandaba, se acercaba al sofá y agarraba de la corbata a su jefe. —¡Despierta, imbécil!

Ambas dejaron caer la mandíbula del asombro. Nadie llamaba imbécil a Peter O'Neill.

—Sabía que no tenía que darte otra oportunidad.

Peter abrió sus ojos inyectados en sangre. —Jefe...

—¿Jefe? —susurró Clare.

—Shusss...

—¡Estás borracho! —Soltó su corbata como si le diera asco. —Serás mamón, me han llegado los balances de este trimestre. ¡Estás hundiendo la empresa!

De repente se echó a llorar. —Glory me ha dejado.

—¿Quién coño es Glory?

—Mi mujer. —Sollozó como si fuera un niño. —Mi mujer se ha llevado a mis hijos.

El tipo entrecerró los ojos. —¿Qué me estás contando? ¿Que me has hecho perder siete millones de dólares por tus problemas maritales? —gritó a los cuatro vientos—. ¡Largo!

Sin dejar de llorar intentó levantarse, pero se debió marear porque cayó de rodillas al suelo haciendo que las chicas hicieran una mueca. Era tan patético que daba pena y todo. Peter levantó la vista hacia el macizo. —Pero...

—¡He dicho largo! —Miró a los que le acompañaban. —¡Sacadle de mi empresa! ¡Ya!

—Disculpe —dijo Jessel dando un paso al frente.

—¿Quién es usted! —gritó furioso.

—Eso mismo me gustaría saber a mí. ¿Quién es usted y por qué trata así a mi jefe?

—¡Tu jefe soy yo!

Uno de sus hombres le mostró unos papeles que llevaba en la mano. —Esta empresa pertenece a Industrias Blacknard desde hace seis meses. El señor Blacknard, aquí presente, es el dueño de esta empresa y por lo tanto su jefe, así que cierre la puerta y vuelva a su trabajo.

Apretó los labios sintiéndolo por el señor O'Neill, aunque su comportamiento había sido de lo más irresponsable, pero algo en su interior le hizo alargar la mano y coger los papeles. Al mirarlos por encima sintió como su amiga se acercaba para leer sobre su hombro. —Mierda... —dijo Clare por lo bajo—. Es cierto.

Jessel asintió y miró a los hombres antes de alargar la mano para devolver los papeles. —Señor Blacknard, si le echa de malas maneras se enterarán de lo que ocurre todos los empleados y por lo tanto también la prensa. No querrá eso para la empresa, ¿no? Todo el mundo se enteraría de su comportamiento y sería perjudicial para nuestra imagen. Hay que salvaguardar MCH todo lo que se pueda.

Un tipo rubio que estaba al lado del nuevo jefe dijo —Boris, tiene razón. Esto solo conllevará un escándalo. Debemos echarle discretamente. No queremos poner nerviosos a los empleados, ¿verdad? Sentirán que hay inestabilidad en la empresa.

—¡Es que la hay, joder! —Fulminó a Peter con la mirada. —¡Y tú deja de llorar! —Se agachó y le agarró por su cabello rubio. —¡No me vengas con eso de que estás tan hecho polvo porque tu mujer te ha dejado! ¡He visto como prácticamente te liabas con otra mujer ante mis narices sin ningún remordimiento! —Las chicas dejaron caer la mandíbula del asombro. Con lo afectado que parecía, para que te fíes de los que tienen cara de buenos. —¡Lo que te jode es que se ha llevado la mitad de lo que me has sacado por esta mierda de empresa! ¿Crees que puedes

jugar conmigo? —siseó de una manera que Jessel se excitó muchísimo—. Te vas a acordar de quien es Boris Blacknard, eso te lo juro por mis muertos. —Se enderezó antes de gritar — ¡Sacadle a patadas de mi empresa!

Nada, que no se bajaba de la burra. Dos de los tipos se acercaron para cogerle de los brazos por debajo de las axilas dispuestos a sacarle a rastras. —Que no. —La miraron sorprendidos. —Que este no es el camino...

—Oye, ¿quieres quedarte sin trabajo? —preguntó Boris con voz lacerante antes de dar un paso hacia ella—. Porque estás a esto de largarte con él.

Jessel parpadeó. —Es evidente que está cabreado y no piensa con claridad.

—¿Que yo no pienso con claridad?

—¿No ve lo que esto puede perjudicarnos?

—¡Me importa una mierda!

—Ah, pues si puede permitírselo...—Se hizo a un lado para que pasaran.

—¡Llame al vicepresidente! ¡Quiero hablar con él!

Otra cosa que no iba a gustarle. —Está de viaje.

—¿Un viaje de negocios? —preguntó el rubio.

Bueno, se iba a enterar tarde o temprano así que... —En un torneo de golf.

Boris miró al rubio como si no se lo creyera. —Michael, ¿pero qué coño está pasando?

—Espera Boris, que tiene que haber una explicación. —Dio un paso hacia ella. —Está de vacaciones.

—No.

—¿Cómo que no?

Suspiró. —Las vacaciones se las tomó el mes pasado para ir a Arizona a un centro de desintoxicación. Le da a los analgésicos desde que tuvo una lesión en la rodilla. Por jugar al golf

precisamente.

Clare gimió tras ella, pero había que poner las cartas sobre la mesa.

—La madre que los parió —dijo Boris cada vez más encendido.

—¡Glory, te quiero! —escucharon a lo lejos.

—Cierra el pico —dijo uno de los que le sacaban a rastras—. ¡Joder, cómo pesas!

Boris pasó a su lado y gritó desde la puerta —¡Sacadle de aquí!

—Sí, jefe.

Ella le miró el trasero lo que le permitía la chaqueta del traje. Y prometía mucho, vaya si prometía. Ese era de los que tenía un preparador, eso fijo. Se volvió y Jessel levantó la vista hasta sus ojos. —Así que solo os tengo a vosotras —dijo mosqueadísimo.

Jessel sonrió. —Pues sí.

De malas maneras se quitó la chaqueta del traje y la tiró a un lado jurando por lo bajo. — ¡Traedme los informes del año! ¡Contratos! ¡Clientes! ¡Todo! ¡Lo quiero sobre esa mesa ya!

—Boris, ¿te vas a encargar tú?

—¡Tengo que averiguar a quién pongo al cargo, Michael! ¡Me he gastado ciento cincuenta millones en esta empresa! ¡Necesito a alguien con mano de hierro! ¡Logan no está para sustituirme, así que quedas al cargo mientras decido qué hacer!

El tal Michael parecía agobiado y lo confirmó al decir —¿Y no sería mejor que yo me encargara de esto y tú...?

Le miró a los ojos como si quisiera soltar cuatro gritos y Jessel dijo —¿No ve que le está dando la oportunidad de su vida? —Los dos miraron hacia ella que sonrió como si nada. — Mientras él decide qué hacer, tú tienes que demostrarle que en caso de que pase algo puedes hacerte cargo de la multinacional. Porque es una multinacional, ¿no? Me suena el nombre. — Ambos asintieron y Jessel soltó una risita. —Pues eso, es una oportunidad, Michael. Se nota que

le caes bien y que quiere probarte.

Michael le miró pasmado. —¿Es eso? ¿Quieres ver si soy capaz de llevarlo? Joder, no te voy a decir que no me asusta un poco el reto, pero te juro Boris que me voy a dejar la piel, no voy a defraudarte.

—Haz tu trabajo —dijo fríamente sin dejar de mirarla lo que la sonrojó—. ¿Cómo te llamas?

Dio un paso al frente. —Jessel Grizzard, señor Blacknard.

—Jessel, eres de esas personas que no saben cuándo cerrar la boca, ¿no?

Se puso como un tomate. —Solo intentaba ayudar.

—¡Ofrece tu ayuda cuando te la pidan! ¡De momento te he pedido otra cosa! ¡Dónde están esos informes!

—En el ordenador. Estamos en el siglo veintiuno, solo tiene que mirar la pantalla.

Clare reprimió una risa y Boris amenazante dio un paso hacia ellas. —¡A imprimir!

—¿Sabe que es un gasto para el medio ambiente que se puede evitar?

Su amiga la cogió por el brazo. —Vamos, vamos, que este nos echa también.

—Hay que ser más ecologista. Seguro que usted no recicla —dijo antes de que Clare tirara de ella con tal fuerza que la sacó del despacho.

Sin poder creérselo miró a Michael que se encogió de hombros. —Sí jefe, es surrealista.

Jessel metió la cabeza sonriendo de oreja a oreja. —¿A doble cara o página por página?

—Vamos a ser ecologistas, a doble cara —dijo con retintín.

—¿Y a color o...?

—¡Haz las malditas fotocopias!

—Sí, jefe. —Le guiñó un ojo dejándole de piedra. —Deme unos minutos y se las traigo.

Atónito se volvió y vio que Michael reprimía una sonrisa antes de carraspear y decir —
¿Necesitas algo?

Yendo hacia el enorme escritorio dijo —Si tienes algún problema me avisas.

—No te preocupes, sabes que lo haré. —Vio que pasaba un brazo por encima de la mesa, arrastrando todos los papeles para que cayeran al suelo antes de que se sentara tras el escritorio. —Jefe... —Él miró hacia Michael. —Si tienes problemas con la pelirroja, avísame.

Levantó una ceja incrédulo. —Amigo, ¿desde cuándo he tenido yo problemas con una mujer?

Sacando un montón de fotocopias de la bandeja de salida, Clare la miró de reojo. —Tiene carácter, ¿no?

Soltó una risita dándole a imprimir a la siguiente tanda de documentos. —Sí, y eso lo hace todavía más interesante. —Su amiga la miró como si estuviera loca. —¿Qué? Cada una tiene sus gustos. A ti te gusta el estilo osito de peluche como tu James, a mí me gusta que me hagan vibrar. Y este lo hace, vaya si lo hace.

—Cuando dices osito de peluche, te refieres a barrigón y con papada, ¿no? Oye, que está a dieta.

—No, me refiero al típico que te dice sí a todo y que te abraza viendo la película en el sofá.

—Ese es mi hombre.

—Pues yo prefiero al cañero que te da orgasmos que casi te dejan en coma.

—Ese no es mi hombre. —Miró sobre su hombro y susurró —Te juegas el trabajo.

—Qué va. Le va la marcha tanto como a mí. —Sonrió de oreja a oreja. —Me adorará. —

Clare no pudo disimular su incredulidad. —Mujer de poca fe. ¿Una apuesta? Una comida en el Veggi a que en dos semanas me pide matrimonio.

—Sí que te ha dado fuerte.

—Es él, es él —dijo tan contenta.

—Oye bonita, ¿no has pensado que puede estar casado? No sabes nada de él.

Parpadeó antes de correr al ordenador y teclear a toda prisa en internet. —¡Tiene perfil en Wikipedia! —Pasó el dedo por el lado derecho de la pantalla. —No, soltero. Y no se ha casado nunca. Gracias Dios, gracias, gracias.

—Entonces es gay.

—¿Qué dices? Ni de broma, me ha mirado los pechos. —Se miró el escote y metió la mano por él para colocárselos bien rectos. —Lo ha hecho inconscientemente mientras me gritaba, pero lo ha hecho.

—¿De veras? Pues no me he dado cuenta y ahí dentro no he perdido detalle.

—Sí, han sido dos décimas de segundo. —Miró su pecho antes de apartar la mirada. — Así.

Clare rio. —Estás fatal. Igual pasaba una mosca y la seguía con la mirada.

—No vas a desanimarme.

—¿Y si pierdes el trabajo?

—Habrá merecido la pena. —Le guiñó un ojo antes de soltar una risita. —Qué niños más guapos vamos a tener.

Jessel entró en el despacho con el carrito de los cafés lleno de papeles. —Marchando lo que ha pedido, jefe.

Él que estaba escribiendo algo en el móvil levantó la vista para mirarla de manera heladora. —Déjalos sobre la mesa.

—Marchando.

—No me lo digas, has sido camarera.

¡Le interesaba su vida! Aquello empezaba muy bien. —Durante la universidad. Y durante la adolescencia. En realidad, mi padre tenía un restaurante en el Soho y me he criado entre camareros, cocineros y clientes. —Dejó caer una pila enorme ante él. —Ahí va un árbol del Amazonas. Le traeré los demás en nada de tiempo, en cuanto los talen.

—Muy graciosa.

Sonrió de oreja a oreja. Le parecía graciosa, su relación iba viento en popa. —Gracias. ¿Un café?

—Sí —dijo cogiendo las primeras hojas—. Bien cargado.

—Marchando un viaje al infarto antes de los cincuenta. ¿Azúcar o sacarina? —La miró fijamente. —Déjeme adivinar, se nota que se cuida, pero no creo que tome sacarina. No le veo pidiendo sacarina en los restaurantes ante los clientes, quedaría como una nenaza, ¿no? Y usted antes de mostrar debilidad es de los que lo toman sin nada. —Entrecerró los ojos. —Aunque creo que le gusta el azúcar.

—¿Y eso por qué lo sabes?

—Intuición.

Miró los papeles de nuevo. —Estoy impresionado —dijo con burla—. Solo, cargado, con dos de azúcar.

—Lo sabía.

La fulminó con la mirada y ella se hizo la loca antes de ir hacia la puerta. ¿Le estaría mirando el trasero? De repente se volvió de golpe y él mirándola como si fuera un bicho raro levantó una ceja. —Dos de azúcar marchando. —Fue hasta la puerta y sin poder evitarlo miró sobre su hombro. Leía los papeles. Pues no le había mirado el culo, no. Qué raro. A ver si era de estos a los que les gustaban las chicas palo. Ella tenía curvas. Dios, ¿tendría el trasero demasiado

grande? Jessel, deja de pensar tonterías, si estás como un queso. ¿Tenía unos kilitos de más? Y qué si los tenía en los lugares adecuados. En el culo y en las tetas, que es donde debían estar. Vale que si engordara cinco kilos más se pondría algo regordeta, pero ella controlaba, un pedazo de tarta al día nada más.

Mientras salía el café en la carísima cafetera expreso que tenían en la oficina, cogió un donut y le dio un mordisco pensando en ello. Mira, tenían algo en común. Los dos se cuidaban, eran el uno para el otro.

Cuando llegó con la bandeja al despacho rodeó el escritorio para ponérsela al lado. Él distraído miró la bandeja para ver el plato que le había puesto con dos donuts. —Joder, llévate eso.

—No, porque el cerebro necesita azúcar y tiene mucho que revisar. —Le puso la taza de café delante. —Dos de azúcar.

Él se le quedó mirando los labios y se le cortó el aliento separándolos sin darse cuenta. Boris entrecerró los ojos. —¿Jessel?

Qué bien sonaba su nombre en sus labios. —¿Sí?

—¿Tienes chocolate entre los dientes? ¡Deja de comer donuts en horas de trabajo! ¿Y si llegara un cliente? ¡Menudas pintas! Vamos a dar una imagen buenísima.

Se sonrojó llevándose una mano a la boca y se pasó la lengua por los dientes. —Mierda.

—¡Y tienes una mancha en el escote que por la pinta debe ser crema de yogurt!

Se miró el pecho y se lo tocó para aplastarlo. Pues sí, allí estaba. —¡No! —Se pasó el pulgar por la lengua antes de frotar la mancha.

—Qué desastre de oficina —dijo molesto antes de mirar los papeles de nuevo cogiendo el café. Le dio un sorbo y volvió la cabeza hacia ella como si lo estuviera saboreando.

—Bueno, ¿eh?

—¿Qué es esto? —preguntó sin tragarlo.

—Achicoria. Un sucedáneo del café muy sano que no tiene cafeína. Hay que cuidar el corazón, jefe.

Echó el contenido en la taza. —¿Que es qué?

—¿No le gusta?

—¡Pues no!

—A O'Neill le gustaba.

—Por eso lloriqueaba. ¡Tráeme un café! ¡Y llévate esto, pero antes lávate los dientes!

Bufó y fue hasta el baño de su despacho dejándole con la boca abierta. Jessel se estaba lavando los dientes cuando vio que asomaba la cabeza. —¿Qué coño haces?

—Lavarme los dientes.

—¿Aquí?

—Lo compartíamos. Es que sino tenemos que ir al final del pasillo y Clare tiene pérdidas, ¿sabe? No puede salir corriendo de repente.

—¡Pues que se ponga un pañal!

—Uy, no diga eso que la hunde. —Escupió en el lavabo y se enjuagó la boca. —Cuando se incorporó para mirarse al espejo vio que le miraba el trasero. Casi grita de la alegría, pero hizo como si nada limpiándose con una de las toallas que estaban dobladas sobre la encimera. Como si tal cosa cogió la barra de labios que tenía allí y empezó a pintárselos de rojo. Él al ver lo que estaba haciendo gruñó antes de ir hacia su mesa de nuevo. Estaba claro que le gustaba el color. —¿Seguro que no quiere la achicoria? ¿Por qué no le da una oportunidad?

La taza salió volando estrellándose contra la puerta de entrada y ella hizo una mueca. —Vale, lo he pillado. —Sacó la cabeza del baño. —¿Va a tirar algo más? ¿Puedo salir?

—¿Qué coño es esto?

—¿El qué? —Al ver que miraba los papeles de nuevo, se acercó y rodeó su escritorio para agacharse a su lado para ver lo que estaba leyendo. —El balance trimestral detallado. Oh, eso son cargos por las multas.

La miró pasmado. —¿Qué multas?

—Las que nos han metido al inspeccionar el edificio, algo que no estaba bien, lo de la salida de incendios. Y algo del ayuntamiento por no haber pagado a tiempo.

—La madre que lo parió.

—Oh, ¿y esto? —Señaló unos números en rojo. —Esto es la multa de hacienda. ¿Qué tal si te lo detallo para que no te quede duda? —preguntó tuteándole. Mejor ir cogiendo confianza cuanto antes. Cogió la hoja y se sentó sobre el escritorio cruzando los tobillos. —Pero tranquilo, que los tres millones nos dejan pagarlos a plazos. —Revisó la hoja mientras él juraba por lo bajo. —No, aquí no hay nada más de importancia. —Tiró la hoja a un lado antes de coger la siguiente. —Uy, esto puede que te interese. Un viaje a Maldivas a costa tuya. Al parecer los veinte comerciales se pusieron las botas a comer y beber mientras montaban en moto acuática a cargo de la empresa.

—No me jodas. —Le arrebató la hoja levantándose.

Uy, qué bien olía. Cogió otra hoja como si nada antes de soltar una risita. —Diecisiete mil dólares en condones.

—¿Qué? —gritó furibundo arrebatándole la hoja.

—Es que al jefe le comieron la oreja unos de una asociación. Algo de venéreas. Bueno, pues resulta que muchos se divierten en el lugar de trabajo y claro, si hay venéreas puede haber bajas laborales o algo peor, así que a poner condones en todos los cuartos de baño del edificio.

—Esto no está pasando.

—Sí, últimamente se le iba un poco la pinza. —Le miró con picardía. —Aunque hay que reconocer que lo de los condones es muy práctico.

—¡Así que anima a follar a los empleados en horas de trabajo!

Hizo una mueca. —Visto así...

—¡Es así!

—¿Qué más da que se tomen un café o que se den una alegría? Seguro que después están más contentos y rinden más.

La miró como si quisiera dejarla sorda con sus gritos. —Haz un informe de todo lo que veas raro en los balances de cuentas.

—¿De todo? Me va a llevar un rato.

—¡Ya!

—Jefe, yo no tengo la culpa. No grite, que no estoy sorda.

—No, lo que necesitamos es una auditoría —dijo como si no la hubiera oído—. ¡Qué venga el departamento de contabilidad!

—¿Los que hicieron esto? ¿Los que este verano se han comprado un congelador para meter los helados sin que lo supiera el jefe? Creo que es mejor que lo haga yo.

Se llevó las manos a la cabeza volviéndose para mirar la ventana. —¿Cuánto?

Ella apretó los labios. —Jefe...

—¿Cuánto me han robado mientras ese inútil no hacía nada porque ya no era su empresa?

—¿Aparte de los siete que hemos perdido en ganancias este trimestre porque los clientes han abandonado la empresa?

—Sí, aparte de esos. —Se volvió mirándola fijamente.

—Por encima he calculado tres millones y medio de dólares. Más las multas.

Se dejó caer en el sillón mirándola pasmado. —Qué cabrón.

—Firmaba cheques sin fijarse siquiera, le pasaban presupuestos sin sentido. Y fue a más. A él le daba todo igual cuando no lloraba, bebía y eso si aparecía. Por eso el vicepresidente hacía

lo que le daba la gana. Tengo entendido que hay varios jefes de departamento que ni aparecen a trabajar.

Boris apretó los labios mirando los papeles antes de levantar la vista hacia ella. Dio un paso hacia él. —¿Puedo preguntarte algo? —Boris asintió. —¿Por qué no dijisteis que habíais comprado la empresa?

—Estaba en trámites para comprar Silong.

—La competencia.

—Si sabían que ya tenía MCH puede que aumentaran el precio. Estaban en dificultades por esta empresa precisamente. Y ahora es esta la que es una ruina.

—Venga, tampoco es para tanto. Puede remontar, solo ha sido una mala racha. Volverá a superar a Silong. —Él levantó una ceja. —Ibas a fusionarlas.

—Iba a hacer la empresa de seguros más grande del país.

Ella entrecerró los ojos. —¿Por qué seguros? Industrias Blacknard es más tecnológica que otra cosa, ¿no es cierto?

—Tengo cincuenta y siete mil trabajadores. —Ella separó los labios de la impresión y él sonrió. —Veo que lo has entendido.

—Muchos posibles clientes. Todos tienen coche, casa, vida...

—Exacto. Eso sin contar el seguro médico y los planes de pensiones. Dando un incentivo a los trabajadores calculo tres seguros de media por trabajador. Un filón.

—Entiendo. —Sonrió. —Muy inteligente. Aunque teniendo tres millones de asegurados por todo el país no parece mucho.

—Pero es que es solo el principio. Ahora cuéntame cómo hemos perdido siete millones en un trimestre.

—Los seguros más jugosos son los de los edificios, son los más caros y los que dan más

beneficios. Normalmente un administrador lleva dos o tres. Pero Bicon es un fondo de inversión que tiene más de cuatrocientos en todo el país. Los seguros vencieron el mes pasado y el jefe no aceptó una rebaja del cinco por ciento. Aseguraron con otra compañía.

—Mierda.

Dio un paso hacia él. —Jefe, no sabes nada de seguros.

—Sé de números y de hacer negocios. —Entrecerró los ojos. —¿Qué quieres proponerme?

No se podía creer que fuera a decir eso, pero ahí que iba. —Llevo en esta compañía desde que salí de la carrera, he pasado por cuatro departamentos. Sé de cláusulas, de impagos, de vencimientos, reclamaciones... Conozco el negocio de arriba abajo y sobre todo conozco a los clientes más importantes, a los jefes de departamento... ¿Quieres reflotar la empresa? Me necesitas a mí. Nómbrame vicepresidenta.

Se la quedó mirando fijamente. —Estamos hablando de fusionar dos empresas en una, Jessel. No estás preparada para el volumen de trabajo que te caerá encima.

—¿Qué más da una empresa que dos unidas? Es lo mismo. Y no es por nada, pero lo haría mejor que tú que no sabes ni lo que es una cláusula delimitativa.

—Delimitan el riesgo que aseguramos.

Sus ojos brillaron. —Bien, jefe. Veo que has estudiado.

—Estudié derecho y empresariales. Todo es derecho, Jessel.

—Cierto. ¿Y todo ese derecho que estudiaste te enseñó que puede haber un conflicto de intereses al asegurar a tus propios empleados?

Se tensó dando un paso hacia ella. —Explícame eso.

—Si es tu empresa quien tiene que indemnizar a tu empleada del hogar, por ejemplo, y el perito le niega la indemnización porque considera que no se la merece, esta puede denunciarte y

decir que debido a que su trabajo depende de ti, no ha reclamado su indemnización porque se sentía presionada. Por si perdía su trabajo al reclamarte la pasta por las malas. Y eso puede pasar con esos cuarenta y siete mil trabajadores.

—¡Cincuenta y siete mil!

—Eso. Esa política se usa en esta empresa desde antes de que yo entrara a trabajar aquí. Ninguno de los trabajadores está asegurado por nosotros para evitar demandas.

—¡Voy a matar a mis abogados!

—Definitivamente me necesitas. ¿Qué te parecen doscientos mil al año y el despacho de vicepresidencia? Ah, y un mes de vacaciones. —La miró como si le acabara de dar la sorpresa de su vida. —Conflictos de intereses.

—¡Me cago en la puta! —gritó furioso—. ¿Me estás diciendo que me he gastado doscientos cincuenta millones entre las dos empresas para nada?

—No, para nada no, mientras no le ofrezcas los seguros a tus empleados, todo perfecto. —Hizo un gesto con la mano. —Bah, tranquilo que ese supuesto filón te lo consigo yo de otra manera.

—¿De qué manera? —dijo entre dientes.

Sonrió de oreja a oreja. —Vamos a incentivar a los usuarios para que nos traigan a sus amigos. Si consiguen que su primo por ejemplo se cambie con nosotros le cobraremos la mitad de la póliza.

—¿Estás loca?

—Piensa, Boris. —Se acercó a él. —Si nos trae otro asegurado, ese asegurado pagará la cuota y el anterior la mitad. Cuota y media anual que serán dos cuotas completas al año siguiente. Porque seamos sinceros con lo vaga que es la gente, para que alguien se cambie de aseguradora, cuesta sangre, sudor y lágrimas. Ni tendremos que hacerlo nosotros. La gente por un dólar menos es capaz de arrancarse la piel por traer a su vecino o a su mejor amigo.

Boris frunció el ceño. —Ya hay incentivos.

—¿De un diez por ciento? No me hagas reír. La mitad de la cuota sea cual sea y tendrás gente haciendo cola para traer a los nuevos asegurados a que se hagan la póliza.

—Si hay muchas reclamaciones...

—Un doce por ciento anual. Doce de cada cien. Y el sesenta por ciento ni cubren toda la cuota anual porque son averías menores como una gotera en el techo. De un millón solo doce mil personas. Más de setenta millones de dólares al año de ganancias.

Vio como su proposición cada vez le gustaba más. —¿Cuál es la pega? Tiene que haber alguna pega.

—La pega es que en cuanto lo saquemos, el resto de las compañías harán lo mismo y volveremos a tener la misma competencia, a no ser...

—Soy todo oídos.

—Que incentivemos la permanencia para no perder pólizas.

—Entiendo.

—Quien lleve diez años con nosotros un diez y así progresivamente hasta un tope del cincuenta por ciento. No se largarán a ningún sitio para seguir teniendo rebaja en el recibo. Y esa rebaja no será solo de un año como le ofrecerán en otras compañías, será una rebaja mientras conserven la póliza con nosotros. Lo que no sé muy bien es qué hacer con los que ya les hacemos el descuento, no podemos rebajarles por traer a alguien, eso sería una ruina. Hay que perfilarlo. Igual utilizando los asegurados de los diez primeros años con nosotros ya es suficiente.

La miró fijamente. —¿Cuánto llevas pensando en esto?

—Estás últimas semanas me he aburrido un montón. —Se miró las uñas. —Y cuando me aburro me da por pensar. —Vaya, se había roto una uña. Bufó mirándole a los ojos y sonrió por tener toda su atención. —¿Sí o no?

—Como has dicho hay que perfilarlo. Que esto no salga de aquí.

—Ya, ya, pero yo hablo de mi nuevo puesto

Suspiró y fue hacia la ventana metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón. Sí, ese culito prometía maravillas. Sonrió como una tonta. Tenía pinta de estar durito como una piedra. Se vio a sí misma pasando las manos por él, clavando sus uñas en él mientras Boris empujaba su pelvis para...

—¡Jessel!

Acalorada se sobresaltó y levantó la vista hasta sus ojos. Vaya, por la cara que ponía era evidente que la había pillado. —¿En qué piensas? —preguntó él con desconfianza.

—En ganar muchas pólizas. Eso me pone.

Se volvió hacia ella. —Te pone.

—Uff... —Se abanicó con la mano. —Menudo calor que hace aquí, ¿no?

—¿Calor? —Dio un paso hacia ella. —No, no hace calor. Lo que pasa es que quieres un polvo.

Se puso como un tomate. —No te veo como un objeto sexual o algo así, no te confundas.

—¡Pues haces muy bien porque soy tu jefe!

—Ah, que con el jefe nada.

Eso sí que le dejó de piedra. —¿Tuviste algo con O'Neill?

—¿Te molesta?

—¡Pues sí!

Sonrió encantada. —¿Celosillo? Tranquilo, que a él no le daba ni la hora, estaba casado.

—¡Solo me faltaba una demanda por acoso sexual!

—¡Yo no voy a demandar a nadie!

—¡Hablo de la que te pondré yo como no te comportes!

—¡Se me van los ojos, no puedo evitarlo! ¡Qué le voy a hacer si estás muy bueno!

—¡Esto es el colmo! ¿Es que no sabes controlarte?

Dio un paso hacia él. —¿Y tú?

—¡Jessel ya está bien!

Chasqueó la lengua. —Encima que te lo pongo fácil.

—No me va lo fácil. ¡Tú a trabajar!

—Ya entiendo, eres de los que les gusta llevar la iniciativa. Vale, me hago la tonta.

Él puso los ojos en blanco antes de rodear su escritorio. —Tenemos mucho trabajo pendiente. Ponte a trabajar.

—¿El ascenso? —La fulminó con la mirada y jadeó. —¡Las ideas son mías!

—¡Pues te daré una prima, pero si piensas que con esa actitud tan inmadura te quiero dirigiendo esta empresa, es que estás loca!

—¿Qué tendrán que ver las churras con las merinas?

—¿Qué?

—¡Qué son dos cosas distintas! —Puso un brazo en jarras. —Además, estás muy tenso, te vendría bien. —Le guiñó un ojo seductora. —Te aseguro que yo pondré todo de mi parte.

—Esto es increíble —dijo por lo bajo. Se levantó furioso y señaló la puerta—. ¡A trabajar!

—Vale, vale... Relaja.

—¡Jessel, estoy a un pelo de echarte de la empresa!

—¡Encima! —Mosqueada y con el orgullo herido fue hasta la puerta, pero antes de salir se volvió para gritar —¡Tú lo has querido! ¡Los tengo a puñados y yo solo doy una oportunidad! ¡Ya te arrepentirás, ya! —Salió dando un portazo y al mirar a Clare vio como dejaba caer el lápiz

que tenía entre los labios. Hizo una mueca. —No es receptivo, este tiene novia.

—¿Estás loca? Te estás jugando el trabajo.

Molesta y muy desilusionada por lo que era un rechazo en toda regla fue hasta su mesa y se sentó. —Tranquila, que como he dicho ya no voy a insistir más. Me lo ha dejado muy clarito.

Capítulo 2

Una hora después eran las cinco en punto de la tarde, así que cogió su bolso y se levantó.

—¿A dónde vas? —Su compañera no salía de su asombro con ella.

—Es la hora.

—¿Te vas a ir con el mandamás ahí? Él no se ha ido.

—Ese no es mi problema.

—Al menos díselo.

Gruñó colgándose su gran bolso en bandolera y en ese momento se abrió la puerta. Boris al ver que estaba a punto de irse levantó una ceja antes de hacer un gesto con la cabeza para que pasara al despacho. Uy, que igual se lo había pensado mejor. Bueno, no iba a ser tan inflexible como lo era siempre. Además, con él debía tener un poco de paciencia, que era el jefe. Entró y él dijo —Cierra la puerta. —Boris se sentó en la esquina del escritorio. —He hablado con mis abogados.

Ah, que no se había arrepentido. Era trabajo. Se cruzó de brazos.

—Y tenías razón en lo del conflicto de intereses.

—¿Y?

—El puesto es tuyo.

Separó los labios de la impresión. —¿La vicepresidencia?

—Y cuando se termine la fusión y si todo va bien... Si cumples lo que prometes, asumirás la presidencia.

¡Anda, la leche! —¿Yo?

—Como has dicho no hay nadie más capacitado y que conozca la empresa mejor que tú.

—¡Era un farol para parecerte interesante y llevarte al catre!

—¿Me estás diciendo que no puedes?

Jessel, ¿pero estás loca? Es la oportunidad de tu vida. La presidencia. ¡De ser una mindundi a la presidencia! De repente frunció el ceño. —¿Estoy soñando? —Bufó. —Claro, he comido la lasaña de la abuela a medianoche y tengo un sueño raro de esos.

Eso pareció hacerle gracia porque sonrió. —No es un sueño. ¿Sí o no?

—¡Sí! ¡Oh, Dios mío, va de veras! ¡Sí, sí! —Se tiró a él y le plantó un beso en los labios. —¡Sí! —gritó en su rostro antes de salir corriendo y abrir la puerta—. ¿Adivina quién corta el bacalao a partir de ahora? ¡La menda manda! —gritó como una loca antes de empezar a dar saltos de la alegría.

—No jodas —dijo Clare pasmada.

—¡Soy la vice! —Se llevó la mano al pecho con los ojos como platos. —A mi abuela le va a dar un infarto de la alegría. Tendré que decírselo poco a poco.

—¿No me estás metiendo una trola? —Clare se levantó. —¿Eres la jefa?

Boris carraspeó desde la puerta y Jessel chasqueó la lengua. —En realidad el jefe sigue siendo el jefe. ¡Pero cuando él no esté mando yo! ¡A que es la leche! —Se volvió hacia él. —¿Puedo colgarlo en el Facebook? Mis amigos van a flipar.

—Estoy empezando a arrepentirme de mi decisión.

—No voy a defraudarte, te lo juro. ¡Es la emoción! ¡No me fastidies el momento, leche! Me piro que llego tarde a pilates.

De repente corrió hacia la puerta de cristal.

—¿A dónde vas?

Le miró pasmada. —Son las cinco.

Él sonrió irónico. —Ya, pero ahora eres vicepresidenta. Vete olvidándote de salir a las cinco, bonita.

—Todavía no he firmado el contrato. —Y salió corriendo antes de que él pudiera evitarlo.

Miró pasmado a Clare. —¿Se ha largado?

—Sale a las cinco. Como yo. —Cogió su bolso. —Si me disculpa, jefe...

—¿Tú también tienes pilates? —preguntó con ironía.

—No, tengo un adolescente tocapelotas que tiene entrenamiento de natación.

Él gruñó. —Hasta mañana.

—Hasta mañana, jefe.

—Y mañana quiero café.

—Uy, eso háblelo con su vicepresidenta.

Salió pitando y Boris siseó volviéndose hacia el despacho —Te vas a arrepentir...

La puerta de cristal se abrió y Jessel metió la cabeza. —Una cosita, jefe...

—¿Sí?

—Lo del beso de antes no se repetirá, ¿de acuerdo?

Él carraspeó. —Pues mejor.

—Has perdido tu oportunidad y no me insistas. Por ahí ya no paso.

—¡No quería nada contigo y has sido tú la que me has besado a mí!

—Bien. Me gusta dejar las cosas claras. —De repente sonrió de oreja a oreja. —Hasta

mañana.

Y desapareció de nuevo. —Sí, te vas a arrepentir. Dichosos abogados, en qué lío te han metido.

Dos semanas después

Boris entró en la sede central de Industrias Blacknard y todos se pusieron en tensión viéndole pasar, porque su cara decía que iban a rodar cabezas. Cuando llegó a los ascensores se apartaron de él para correr hacia las escaleras y cuando llegó al último piso su secretaria se levantó en cuanto le vio llegar. —Señor Blacknard...

—¿Dónde está Michael? ¿En mi despacho?

—No señor, no se hubiera atrevido. Sigue en el suyo.

Él fue a la puerta que estaba al lado de su despacho y la abrió sin llamar cerrando de un portazo. Su amigo y ayudante que tenía la cabeza metida entre un montón de papeles se sobresaltó. —Hostia jefe, ¿quieres que me dé un infarto? —Se quitó las gafas y las tiró sobre los papeles. —¿Problemas?

Empezó a caminar de un lado a otro. —¿Problemas? ¿Quién me aconsejó que comprara esa maldita empresa? —gritó a los cuatro vientos.

—Fue idea tuya, jefe.

Le miró pasmado. —¿De veras?

—¿Qué ocurre, Boris? ¿Jessel no hace su trabajo?

—Que si no hace... —Se quitó la chaqueta del traje de malos modos y la tiró a un lado antes de aflojarse la corbata como si se estuviera ahogando, lo que preocupó a Michael que se

levantó. De repente Boris rio por lo bajo. —Que si no hace su trabajo...—dijo con ironía—. Oh, sí que lo hace. Ya ha reestructurado la empresa, de arriba abajo. Llega a las cinco de la mañana y trabaja como una posesa. Ha echado a media plantilla sin inmutarse y no veas como grita al teléfono. No hay quien se le suba a la chepa.

—¿Entonces?

—Entonces... —Empezó a caminar de nuevo de uno al otro lado de su despacho y se pasó la mano por su cabello negro despeinándose.

—Jefe, no veo dónde está el problema. Si me lo explicas...

—¡Me saca de quicio! —gritó sin dejar de moverse—. ¡Me lo discute todo, no tiene pelos en la lengua y es la persona más espontánea que he conocido en la vida! —Le miró asombrado. —¡No tiene filtro! Si le caes mal te lo suelta y si quiere un polvo también.

Michael separó los labios empezando a entender. —Ah, que quiere...

—¡Quería! ¡Vaya si quería y no se cortaba un pelo en mirarme el culo! ¡Pero ya no! ¡Ahora ya no!

—¿Y eso te molesta?

—Claro que no, ¿cómo va a molestarme?

—¡Pues parece que sí!

—Qué sabrás tú. —Siguió caminando y Michael reprimió la risa. —¡Es que no puedo entenderla, joder! Todos los días cuando llego al trabajo me dice que para qué voy, que estoy perdiendo el tiempo. ¡Pasa de mí! ¡No hace caso de nada de lo que le digo! —dijo asombrado—. ¡No me hace caso a mí que hasta el presidente de los Estados Unidos me ha pedido consejo, joder!

—Bueno, si la elegiste para llevar el timón...

—¡El timón lo llevo yo, que para eso pago! ¡El barco es mío! ¡Joder, es mía toda la

maldita flota! ¡Y piensa que no soy capaz de llevar la aseguradora cuando he sacado adelante un montón de empresas de distintos sectores! ¿Pero crees que eso la impresiona? ¡No! A ella le importa un pito. Si ordeno algo de marketing ella da una contraorden. ¡En mi empresa!

—Si no estás contento, despídela, ya encontraremos a otro.

Le miró como si hubiera dicho un disparate. —¿Pero estás loco? ¿Dónde voy a encontrar a otro como ella?

Michael reprimió la risa. —Boris, estás loco por esa mujer.

Se detuvo en seco. —No digas disparates.

—No quieres echarla, te molesta que no te admire, que no quiera acostarse ya contigo... Tiene toda la pinta de que te gusta y mucho.

—Eso son chorradas.

—La admiras, la consideras un hacha en los negocios, tiene carácter que es lo que necesitas, eso sin mencionar que es divertida y sexy. Sí, tío, estás colado hasta las cejas de la pelirroja.

Parecía que le había dado la sorpresa de su vida. —No, tiene que ser otra cosa.

—Si ni siquiera te has pasado por aquí en dos semanas, y lo más sorprendente, casi ni has llamado. No me has controlado porque has centrado toda tu atención en ella. Lo que indica que te ha llegado dentro porque has salido con un montón de mujeres y nunca te han distraído de tu trabajo. Jefe, estás perdido. Has encontrado a tu mujer y no sabes qué hacer con ella.

Gruñó. —¡Yo siempre sé que hacer! ¡Y estás equivocado, joder! —De repente el móvil de Boris empezó a sonar y fue hasta la chaqueta tirada en el suelo para sacarlo del bolsillo. Al ver quien era apretó los labios antes de contestar —¡Qué pasa ahora! —Michael vio como escuchaba asintiendo y de repente reprimió una sonrisa. —¿Cómo que te vas a pilates con todo lo que hay pendiente? Ni hablar... —Bufó apartando el móvil. —Me ha colgado, no se pierde una clase de pilates. —Al volverse y ver que Michael levantaba una ceja, gruñó guardando el

móvil en el bolsillo del pantalón. —Está bien que haga ejercicio para desestresarse.

—¿Y tú, jefe? ¿Hace cuánto que no te desestresas?

—Sabes que hago ejercicio todas las mañanas.

—No me refería ese tipo de ejercicio y lo sabes. Desde que la conoces, ¿cuántas citas has tenido?

—¡Ya lo he entendido, joder! —Se agachó a coger su chaqueta y furioso fue hasta la puerta. —¡Cómo no me advertiste de esto!

—¿No has pensado que puede que salga bien?

Le fulminó con la mirada. —¡Cómo va a salir bien si ella no da segundas oportunidades, ya me lo ha dicho mil veces! —Salió dando un portazo y Michael hizo una mueca, pero la puerta se abrió de nuevo. —¡Quedas al cargo, cágala y te despellejo vivo!

Tan contenta entró en la zona de presidencia empujando la puerta con el trasero para no dañar la tarta que llevaba en las manos y cuando se volvió frunció el ceño al ver la luz encendida del despacho. Fue hasta allí para ver al jefe en mangas de camisa trabajando. —¿Qué haces aquí a las cinco de la mañana?

Él levantó la vista y se dio cuenta de que estaba agotado. —Tenemos un problema.

—¿Qué problema? —Se acercó de inmediato. —¿El presupuesto de las obras de las tres primeras plantas es desorbitado? Mira que tengo un amigo que hace de todo y tardaría un poco más, pero nos lo dejaría de primera.

—Nena, necesitamos un constructor, pero no es eso.

¿La había llamado nena? No, qué va, esas familiaridades no iban con él. Se acercó aún más. —¿Qué pasa?

—¿Eso es una tarta?

—Es el cumpleaños de Clare. —Sonrió. —La he hecho yo. Es de limón, merengue y galleta.

—¿Tienes tiempo para cocinar? —preguntó sorprendido.

—Claro. Hay que organizarse y se puede con todo. Al grano, Boris, ¿de qué va esto?

—Hemos perdido a Carrington.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¡No! ¡Esos son casi treinta millones en seguros de salud! ¡Al año, Boris! ¿Cómo ha pasado esto?

—Dímelo tú.

—¿Yo? Puse a Parker al cargo de esa cuenta.

—Pues se le ha escapado entre los dedos.

—¿Con quién han firmado? ¡No me lo digas, con Saluti!

—Bingo. ¿Qué vas a hacer al respecto?

—¡Matarles!

Furiosa se volvió y fue hasta la mesa que habían colocado allí para dejar la tarta y el bolso. —¡A los de Saluti y a Parker! —Se volvió y se quitó su abrigo negro mostrando el vestido rojo que llevaba ese día. —Ya habrán firmado, claro.

—Claro.

—Mierda. —Se pasó la mano por la frente y entrecerró los ojos. —Tiene diez días para cambiar de opinión. ¡Y va a cambiar de opinión! —Rodeó el escritorio y gritó —¡Cómo no me he enterado antes de esto!

—Ni idea —dijo mientras ella cogía su móvil del bolso—. Nena, ¿qué haces?

—Llamar a Carrington.

—¿A las cinco de la mañana?

—Vive en Los Ángeles. Allí son tres horas menos, seguro que todavía no se ha acostado.
Los de la costa oeste trasnochan mucho.

—Cuelga el teléfono.

Bufó colgando y le miró a los ojos. Estaba cabreadísimo, aunque intentaba disimularlo.
—Lo siento, tenía que haber estado pendiente, es una cuenta muy importante.

—Nos vamos a Los Ángeles. Vete a hacer el equipaje. Te quiero aquí en una hora, hay que recuperar a Carrington.

Cogió su bolso y el abrigo sin rechistar antes de correr hacia la puerta, pero antes de salir se detuvo en seco. —A Parker déjamelo a mí —dijo con mirada sanguinaria.

Él reprimió una sonrisa. —Hecho.

Capítulo 3

Dos horas después iban camino al aeropuerto. Él la miró de reojo mientras revisaba unos papeles. —Qué día más bonito hace, ¿no?

Ella miró por la ventanilla para ver que la gente empezaba a abrir los paraguas e incrédula giró la cabeza hacia él. —Estamos en otoño.

—Y no te gusta el otoño.

—Pues no mucho, la verdad. Empieza a hacer frío y llueve. —Miró de nuevo el informe que estaba leyendo. —Prefiero la primavera.

—Una época preciosa.

Entrecerró los ojos antes de mirarle de nuevo. —¿Qué te pasa?

—¿A mí? Nada.

—No me parecías de esos que tienen conversaciones intrascendentes. Estoy leyendo.

—¿Y es interesante?

—Tanto como que te salga un uñero. —A este le pasaba algo. —¿Qué ocurre? Ay, madre, que te arrepientes de darme el puesto. —Él iba a decir algo, pero le interrumpió. —No, ¿cómo va a ser eso? Sino me lo dirías a las claras. —Pensó en ello. —¿Pero qué puede haber que te dé reparo decirme? —Entonces al darse cuenta de que la miraba como si la deseara se le detuvo el corazón y lo entendió. ¡Pero bueno, si la había rechazado de pleno! ¿Pero quién se creía este? ¿Pensaba que iba a estar ahí cuando a él le viniera en gana? Ah, no. Eso sí que no.

Sonrió con ironía. —Ah... Ya te pilló, guapo, pero eso no va a pasar.

Se tensó. —¿Y eso por qué?

—Porque lo digo yo, por eso. —Levantó la barbilla. —Haberlo pensado antes.

—Todo el mundo puede cambiar de opinión.

—Ya, pero si de buenas a primeras no te entré por el ojillo, es que has insistido mentalmente para tragarme. —Parecía que no entendía palabra. —¿Qué te has forzado a que te guste! ¡Y no! Así no se consigue el amor eterno y es a lo que aspiro. Si forzamos las cosas no salen bien.

—Vamos a ver, nena. Yo te gusté cuando me conociste, ¿no?

—Sí. Pero ya no me gustas.

La miraba como si le hubieran salido cuernos y ella sonrió. —Siento haberte confundido, porque esto es culpa mía por decirte que quería un polvo. Claro, me ves tanto que al final tu cuerpo ha dicho pues vamos al lío. Pero no, ya se me pasó. Tranquilo, que a ti también se te pasará. Y para que no te confundas más deja de llamarme nena, ¿quieres? ¿Qué van a pensar? ¡Hay que ser profesional! —Levantó los papeles. —Al parecer la campaña de publicidad funciona. Ya hemos subido un dos por ciento en cuatro días.

Él gruñó. —Muy bien.

Sonrió radiante. —Gracias. —Miró hacia la carretera y vio que el tiempo estaba empeorando bastante. —Menudo despegue vamos a tener.

—Tranquila, no pasará nada —dijo entre dientes—. Sobre lo nuestro...

—¿Nuestra relación laboral?

—No Jessel, la otra.

—No hay otra —dijo como si fuera muy pesado—. Además, ya estoy saliendo con otro.

Eso sí que no se lo esperaba. —¿Qué has dicho?

—Otro. Otro hombre. —Sonrió de oreja a oreja. —Es un entretenimiento, pero me lo paso muy bien con él. Es mi profesor de pilates.

—¿No me digas? —dijo mosqueadísimo—. Ya decía yo que eran muchas clases de pilates.

—Me gustan. —Soltó una risita. —Me lo paso bien.

—Por lo visto todo debe ser un entretenimiento.

—Claro, hay que despejar después del trabajo y tiene unas manos... —Le miró arrepentida. —Uy, lo siento, ¿no te molestará que hable así de Gavin?

—¡Pues qué quieres que te diga! ¡Un poco!

—¿Ves cómo esta relación nunca fructificaría? —dijo haciéndose la tonta sintiéndose genial por dentro—. Las personas somos libres para fluir. Y podemos fluir de muchas maneras.

—¿Eso te lo ha contado el del pilates? Es un hippy de esos, como si lo viera —dijo con mala leche—. ¡La que cree en el amor eterno!

—Bueno, eso es después, cuando llega. Entonces juntos iniciamos nuestro propio camino. Pero mientras tanto, qué leche, hay que soltarse la melena.

Boris dejó caer la mandíbula del asombro. —¡Pues entonces suéltatela conmigo!

—Ay no, que veo que ahora estás muy entregado, te haces ilusiones y no quiero que te tortures más con lo que no puede ser. Uy, ya hemos llegado. —Empezó a guardar los documentos reprimiendo la risa. La cara que ponía. Así que ahora se arrepentía, ¿no? Pues iba a sudar sangre para que claudicara. Ella no daba segundas oportunidades, pero si se esforzaba puede que le perdonara. Puede. Mientras tanto se lo iba a pasar de miedo haciéndole sufrir. Aparentando estar distraída se rascó el muslo levantando el vestido lo suficiente como para que viera la mitad. Por el rabillo del ojo vio que miraba hacia allí. Uy, sí, era evidente que ahora le gustaba y mucho. ¿Pero cambiaría de opinión tras un polvo? Puede, ya se habría quitado la espinita y puede que pasara a otra cosa. Y eso no le gustaba un pelo. No, tenía que conseguir que

se enamorara de ella locamente, porque para qué mentirse a sí misma, desde que le había conocido no podía dejar de pensar en él. La volvía loca tenerle al lado y no poder tocarle. Frunció el ceño. Al parecer ella también estaba confusa. ¿Qué quieres, Jessel? ¿Un orgasmo rápido, hacerle sufrir o tenerle para siempre? Relájate, no pienses en las mil cosas que pueden pasar y que te volverán loca. A ver qué paso sigue ahora y vas decidiendo sobre la marcha. No te presiones. Llegó hasta ella el olor de su colonia. ¡Qué tortura, leche!

Le miró mosqueada. —¿Qué miras?

Levantó la vista hacia ella y la miró de una manera que le cortó el aliento. —Nena, para ser de esas que fluyen pones muchas pegas. —Se acercó peligrosamente haciendo que se reclinara hacia atrás. —Ya te voy conociendo, ¿sabes?

—Ah, ¿sí?

—Sí, preciosa. Te he visto en acción dos semanas y sé la mala leche que tienes cuando te cabreas. ¿Recuerdas lo que hiciste con el departamento comercial? Han tenido que reembolsar el dinero de los viajes, los de contabilidad la nevera y no contenta con eso les has rebajado el sueldo un diez por ciento. Eres de las que no se quedan con el golpe y herí tu orgullo. Preciosa, me tomaste por sorpresa, estaba cabreado y no muy receptivo. Estás molesta conmigo y lo entiendo, pero tú vas a acabar en mi cama como me llamo Boris Blacknard.

Ay que se derretía por dentro, pero la única neurona que le debía funcionar en ese momento le hizo decir —¿En tu cama?

—O donde sea —dijo con voz ronca acercándose aún más—. ¿Te van los aviones, nena?

—Pues no sé.

Él acercó más la cabeza y ella entrando en zona roja chilló abriendo la puerta para salir de allí pitando casi cayéndose de morros sobre la acera. —¡Ya hemos llegado!

Él gruñó levantando la mirada y Jessel sonrió. —Venga, que perdemos el avión.

—Es privado.

—¡No!

Su protesta le hizo sonreír. —Y tiene cama.

—¡Juegas sucio!

—Tú sí que juegas sucio. —Salió del coche y se cerró la chaqueta del traje. —¡Lo del muslo ha sido a propósito!

Se sonrojó elevando la barbilla. —Menuda mentira.

—A mí no me la pegas, nena. Ya no.

Bufó cogiendo su bolso y el abrigo sintiéndose excitadísima. Reponte Jessel. Cuando se volvió le miró fijamente. —Compórtate.

—Lo mismo digo. —La cogió por el brazo. —Vamos, que quiero ver a Carrington antes del mediodía. A esa hora ya se ha tomado varios martinis y está receptivo.

—¿Le conoces?

—Era amigo de mi padre.

—Ah, entonces lo tenemos chupado.

—Nena, no hables de chupar.

Se puso como un tomate y siseó —Deja de hacer eso.

—Pienso decir lo que quiera, como tú. Estoy fluyendo. A partir de ahora no voy a tener filtro.

—¡Yo tengo filtro!

—Ah, ¿sí? ¡El otro día me mandaste a paseo! ¡A tu jefe!

Se sonrojó de nuevo. —Era para que te airearas.

—Nena, déjalo. —Llegaron hasta un mostrador y él dijo —Saca algo que te identifique.

Ella sacó su pasaporte y se lo entregó a la chica que sonrió. Al abrirlo él hizo una mueca

por todos los sellos que tenía. —Viajas mucho, ¿no?

—Me encanta. En cuanto puedo y tengo el dinero voy a ver mundo.

—No me lo digas... En plan mochilero.

—¿Cómo lo sabes?

Él reprimió la risa. —Como te gusta flirtear, dudo que te gusten los viajes organizados.

—Muy gracioso.

—¿Y vas sola?

—Claro.

—Nena, en ciertos sitios es peligroso que vaya una mujer sola.

—Bah, no soy una loca ni nada por el estilo. Visito lo que todos, pero a mi aire. Total, todo lo que dicen los guías aparece en los libros.

Él apretó los labios cogiendo los pasaportes que les tendía la mujer. —Que tengan un buen viaje.

—Gracias —dijo ella con una amable sonrisa en los labios. Entonces vio que él ya pasaba el control del aeropuerto—. Este hombre...

—Sí, qué hombre...

La chica se lo comió con los ojos. Y era muy bonita, mucho. Eso la mosqueó. —Oye mona, que eso es muy poco profesional.

—¡Jessel!

—Uy... —Fue hasta el control y pasó por el arco con bolso y todo. —Uy, perdón.

—Vamos, vamos... Nena, no llegaremos a tiempo y después estará como una cuba.

—Que sí... —Dejó el bolso en la cinta y pasó de nuevo. Empezó a pitar. —Vaya, el móvil. —Lo sacó del abrigo y lo dejó en la bandeja antes de pasar de nuevo. Volvió a pitar. Apretó los labios y el policía cogió el detector de metales para pasárselo por el cuerpo. Jessel

sonrió. —Estoy limpia.

Eso pareció hacerle gracia. —Sí, no tiene cara de delincuente.

Soltó una risita. —Más bien tengo cara de...

—Ángel —dijo el policía antes de que pudiera terminar.

—Qué amable —dijo acercándose a la cinta para coger su bolso y su móvil.

—Si quieres que sea mucho más amable, dame tu número, hermosura.

Boris le fulminó con la mirada. —¿Usted no está de servicio?

—Sí.

—Pues eso. —La cogió del brazo. —A su trabajo.

—Oiga. —Levantó el detector de metales. —A que le meto esto por el trasero para registrarle a fondo.

—¿Cómo ha dicho?

Jessel se puso en medio. —Es que no se ha tomado su medicación, no se lo tenga en cuenta.

El poli le miró mosqueado antes de volver la vista hacia ella y sonreír. —Estos pijos se creen que pueden tratar a todo el mundo como si fueran felpudos. ¿Verdad preciosa?

Boris dio un paso hacia él. —Oiga usted...

—¡Martin! ¿Qué haces?

El poli se volvió y tragó saliva para ver a una mujer de uniforme con cara de mala leche. —Nada, sargento.

—¡A tu trabajo!

—Ya nos veremos —dijo Jessel tirando del brazo de Boris, que parecía que quería pegar cuatro gritos.

El poli ni le contestó y por como la miraba la sargento se dio cuenta de que tenían una relación. Tendría cara.

—Vamos, nena. —Cogió su mano y tiró de ella hacia la puerta que daba acceso a los vuelos privados. —Será posible...

Ella soltó una risita. —Y eso que solo era un detector de metales. Cualquiera le da una pistola taser, te hubiera dejado tieso.

—Será gilipollas.

—Aunque la culpa fue tuya, claro. No tenías que meterte en nuestra conversación —dijo inocente.

La fulminó con la mirada. —Nena, no me provoques.

—¿Yo? Estás muy susceptible, Blacknard. —Miró al frente y se detuvo en seco mirando el avión. —Es un poco pequeño, ¿no?

—No necesitamos más. Tiene un alcance de más de doce mil kilómetros, lo que le hace un pequeño que puede atravesar el Pacífico. La mejor compra que he hecho en la vida.

—¿No me digas? —Le miró como si le importara un pito. —¡Pues ya podías haberte gastado un poco más, parece de juguete!

—Cuesta setenta millones.

—¿Encima te has gastado esa burrada en eso? Por esa pasta tendrían que haberte dado uno mucho más grande.

—Nena, tiene el tamaño justo.

—Eso dicen todos.

En ese momento un chico pasó a su lado empujando un carrito con sus maletas.

—Oye, deja la negra ahí que yo me planto.

Boris no salía de su asombro. —¿Tienes miedo a los aviones?

—¿Miedo? No majo, yo no le tengo miedo a nada. Soy previsor. Y cauta.

Tiró de su mano. —Tenemos trabajo y este avión es muy práctico para no perder tiempo en los aeropuertos. Además, has viajado mucho, es increíble que tengas miedo a esta preciosidad.

—¿Cuántas veces has subido?

—¿Cientos?

—Espero que haya pasado las revisiones —dijo por lo bajo.

Boris se detuvo y la volvió hacia él. —¿Crees que si tuviera la más mínima duda sobre su seguridad me subiría en ese avión? No soy un camicace, nena. —Se miraron a los ojos. —No tienes nada que temer, es tan seguro como uno más grande.

—Vale. Si tú lo dices...

Él sonrió. —Te va a encantar. Cuando tengas que viajar me lo pedirás.

—¿Y me lo dejarías?

—Si es urgente... Varios de mis empleados lo han usado para ciertas cosas de trabajo. Incluso lo he prestado para una luna de miel y para alguna persona con problemas médicos. Un amigo de mi madre tuvo un infarto en Brasil y le envié el avión para que no regresara a casa en un vuelo comercial.

—Eso está bien.

—Es muy práctico. —Llegaron a la escalerilla del avión donde un hombre y una mujer les esperaban vestidos con su uniforme azul.

—Señor Blacknard. —Boris le dio la mano al que debía ser el piloto que estaba muy serio al igual que la mujer. —Bienvenido a bordo.

—Gracias. Ella es la señorita Grizzard. Él es nuestro piloto, John Pascal. Mi vicepresidenta es una novata en esto de los vuelos privados y es un poco reticente a subirse al avión.

El hombre forzó una sonrisa. —No debe preocuparse. Es uno de los aviones más seguros del mundo.

—Si usted lo dice...

—Jessel, tengo que hablar con John, así que por qué no subes y te pones cómoda. May te ayudará en lo que necesites y te enseñará el avión.

La azafata le hizo un gesto hacia la escalerilla. —Venga conmigo, le va a encantar. Tiene hasta jacuzzi.

—¿De veras? ¿Para bañarse entera o por parroquias?

May se echó a reír. —Es muy graciosa.

—Sí, eso dicen.

Subió la escalerilla y antes de entrar miró hacia atrás sin poder evitarlo para ver que Boris hablaba con el comandante observándola como si se quisiera asegurar de que entraba en el avión. Bufó entrando con la azafata y se detuvo en seco al ver el lujo que la rodeaba. Había seis asientos enormes de piel blanca y estaban colocados en distintas posiciones. Había una mesa para comer y todo. El suelo de mármol gris brillaba y las paredes estaban forradas con un tapizado haciendo juego con él. Parecía un salón de una casa. Una casa de lujo, claro. —La leche —dijo impresionada.

—Pues no ha visto lo mejor.

Pasaron por el pasillo hasta encontrarse dos puertas y abrió la más cercana a la ventanilla. —El baño de invitados.

Era un baño tan parecido al de una vivienda que dejó caer la mandíbula del asombro. May abrió la otra puerta. —Y la suite con baño propio.

La cama era de matrimonio y tenía una colcha de seda en gris con un montón de cojines del mismo material. Era una maravilla y al recordar lo que le había dicho Boris sobre la cama se puso como un tomate. Qué ganas de usarla y no para dormir precisamente.

—El baño. —May abrió la puerta del fondo para mostrar un baño lo bastante grande para estar dos personas sin chocarse. Y era cierto, tenía jacuzzi. —¿A que es increíble?

—Al parecer el equipo de diseño ha pensado en todo.

—Como debe ser. Tiene señal de internet y puede hablar por teléfono tranquilamente gracias a nuestros sistemas de seguridad, lo que le permitirá trabajar sin interrupciones. Ah, y tiene televisión vía satélite, puede ver quinientos canales en todo el mundo.

—¿Puedo mudarme a vivir aquí?

Escuchó una risa tras ella y se volvió. —Te lo voy a usar un montón.

—¿A que ahora no te parece tan pequeño?

—Por ese jacuzzi hago la vista gorda.

La azafata y Boris rieron por lo bajo. Él cogió su mano. —Vamos nena, despegaremos de inmediato.

—¿Me permite su abrigo y su bolso?

—Sí, claro. —Se lo dio a May y siguió a Boris hasta los asientos delanteros. Se sentó encantada. —Vaya lujo.

—Vale lo que cuesta.

—¿Cómo es?

—¿El qué, nena?

—Poder comprar cualquier cosa que se te apetezca.

—No todo está en venta. —La miró como si quisiera comérsela de arriba abajo. —Pero aun así no me rindo en conseguir mis deseos si me interesan lo suficiente.

Se le cortó el aliento. —¿Por qué tanto empeño ahora?

—Porque me he dado cuenta de que me complementas, nena. Me excitas, me mantienes alerta, me diviertes. —Se acercó a ella para besar sus labios, pero Jessel se apartó ligeramente

antes de que los rozara. —¿He dicho que me excitas?

—¿Soy un reto? —preguntó medio mareada sintiendo su aliento.

—Eres especial. Nunca he conocido a nadie como tú.

Sin poder evitarlo llevó una mano a su cuello acariciándolo hasta llegar a la nuca. —Lo mismo digo, Blacknard. Pero igual tardas un poco en conseguir este deseo.

Él sonrió e iba a decir algo, pero en ese momento salió May que se detuvo en seco sonrojándose. —Lo siento, señor Blacknard.

Ambos se separaron y la azafata sonrió. —Los cinturones, por favor, vamos a despegar.

Confirmando sus palabras se encendieron los motores. Siempre se ponía nerviosa en los despegues y cuando el avión empezó a andar por la pista, sin darse cuenta agarró la mano de Boris. Le miró de reojo y él dijo —Nena, todo va bien. Estoy aquí.

Increíblemente esas palabras la tranquilizaron y se relajó un poco mientras él acariciaba con el pulgar el dorso de su mano. El avión empezó a coger velocidad y cerró los ojos cuando empezó a ascender. Una ráfaga de viento les hizo temblar y apretó la mano de Boris del susto. —Jessel, ¿quieres casarte conmigo?

Le miró pasmada. —¿Qué?

Sonrió acercándose de nuevo. —¿Quieres ser la señora Blacknard?

Entonces sí que se puso nerviosa. —¿Nos conocemos lo suficiente para esto? ¡Si ni siquiera hemos tenido sexo! ¡Y porque tú no has querido, majo! ¡No me vengas ahora con una proposición de matrimonio cuando ni te he catado!

Se acercó aún más. —Puedes catarme cuando quieras.

—¡Ahora! ¡Pero bien que me rechazaste!

—Nena, ¿quieres discutir?

Gimió. —No me pongas más nerviosa. —Entonces entrecerró los ojos. —Buena táctica

de distracción. —En ese momento el avión se niveló y el sonido de los motores no era tan fuerte, lo que fue un alivio, así que sonrió. —Gracias.

Él gruñó. —De nada, nena.

—Voy a hacer unas llamadas. Uy, mi bolso. —La azafata debió oírla porque apareció con él en la mano. —Gracias May.

—¿Desean que les haga el desayuno?

—Sí, por favor —dijo sacando su móvil.

—Para mí solo un café.

—Para él un desayuno completo, que estoy segura de que no ha desayunado. Gracias May.

La chica se volvió reprimiendo una sonrisa. —Nena, ¿sabes que eres muy mandona?

—El desayuno es la comida más importante del día. —Se puso el teléfono al oído. —¿Parker? ¡Al fin coges el teléfono! ¡Estás despedido! ¡No quiero volver a ver tu culo carpeta por la empresa nunca más! ¡Ya te enviarán tus cosas!

Colgó el teléfono y Boris levantó una ceja. —¿Culo carpeta?

—No tiene chicha ni na... —Marcó otro número poniéndose el teléfono al oído. —Una birria. Nada que ver con el tuyo. —Le guiñó un ojo haciéndole reír por lo bajo. —¡Feliz cumpleaños! —gritó a los cuatro vientos—. ¿Que te acabo de quitar varios meses de vida? Hala, exagerada. Te he dejado tu tarta sobre la mesa con una notita. —Soltó una risita. —Te va a encantar el regalo. Tenemos que ir a Los Ángeles y no sé si llegaré a tiempo. —Miró a Boris interrogante y este dijo que no con la cabeza. —No, al parecer no nos va a dar tiempo para llegar a tu fiesta. Pero oye, mañana lo celebraremos. —Boris volvió a negar. —Ah, que mañana tampoco. Espera... —Apartó el teléfono. —¿Cuánto nos vamos a quedar?

—Tres días. Ya que estoy allí voy a hacer negocios.

—Pero yo puedo volver.

—Quiero que conozcas a cierta gente. Son contactos muy buenos y debo visitarlos, así que te vienes conmigo.

Se puso el teléfono al oído. —Nos quedaremos unos días para unos negocios. ¿Que te dé una pista de tu regalo? —Sonrió maliciosa. —Compra pastillas para el mareo. —Colgó riendo. —Le va a encantar.

—¿Qué es?

—Un crucero por el mediterráneo. Cuarenta y cinco no se cumplen todos los días. —La miró sorprendido. —Sí, lo has pagado tú.

—¡Jessel!

—Es una empleada entregada.

—¡Cuando la vi por primera vez se pintaba las uñas en horas de trabajo!

—Jo, te fijas en todo. Bah, para qué quiero ganar tanto dinero para ti si no puedo gastar un poco.

Eso sí que le dejó de piedra. —¡Nena, de momento has perdido treinta millones!

—¿Has tenido que recordármelo? Qué mala baba tienes. ¡Lo voy a arreglar!

Boris sin poder evitarlo sonrió antes de echarse a reír a carcajadas. —Preciosa, eres única.

Se le cortó el aliento. —¿De veras?

—Ningún otro empleado se tomaría las libertades que te tomas tú. Es que ni se les ocurriría. Y sorprendentemente no me molesta en absoluto.

—Al principio sí que te molestaba.

—Es evidente que a todo se acostumbra uno.

Ella soltó una risita, pero de repente la perdió. —¿Ves cómo esto es por costumbre?

¿Porque me ves a menudo? ¡Te estás forzando a que te guste!

—Nena, te aseguro que tengo la agenda llena como para forzarme con nadie. Varias acudirían corriendo en cuanto vieran mi nombre en la pantalla del teléfono.

Gruñó molesta. —Pues que bien, ¿no?

—¿Celosa?

—Cierra el pico, Blacknard.

Rio por lo bajo y cuando May llegó con los cafés y el zumo, Boris sacó la bandeja del brazo del asiento dando a un botón. Ella imitándole hizo lo mismo y May les sirvió. —Qué práctico. Sí que me mudaría aquí.

—Pues no has visto mi piso.

Se le cortó el aliento volviendo la vista hacia él. —Ah, que lo voy a ver.

—Sí, tengo la sensación de que lo vas a ver mucho —dijo subiéndole la temperatura—. Nena, creo que después de desayunar deberíamos acostarnos un poco. Va a ser un día largo y una siestecita nos vendrá bien.

Su vientre se estremeció de anticipación y casi ni podía pensar racionalmente porque hasta le faltaba la respiración. Boris se acercó para susurrar en su oído —¿No querías catarme?

—Ay, madre... Jefe, creo que lo mejor es que me dejes desayunar tranquila para coger fuerzas.

Él rio por lo bajo apartándose y May llegó enseguida con el desayuno. La verdad es que para ser un avión tenía un aspecto delicioso y buscando un tema neutral le preguntó algo de la empresa a ver si así su corazón dejaba de pegar brincos. Increíblemente le dio un respiro y charlando se lo comieron todo. Cuando May fue a por la bandeja ambos pidieron más café y más zumo. —Sí, por supuesto, enseguida.

Apenas unos minutos después regresó con la jarra de café y dos vasos de zumo. —

Gracias, May —dijo ella cogiendo el vaso.

—De nada.

En cuanto se alejó él la miró malicioso. —¿Volvemos al tema? ¿Qué tal una siestecita?

—¿Es que tú tienes ganas después de todo lo que hemos comido? Debes tener la sangre en el estómago.

Se la comió con los ojos. —Te aseguro que tengo la sangre en el sitio apropiado.

Sonrió sin poder evitarlo. —Es muy tentador, pero... —Entonces en el avión se escuchó como una detonación que la sobresaltó y apenas dos segundos después la nave empezó a vibrar con fuerza y se empezaron a escuchar unos pitidos. —¡Ay, madre! —gritó agarrando el brazo de Boris.

—Nena tranquila, no pasa nada. ¡Es una turbulencia!

El avión no dejaba de vibrar y el zumo y el café cayeron al suelo aterrándola.

—¿Qué ocurre? —gritó Boris.

—¿No acabas de decir que era una turbulencia?

Él no le hizo ni caso y estiró el cuello hacia donde estaba la cabina del piloto. Se quitó el cinturón y ella gritó —¿Estás loco? ¡Ponte eso!

Entonces vieron el fuego a través de la ventanilla y Boris salió corriendo mientras ella gritaba de miedo. Como a cámara lenta vio como el fuego desaparecía por arte de magia, pero las hélices dejaron de girar. ¡Se iban a estrellar! De repente se dejaron de escuchar esos molestos pitidos y solo se oía un silbido que le puso los pelos de punta. Sentía como el avión iba descendiendo poco a poco. —Dios, Dios échame una mano. —Asustada miró hacia la cabina y entonces apareció Boris con dos mochilas en las manos. —¿Qué haces? Siéntate y...

Él se agachó ante ella. —Nena, ponte esto. —Pálida de miedo impidió que desabrochara su cinturón. —¡Tienes que ponerte el paracaídas!

—¿El qué? ¡Dijiste que era seguro! —gritó histérica—. Dijiste...

Él la cogió por los hombros. —Escúchame bien, el avión está planeando porque uno de los motores se ha incendiado. ¡No podremos llegar a ningún aeropuerto cercano! ¡Tenemos que saltar!

—¡Qué aterrice donde pueda!

—Nena, el piloto se desvió hacia el sur para evitar la tormenta. ¡Estamos sobre las montañas de los Apalaches de Carolina del Norte y el avión se va a estrellar, no podemos hacerle ascender!

—¿Vamos a morir? —Sollozó de miedo antes de mirar lo que él tenía en las manos. —No sé usar eso.

—Haremos un tándem, ¿de acuerdo? ¡Te engancharé a mí y te juro por mi vida que no te va a pasar nada! —La besó en los labios y se apartó para soltar su cinturón.

—¿Ahora me das nuestro primer beso? ¿De veras?

La agarró por los brazos poniéndola de pie. —El primero me lo diste tú, ¿no lo recuerdas, preciosa?

Sollozó. —Ese no cuenta, no me supo a nada.

—Pues a mí me gustó. —Le colocó el paracaídas a la espalda y la rodeó para agarrar las cintas alrededor de su cintura demostrando que sabía lo que hacía. —¿Pero sabes qué? Tienes razón. —La agarró por la nuca y la besó entrando en su boca apasionadamente. Se aferró a él demostrándole cuanto le necesitaba, pero de repente él se apartó y la besó en la frente. —No hay tiempo para más, nena. —Se agachó para coger su paracaídas y mientras se lo ponía ella miró hacia la cabina, pero la puerta estaba entornada y no vio a nadie.

—¿Ellos no vienen? —preguntó muerta de miedo.

—Claro que sí, nena. May espera a su marido que está pidiendo ayuda por radio. —La volvió poniéndola de espaldas como si fuera una muñeca y sintió que agarraba algo a su

mochila.

Boris la empujó con su cuerpo, aunque se resistía y muerta de miedo sollozó. Él dijo — Todo va a ir bien. ¡Rápido, rápido! —Abrió la puerta de emergencias y esta salió disparada provocando que casi salieran tras ella, pero Jessel se agarró a los bordes. El sol del amanecer les mostró las montañas y de repente Boris agarró sus brazos perdiendo el agarre. A Jessel ni le dio tiempo a pensar y ya estaba en el aire. Gritó de miedo una y otra vez viendo como aquella masa verde se acercaba cada vez más hasta que se dio cuenta de que eran árboles. De repente ascendieron cortándole el aliento. —Ya está, nena.

Una explosión tras ellos hizo que miraran hacia allí y vieron el humo y el fuego que había en la cumbre de una montaña. —¿Les habrá dado tiempo a saltar?

—Seguro que sí —dijo él.

—Dios mío... —Miró hacia abajo. Los árboles cada vez estaban más cerca. —¿Boris?

—Tranquila.

—¡Nos la vamos a pegar!

—¡Jessel deja de moverte!

Los árboles estaban tan juntos que el pánico volvió. —¡No hay hueco entre los árboles, no hay hueco!

—¡Cúbrete!

Sus pies rozaron con las copas de los árboles y los levantó lo que pudo, pero era inevitable y gritó cubriéndose el rostro con las manos. Su cuerpo impactó con las ramas, pero la velocidad a la que iban impidió que se detuvieran, así que sintió como latigazos por todo el cuerpo una y otra vez. Uno de sus brazos se golpeó con fuerza y gritó de dolor antes de sentir que algo desgarraba la piel de su muslo, pero no le dio tiempo a mirarse porque un golpe brutal le robó el aliento de tal manera que se mareó y ni se dio cuenta de que se habían detenido. Intentó abrir los ojos, pero la imagen de las ramas de los árboles se difuminó hasta que todo se

volvió negro, lo que fue un alivio.

Capítulo 4

Alguien la llamaba y gimió abriendo los ojos. Confundida miró a su alrededor. Estaba en un bosque. Entonces todos los recuerdos volvieron con fuerza y gritó pataleando.

—¡Nena, no te muevas! —La abrazó y Jessel gimió de dolor. —Hostia, ¿qué tienes en el brazo?

Con miedo se miró el brazo derecho y horrorizada vio que tenía algo que parecía una rama atravesando su antebrazo de parte a parte. —¡Oh, Dios mío! ¡Boris quítamelo!

—Jessel, ahora no puedo, tenemos que bajar de aquí. Estamos a diez metros del suelo.

Aún mareada miró hacia abajo para ver sus pies desnudos y ensangrentados casi rozando una rama que había debajo. Al mirar más allá era evidente que estaban a demasiados metros del suelo y que todavía no estaban a salvo. Su mente se volvió a nublar.

—No, no... Vamos preciosa, no te desmayes de nuevo. —La abrazó por la cintura con cuidado. —Estamos enganchados al paracaídas, pero tengo una rama justo detrás de mí. Tengo que desengancharte.

El miedo regresó con fuerza espabilándola. —¡No, me caeré!

—No dejaré que te caigas, ¿de acuerdo? Te agarraré de la mochila y te dejaré en la rama que está justo debajo de ti, ¿la ves? Pero tienes que estar atenta, nena. ¿Crees que podrás sujetarte? ¿Te encuentras con fuerzas para hacerlo?

Sollozó de miedo, pero era evidente que no podían quedarse allí colgados.

—Sé que estás muy asustada, pero tienes que hacer esto. Jessel contéstame.

—Sí —susurró casi sin voz antes de mirar la rama—. Sí, creo que podré.

—Bien. —Sintió como metía un brazo por la parte del paracaídas que estaba pegado a su espalda. Entonces entendió lo que quería hacer, con su brazo sujetaría su paracaídas para hacerla descender. Intentó controlar el pánico mientras que con la otra mano Boris desenganchaba las correas que la sujetaban a él. —Intenta llegar al otro mosquetón —dijo con esfuerzo.

Temiendo que no pudiera sostenerla llevó su brazo izquierdo hacia atrás mientras él quitaba el agarre que tenía en la parte alta de la espalda. Frenética consiguió encontrar el mosquetón y lo apretó para abrirlo, pero no sabía si lo había sacado de la argolla. —No sé si está.

—No te muevas. Por favor preciosa, intenta no moverte. —Sintió que metía el brazo libre por la parte baja de su espalda. —Eso, apriétalo. ¡Ya está! No te asustes. —Empezó a descender y sus pies se posaron sobre la rama que era lo bastante grande para sostenerla. Ella alargó los brazos por instinto y Boris dijo con esfuerzo —¿Puedo soltarte?

Dándose valor respondió —Sí. —Sintió que la soltaba y sus piernas no la sostuvieron provocando que cayera hacia adelante.

—¡Jessel!

Se agarró por los pelos gritando por el dolor que traspasó su brazo, pero pudo sentarse sobre la rama a horcajadas despellejándose el interior de los muslos. Aterrada tumbó el torso sobre la rama abrazándose a ella mirando el tronco que tenía delante para mantener el equilibrio. —Estoy bien —dijo cuando recuperó el aliento. Miró hacia arriba y sonrió—. Estoy bien.

Él todavía colgado suspiró del alivio y entonces ella fue consciente de la sangre, la manga desgarrada de su traje y que le faltaba una pernera del pantalón mostrando una herida muy fea debajo de la rodilla. —¿Estás bien?

—Sí, nena. Yo estoy bien —dijo mirándola preocupado.

—Tengo mala pinta, ¿eh?

—Te has llevado casi todos los impactos. —Miró hacia atrás y consiguió girarse lo suficiente para elevar la pierna y empujarse con el pie en la rama que tenía detrás para balancearse.

—¡Boris no hagas eso! ¡Te vas a caer!

—Tranquila, si no hemos caído con tu peso, eso ya no pasará. —Balanceándose de nuevo se acercó a la rama y asombrada vio como elevaba la pierna para pasarla al otro lado agarrándose como ella a la rama al estilo monito. Él sonrió desde arriba. —Ya está. Lo conseguimos. —Se sentó sobre la rama y con movimientos seguros se quitó el paracaídas dejándolo colgando.

—No te muevas tanto —dijo asustada.

—Tengo que bajar hasta ti.

—¿Y si te pasa algo? No te muevas, por favor.

—Nena, tenemos que buscar ayuda.

—¡Vendrán a buscarnos! ¡Siempre que se estrella un avión van en su busca!

Él apretó los labios. —Creerán que estamos dentro del avión. Y se ha estrellado a varios kilómetros de aquí, aunque parezca que ha sido aquí cerca.

Se le cortó el aliento. —¿Qué?

—No podemos quedarnos sin hacer nada.

—Pero ahí abajo hay osos y pumas... ¡No quiero bajar! —Se echó a llorar. —Dijiste que era seguro.

—Y lo era. No ha sido culpa del avión, Jessel.

Le miró sin entender. —¿Qué?

—La azafata ha matado a su marido de un tiro y después se ha pegado otro. Eso ha debido provocar un problema en el motor. Una de las balas ha debido llegar a algo importante que ha provocado el fallo, no lo sé. He conseguido apagar el fuego del motor, pero los mandos

no han respondido, así que lo he puesto en modo planeo. Estaban muertos antes de que se estrellaran.

—¿Ella le ha matado? No he oído ningún disparo y...

—Sí que lo has oído, pero has pensado como yo que era del motor. —Miró hacia abajo.
—¿Has subido alguna vez a un árbol, nena?

—¡Vendrán a buscarnos!

La miró muy serio. —No, no vendrán porque hasta que allí arriba descubran que faltan dos cuerpos pasarán días y entonces ya estaremos aquí muertos por falta de agua, porque tengas una infección por las heridas o porque se caiga la rama, ¡así que vamos a bajar!

Intentó reprimir las lágrimas y asintió porque sabía que no le quedaba más remedio. —
¿Has bajado alguna vez de un árbol? —preguntó Jessel intentando reprimir su miedo.

—La clave es ir apoyándose en las ramas.

—Qué listo eres —dijo con ironía.

Él sonrió. —Observa. —Se acercó a la parte más cercana al tronco y se puso mirando hacia él agarrándolo con ambos brazos. Apoyándose en la rama donde estaba con un pie, bajó el otro hasta la rama siguiente sujetándose en el tronco. —¿Ves? —Se volvió pegándose al tronco para mirarla de frente.

—¡Estás en mi rama! ¡Largo de mi rama que pesas mucho!

Se sentó en ella a horcajadas inclinando el pecho hacia adelante para acercarse a Jessel.
—No se partirá. Y tienes el torso apoyado en la rama, no te vas a caer, ¿entendido? Además, estoy yo aquí. Enséñame el brazo, no podrás bajar con él así.

Muerta de miedo soltó su brazo y lo elevó para mostrar que parte de la rama se había partido al agarrarse, dejando a la vista solo la parte de arriba del antebrazo. —Joder, esto va a doler, nena.

Cerró los ojos rogando porque fuera una pesadilla y Boris agarró la parte de arriba de la rama tirando con fuerza en un solo movimiento. Ella gritó soltando el otro brazo sin darse cuenta y Boris tuvo que agarrarla del brazo herido haciéndola chillar de nuevo, pero estabilizándola sobre su apoyo. Suspiró con la mejilla sobre la rama.

—Preciosa, creo que lo tienes roto y al sacar la rama el hueso se ha desplazado. Joder. — Ella escuchó como se rasgaba algo y al cabo de unos segundos una tela rodeó la herida. —Te lo enderezaré abajo. —Entonces vio el paracaídas que Jessel aún tenía a su espalda y estiró los brazos para abrir la cremallera.

—¿Qué haces?

—Te voy a bajar con él. —Empezó a sacar el paracaídas hasta que se vieron las cuerdas de nailon. Al llegar al final de ellas las agarró con ambas manos. —Te bajaré poco a poco, ¿de acuerdo? Aquí tengo buen agarre.

—¿Estás seguro de esto?

—No tenemos otra opción. No serás capaz de bajar de aquí con el brazo así. Vamos, pasa la pierna al otro lado. —Señaló a su derecha. —Por ahí hay menos ramas.

Con el corazón en la boca se apoyó en el brazo sano para sentarse y vio el vendaje con tela de su chaqueta en el otro que le dolía horrores, pero ahora no podía pensar en ello. Si Boris estaba en lo cierto, el menor de sus problemas sería bajar de allí. Sintiendo que se despellejaba la piel sobre la corteza se giró pasando la pierna al otro lado. —Muy bien, nena, muy bien. ¿Lista para dejarte caer? —preguntó él apretando bien las piernas alrededor de la rama.

—Sí.

—¡Ahora!

Cerró los ojos dejándose caer y gimió de dolor cuando el chaleco impidió que siguiera cayendo, lo que indicaba que tenía golpes por todo el cuerpo. Abrió los ojos para mirar hacia arriba y vio como él iba soltando las cuerdas poco a poco dejándola descender. Cuando el suelo

se fue acercando suspiró del alivio y cuando sus pies tocaron el suelo lleno de hojas lloriqueó dejándose caer de rodillas porque sentía que no la sostenían. Miró hacia arriba con los ojos llenos de lágrimas y vio su sonrisa. —¡Muy bien, nena!

—¡Si lo has hecho tú todo!

Su risa le calentó el alma y se dijo que ese hombre era mil veces mejor de lo que había pensado al principio. Si le dejaba escapar, es que estaba loca.

—¡Voy a tirar el resto del paracaídas, puede que lo necesitemos para pasar la noche! —
Vio como hacía una bola con el resto del paracaídas y lo lanzaba al suelo a su lado.

—¡Ten cuidado al bajar! —dijo ignorando eso de pasar la noche allí. No podían tener tan mala suerte. Tenía que haber un sendero o una cabaña de guardabosques cerca. Algo. Seguro que alguien había visto como había caído el avión y llamaban a emergencias.

Boris empezó a bajar de rama en rama mientras ella como podía se quitaba el chaleco del paracaídas y lo dejaba caer al suelo. De repente él miró hacia arriba. —Un helicóptero.

Ella miró hacia el cielo, pero el paracaídas estaba entre las copas de los árboles y dudaba que lo vieran. Además era azul y podía confundirse entre el verde de las hojas. Entonces se miró. Su vestido era rojo. Necesitaba un claro. Frenética se levantó y corrió.

—¡Nena, no! ¡No te verán!

Se clavó piedras en los pies corriendo para buscar un lugar donde diera el sol, pero no lo encontraba y el sonido se alejó. Sollozó cayendo de rodillas y de repente Boris la abrazó por la espalda. —Tranquila. ¿Crees que voy a darme por vencido? Volveremos a casa. —La besó en la sien. —Seguirás sacándome de quicio en la oficina y haciendo lo que te venga en gana como hasta ahora. —Sonrió sin dejar de llorar. —Y yo te pegaré gritos que ignorarás antes de guiñarme un ojo y largarte a hacer otra de las tuyas. —La abrazó aún más. —Y te casarás conmigo, nena —dijo cortándole el aliento—. Porque si al subir a ese avión estaba seguro de que eras para mí, ahora lo estoy todavía más porque siento que no puedo perderte. Dime que sí.

Su corazón brincó en su pecho de la alegría y se giró para mirar su rostro. —Sí.

Atrapó su boca y se besaron desesperados. Pero al pegarla a él, rozó su brazo y ella gimió apartándose. —Lo siento, preciosa.

—No pasa nada. Enderézamelo.

Él asintió cogiendo su brazo por la muñeca y con la otra mano la agarró del hombro. — Estíralo lo que puedas.

Lo hizo y él dio un tirón seco que la hizo gemir de dolor. —No lo muevas. —Se levantó a toda prisa y agarró unas ramas cortando algunas para que todas fueran de la misma medida. Corrió hacia ella y se arrodilló a su lado antes de quitarse la chaqueta y hacerla girones. —No, por la noche hará frío.

—Tenemos el paracaídas. —Puso las ramas alrededor de su antebrazo y con ayuda de ella intentó inmovilizarlo asegurándolas con las tiras que ató con firmeza. —¿Mejor?

Ella levantó el brazo y asintió. —Sí, duele, pero no es lo mismo.

—¿Puedes levantarte? —Él siguió rasgando la chaqueta y la ayudó a levantarse antes de quitarse los zapatos y los calcetines. —Póntelos. Los pedazos de la chaqueta no serán suficientes para cubrirte los pies. Sujetándose con el brazo sano en su hombro, dejó que le pusiera un calcetín antes de que agarrara varias telas rodeando su pie y las tiras las sujetaron a su alrededor. —¿Qué tal?

—Que me voy a casar con alguien muy listo.

Él sonrió haciendo lo mismo en el otro pie y cuando terminó su mano subió por el rastro de sangre hasta su muslo. Ella se quedó de piedra al ver la carne colgando. —¡Qué es eso! —chilló.

—Nena, no pasa nada casi no sangra. —Lo sujetó al muslo y cogió una cinta para rodearlo.

—Dios mío, Dios mío... —Él la ató con fuerza y sollozó de dolor, pero se dijo que llorar

no servía de nada y miró al bosque intentando no pensar en ello. Pero al ver un movimiento en un matorral se tensó. —¿Boris?

Él se levantó volviéndose de golpe. —Es un ciervo, nena.

—Somos presas de cualquier animal. —Asustada se acercó a él. —Olerán la sangre. — Por la expresión de su rostro se dio cuenta de que él había pensado lo mismo. —Tenemos que salir de aquí.

—Y saldremos. —Se agachó y cogió la tira que quedaba para ponérsela bajo la rodilla.

—¿Te duele?

—Esto no es nada. Además camino bien, así que no es preocupante. —Cuando terminó fue hasta el paracaídas y empezó a recogerlo para meterlo en la funda del chaleco. — Necesitamos encontrar agua. Y debemos hacer un fuego. En este tipo de bosques los guardas controlan los fuegos desde kilómetros de distancia simplemente guiándose por el humo. Además, necesitamos un refugio y el fuego puede alejar a los animales.

—He oído que aquí hay pumas, ¿es cierto?

—Los Apalaches se extienden desde Canadá hasta Mississippi, igual justo aquí no hay.

—¿Con la suerte que tenemos? Seguro que aquí hay de todo con tanta vegetación. —Se le cortó el aliento. —Serpientes.

—Nena, no te agobies. Buscaremos un refugio, ¿de acuerdo? Después buscaremos lo demás.

Le observó meter el paracaídas en la bolsa y cuando se levantó cerrando la cremallera la miró deteniéndose en seco cuando la vio sonreír. —¿Qué?

—¿Has sido boy scout?

Él rio por lo bajo. —No, nunca me gustó el campo.

Rio acercándose a él. —A mí tampoco. —Le dio un beso. —Estamos apañados.

—Hemos visto miles de películas sobre temas así. No será para tanto.

—Sí, y hasta ahora te has apañado bien. Sigue así, Blacknard. —Miró a su alrededor. —
¿Hacia dónde?

—Hacia el accidente, nena. Puede que encontremos a alguien o que nos vean. —Asintió y empezó a seguirle. —Intentaremos buscar un refugio de camino y si conseguimos hacer fuego es más probable que nos vean.

Ella disimuló como pudo el dolor que empezaba a tener en los pies siguiendo su paso. Era más alto que ella y su zancada era más larga. Entonces escucharon un trueno. —La tormenta se desplaza hacia aquí —dijo él preocupado.

—Al menos no tendremos problema de agua, con abrir la boca...

Él sonrió. —Así me gusta, que seas positiva.

No sabía cuánto le iba a durar su positividad, porque ahora que estaba más relajada se daba cuenta de que sentía frío. El abrigo como todo lo demás estaba en el avión y su vestido no estaba hecho para marchas por el bosque en pleno octubre. Boris la miró de reojo. —¿Te duelen los pies?

—No es nada. Antes me clavé alguna piedra que otra, pero en unos kilómetros estarán insensibles.

—Joder, nena. Lo siento.

—No ha sido culpa tuya. ¿Qué crees que ha pasado para que ella le matara?

—Ni idea. Estoy atónito. Se llevaban muy bien. —Asombrado la miró. —Y ella parecía tan normal. Como siempre.

—John estaba tenso.

—Sí, me di cuenta, pero pensaba que era porque le había llamado con poco tiempo o algo así. Cuando hablé con él por si le había dado tiempo a revisar que todo estuviera bien, me dijo

que todo iba perfecto. Que el pequeño estaba en plena forma.

—¿Crees que la bala afectó a algo del motor?

—Es lo único que se me ocurre. Joder, era un avión prácticamente nuevo no tenía ni un año.

—Ha sido algo de cuernos, seguro.

Pasmado la miró. —¿Tú crees?

—Claro. Ella perdió la cabeza porque iba a dejarle o algo así y se lo cargó. Pero ya podía haber escogido otro momento, la muy puñetera. —Frunció el ceño. —Porque estás seguro de que la que disparó fue ella, ¿no?

—Él tenía un tiro en la nuca y ella estaba tras él con otro en la boca.

—Sí, fue ella. Con lo agradable que parecía. Si unos minutos antes se reía y todo. La gente está fatal. —Se llevó la mano al pecho. —¿Tenían hijos?

—Que yo sepa no. Se casaron hace seis meses. Precisamente fueron los que se llevaron el avión de luna de miel.

Impresionada siguió caminando. —Tú si sospecharas de mí, me lo dirías, ¿no?

—Joder nena, no podría callarme algo así. ¡Por eso te digo desde ya que vas a cambiar de clase de pilates!

Soltó una risita. —Sabía que eso te había escocido. —Levantó la barbilla. —Te mentí.

Se detuvo en seco. —¿Cómo que me mentiste?

—Me rechazaste, ¿qué esperabas? Tenía que salvar mi orgullo.

Él puso los ojos en blanco antes de seguir caminando y Jessel le siguió. —¿Me perdonas?

—Claro que sí, nena. Te entiendo.

Soltó una risita. —A mi abuela le vas a encantar. Pero ya se olía algo, como no paraba de hablar de ti.

—No parabas de hablar de mí, ¿eh? —Seductora le guiñó un ojo. —Nena, cada vez que haces eso me dan unas ganas de besarte...

—¿De veras?

Entonces empezó a llover y con fuerza, haciéndole jurar por lo bajo. Corrieron bajo el árbol más cercano resguardándose lo que podían. —Esto no tiene buena pinta, cielo —dijo ella.

—No, no la tiene. Está bajando mucho la temperatura. Joder, ya estás helada.

—Estoy bien —mintió resuelta—. No te preocupes por mí, busquemos soluciones.

Él apretando los labios miró a su alrededor. —Hacia allí están las montañas, eso lo sabemos.

—Eso cielo, tú piensa.

Ella alargó la mano y cogió algo de agua para beber lo que podía. Boris hizo lo mismo juntando ambas manos y cuando le ofreció el agua a ella se le encogió el corazón de la emoción. —Bebe, nena. Bebe todo lo que puedas.

Se agachó para beber y cuando el agua se escurrió Boris cogió más. Cuando no quiso más negó con la cabeza y bebió él. Cómo le dolía el brazo. Sujetádoselo con cuidado miró a su alrededor. Al menos allí casi no se mojaban. Las copas de los árboles hacían que el agua cayera más hacia el exterior del árbol. Pero no podían quedarse allí, puede que cuando lloviera más tiempo cayera agua por todas partes. Además, era cierto que tenía frío. Si se quedaban allí morirían de hipotermia o por algún animal. Se mordió su grueso labio inferior. Piensa Jessel.

—¡Mira!

Se volvió para ver lo que señalaba. Eran un montón de rocas cubiertas en su mayoría por musgo. —Es un antiguo refugio de cazadores, nena.

—¿De veras?

—¡Vamos! —La cogió de la mano y corrieron hacia allí. Al rodearlo se dio cuenta de que

tenía un agujero que se metía en la tierra. Al menos estarían resguardados de la lluvia. Se metió él primero tirando la mochila a un lado y extendió las manos para ayudarla. En cuanto entró se sintió mejor porque allí no daba el viento. Se dejó caer en el suelo de tierra. —Nos han echado un cable los de ahí arriba —dijo él sentándose a su lado. Abrió la mochila y sacó el paracaídas poniéndoselo sobre los hombros. —¿Mejor?

—Sí. —Forzó una sonrisa. —Hay mejores maneras de entrar en calor.

Él rio por lo bajo. —Sí, nena. Y cuando salgamos de aquí estoy deseando practicarlas contigo. —Le pasó el brazo por los hombros. —Porque vamos a salir de aquí, te lo juro.

Ella no las tenía todas consigo, pero susurró —Quiero la boda en abril. En abril se casaron mis padres y quiero casarme el mismo día.

—Pues será en abril. Nunca les mencionas...

Apretó los labios mirando hacia el agujero. —Es que ya no están con nosotras.

—¿Qué pasó?

—Murieron atropellados en la décima avenida. Una conductora borracha. No llegaron al hospital. —Sonrió con ironía. —Ellos murieron y esa mujer... Bueno, da igual, la abuela dice que no hay que tener rencor, que de esa manera solo te envenenas tú. ¿Crees que tiene razón? —Él se quedó en silencio y ella le miró. —Han pasado cuatro años y les recuerdo cada día.

—Y no les olvidarás nunca como yo no te olvidaré a ti.

Jessel sonrió. —Mi abuela me dio fuerzas, ¿sabes? Ella había perdido a su marido dos años antes y después a su hijo. Pero se levantaba todos los días diciendo que el señor la había dejado a ella viva para cuidarme y que pensaba hacerlo hasta que me casara y tuviera nietos.

Boris sonrió. —Debe ser estupenda, estoy deseando conocerla.

—¿Cómo son tus padres?

—Mi madre es la típica mujer de clase alta que se pasa todo el día de compras con las

amigas y mi padre el típico hombre de clase alta que va al club para decir que juega al pádel.

—¿Y cómo has salido tú así?

—Ni idea. —Miró al frente. —Me di cuenta desde pequeño que no tenía nada que ver con ellos. Me crie prácticamente con mi tío. Iba a su casa cuando podía y en vacaciones me llevaba con él, lo que para mis padres era un alivio porque podían hacer lo que les viniera en gana.

—Tu tío era Oliver Blacknard, ¿no? Vi en internet que había muerto.

—Sí, hace cinco años. Me lo legó todo y ahora soy yo el dueño.

—No se casó nunca.

—Dijo que solo se había enamorado una vez y que salió mal. No llegaron a casarse y ella se casó con otro. —Pensativo susurró —Solo le pregunté una vez por ese tema y vi tal tristeza en su mirada que no volví a hacerlo. La echaba de menos. Se lo noté por cómo hablaba de ella.

—Qué triste.

—Nuestro carácter no es fácil de soportar.

—Así que te pareces a él.

—En todo. —Sonrió irónico. —Dicen que hasta tengo su voz.

—Me hubiera gustado conocerle.

—Y a él le hubiera gustado conocerte a ti, preciosa. —La besó en la sien. —¿Te duele mucho el brazo?

—Es soportable.

—Voy a ver si puedo hacer fuego.

—Te empaparás y con lo que llueve... —Entonces lo entendió. —¿Quieres hacerlo aquí?

—Tenemos que avisar de algún modo de que estamos aquí.

—Pero...

Sin hacerle caso salió de su refugio y le vio correr hacia un árbol. Cogió varias ramas que aún debían estar secas. Hubo un momento que mirando el suelo se quedó pensativo y se preocupó por si se encontraba mal. —¿Boris?

Él miró hacia allí. —Ya voy, nena. Haré el fuego aquí.

Suspiró del alivio porque así no se llenaría su refugio de humo. Vio cómo se agachaba y colocaba la leña sobre el suelo antes de arrancarse una manga de la camisa escondiéndola bajo la leña. Ella negó con la cabeza porque todo debía estar húmedo. Entonces se levantó y metió la mano en el bolsillo del pantalón sacando un mechero de oro. Ella dejó caer la mandíbula del asombro. ¡Tenía mechero! ¿Y por qué tenía un mechero, eh? Uy, que este fumaba. ¡Pues le iba a quitar el vicio a gritos! Vio como encendía el pequeño fuego y puso encima de él algunas hojas que hicieron que saliera un montón de humo. Impaciente porque volviera, casi saca la cabeza por el agujero para pegarle cuatro gritos y fue cuando lo vio. Un oso negro estaba alejado e intentaba subir a un árbol. Ay, madre, que aquello era lo que les faltaba. —Cielo —susurró sacando la mano por el agujero.

Boris miró hacia allí y ella señaló hacia el bosque. Él se giró para ver al oso y se agachó tras los matorrales.

Temiendo que le viera vocalizó —Ven aquí

Sorprendiéndola se chupó el índice y levantó el dedo antes de correr hacia el refugio y meterse a toda prisa en él. —¿Y eso del dedo?

—Si el viento soplara a su favor me hubiera olido. Entonces tendría que alejarme para que no descubriera esto.

—Oh, cielo que bonito. Hubieras arriesgado tu vida por salvar la mía. —Entonces le agarró la oreja con saña. —¿Qué llevas en el bolsillo y sobre todo para qué lo quieres?

—Nena, me vas a arrancar la oreja —siseó.

—Como fumes te voy a arrancar otra cosa.

Él sonrió. —No fumo.

Suspiró del alivio. —Menos mal. No quiero quedarme viuda a los cuarenta.

—Era de mi tío. Siempre lo llevo conmigo. Es como mi amuleto.

—Pues cielo, funciona de maravilla, no lo pierdas nunca.

Miraron hacia afuera y aliviados vieron que el oso se había dado por vencido y se alejaba. Volvieron la vista hacia el fuego que se estaba apagando. —Cariño, espero que ese mechero tenga mucho gas porque vas a tener que encenderlo un montón.

Capítulo 5

Tumbada a su lado escuchando su pausada respiración, miró hacia el agujero. Todavía era de noche. El dolor de brazo la estaba matando y el muslo le latía. Mierda, no había un músculo en su cuerpo que no le doliera, pero si solo fuera eso.... Apretó los dientes cuando sintió un tirón en la espalda, pero es que prácticamente no había sitio para los dos tumbados y no quería molestar a Boris que estaba agotado. Había mantenido el fuego encendido hasta que había sido de noche, pero no habían escuchado ni un solo helicóptero en todo ese tiempo. Cada minuto que pasaba estaba más convencida de que como no se movieran no les iba a encontrar nadie. El viento silbó entre los árboles. Hacía un tiempo horrible, no le extrañaría que no se pudiera volar por allí. Igual era peligroso por las montañas. No habían oído helicópteros, lo que implicaba que nadie sabía del accidente o que no podían acudir a su rescate. Se le cortó el aliento. ¿Y si nadie había visto la explosión del avión? ¿Y si nadie les estaba buscando? Nadie sabía para qué iban a Los Ángeles. A Clare le había dicho que tardarían días en volver y a su abuela, que todavía estaba dormida cuando hizo la maleta, ni la había avisado de que se iba de viaje porque pensaba llamarla cuando se levantara. Nadie sabía dónde estaban y como nadie hubiera visto el avión al estrellarse, puede que no les buscaran por allí jamás. Se le heló la sangre al pensarlo.

—¿Qué ocurre, nena? ¿Te duele mucho?

—No nos buscarán.

—No digas eso.

—Dime que le dijiste a alguien a donde íbamos.

—El plan de vuelo se presenta en el aeropuerto.

—No hay señal de socorro. Y si salimos del espacio aéreo de Nueva York, ellos pensarán que estamos en Los Ángeles.

—En Los Ángeles han dado la voz de alarma cuando no hemos llegado.

—No puedes estar seguro.

—El avión tiene un GPS.

—Ha estallado en mil pedazos. No hay GPS y esa caja negra a saber dónde está.

—Hay una baliza de emergencia en la caja negra. Nena, ahora las hacen casi indestructibles.

—¿Una señal entre esas montañas?

—Joder, no seas tan negativa.

Le miró sobre su hombro. —Sabes que nunca lo soy. Tenemos que hacer algo.

—Muy bien, ¿qué propones?

Negó con la cabeza. —No lo sé. Lo único que sé es que al menos hace veinte horas que no comemos, estamos heridos y no hemos vuelto a escuchar un helicóptero sobrevolando la zona.

—Nena, tienes que dormir. Estás agotada y te estás dejando llevar por la situación y no paras de darle vueltas. Duérmete. Mañana pensaremos qué hacer.

Al cabo de unos segundos susurró —Cielo...

—¿Sí?

—Si no nos encuentran mañana, yo ya no podré ir a ningún sitio.

Él se sentó de golpe y ella se volvió. La luz de la luna permitió a Boris ver su asustado rostro. —¿Qué quieres decir?

—Se me están infectando las heridas, calculo que aguantaré hasta pasado mañana, hasta

que me suba la fiebre de tal manera que no pueda ni moverme. Normalmente cuando me sube la fiebre no puedo ni levantarme de la cama.

Él a toda prisa puso su mano sobre su frente. —Joder nena, estás bien.

—El dolor del muslo no es normal.

—Eso es porque no has tomado nada para el dolor como harías normalmente si estuvieras herida.

—Espero que tengas razón. —Se volvió de nuevo y miró el agujero. —Si no es así y enfermo, quiero que te vayas.

—Nena, ¿pero qué dices? ¡No pienso dejarte aquí!

—Solo seré un lastre. Sin mí irás más rápido y puede que encuentres la manera de que den contigo. Luego puedes hacer que vengan a por mí. Buscaremos un sitio que puedas identificar y...

—Deja de pensar en eso. —La abrazó con cuidado. —Deja de pensar en eso. No ocurrirá. Saldremos juntos de aquí.

Se quedó en silencio porque sería imposible razonar con él hasta que no se diera cuenta del problema. Cerró los ojos.

—Eso es, duerme. Necesitas descansar. Ha sido un día terrible y aún estás en shock. No te preocupes por la entrada, me quedaré vigilando, ¿vale? Relájate.

Respiró hondo porque él tenía razón. Era de noche y todavía no podían ir a ningún sitio. Lo mejor era descansar.

Se despertó gritando y al sentarse se golpeó con las piedras del techo. Gimió levantando la mano hasta la coronilla, pero al no ver a Boris a su lado sacó la cabeza por el agujero. Miró a

un lado y a otro y se sentó sobre sus talones. Se había ido. Asustada se llevó la mano a la frente y se dio cuenta de que estaba algo acalorada. Igual no se despertaba y decidió dejarla allí para ir a buscar ayuda. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Esperaba que tuviera suerte. Sabía que no podría volver por ella, que no la encontraría de nuevo, pero si se salvaba él... Sollozó por la vida que ya no tendría a su lado. ¡Aquello era una mierda! ¡Tenía toda la vida por delante, iba a hacer el amor con él cada noche! ¿Habrían tenido hijos? Claro que los habría tenido. Seis por lo menos. Para que nunca se quedaran solos si a ellos les pasaba algo. Una lágrima recorrió su mejilla. Ahora ya no tendría hijos, ni orgasmos ni nada. Moriría allí sola. Y más le valía que muriera sola porque como muriera acompañada puede que fuera por una serpiente, un puma o un oso. La morderían, desgarrarían y desmembrarían, puede que hasta la destriparan, pero daba igual porque ella tendría tanta fiebre que no se enteraría de mucho. Con suerte de nada.

De repente la cara de Boris apareció ante el agujero y chilló del susto. —¿Por qué lloras?

Sollozó y dijo —Estás aquí.

Él preocupado entró en el agujero y la abrazó. —Claro que sí, preciosa. ¿Qué ocurre?

—Pensaba...

—No te abandonaré. —La besó en la frente y al apartarse para mirar su rostro juró por lo bajo.

—¿Qué?

—Nada, nena. ¿Te duele mucho el brazo?

—Sí —respondió como una niña.

Acarició su cabello hasta su nuca. —¿Crees que podrás caminar?

—Sí. ¿Sigue lloviendo?

—No, paró hace horas. Pero aún hay agua en las hojas. Ven, vamos a beber.

La ayudó a salir y al incorporarse se dio cuenta de que tenía que ir al baño. —Voy a ir

detrás de ese árbol.

—Ni hablar, he visto un lobo, así que no pienso dejar que te separes de mí. —Levantó el bajo de su vestido y se le cortó el aliento cuando cogió los laterales de sus bragas y se las bajó hasta los tobillos. —Ya está. Venga.

—Dios, haciendo el amor debes ser la leche.

Sonrió de medio lado. —Nena, estás hecha polvo.

—Dicen que cuando la muerte está cerca se tienen muchas ganas. Y me están entrando unos calores...

—Es la fiebre.

—Claro que no. —Apretó las piernas. —Date la vuelta.

Él suspiró volviéndose y aprovechó para agacharse y aliviarse. Cuando terminó juró por lo bajo y él se volvió. —¿Qué pasa?

—No tengo con que limpiarme.

La miró como si hubiera dicho un disparate, pero aun así se arrancó un pedazo de camisa y se acercó a ella pasándoselo entre las piernas. Jessel separó los labios de la impresión y gimió de placer. Él la miró sorprendido. —¿En serio, nena?

—¡No pares!

—La madre que... Jessel no es el momento. —Rozó con su dedo su sexo y ella gritó de placer. —Hostia, ¿te vas a correr? —La besó en el cuello antes de subir hasta el lóbulo de su oreja mientras no dejaba de rozarla —En serio preciosa, te excitas muy rápido. Será por la fiebre. —Su pulgar rozó su clítoris mientras un dedo entraba en su interior. Boris sintió como apretaba su vagina para evitar perderle y se deslizó en su canal provocando que hasta le fallaran las piernas. La abrazó con su brazo libre elevándola y ella deseando más, abrió las piernas rompiendo las braguitas que tenía en los tobillos para rodear su cadera. —Nena, no voy a poder detenerme. ¡Joder córrete! —Jessel le cogió por la nuca con su mano sana para reclamar sus

labios. Se besaron desesperados y cuando sintió como su sexo entraba en ella con contundencia gritó de placer inclinando su cuello hacia atrás. —Sí, preciosa. —Se deslizó en su interior antes de reclamar su lugar con fuerza. Ambos gritaron de placer y Jessel clavó las uñas en su cuello pidiendo más, así que él volvió a embestirla y lo hizo una y otra vez elevándola poco a poco hasta un placer tan exquisito que todo en ella gritó, pero Boris empujó de nuevo sus caderas y ese placer estalló en puro éxtasis. Ahora ya podía morir tranquila.

Con la mejilla apoyada en su hombro disfrutó del momento.

—No me puedo creer que hayamos hecho esto —dijo él reteniendo la risa.

—Y yo no me puedo creer que nos hayas negado esto desde el principio...

Él besó su cuello. —¿Me perdonas?

—Solo si me juras que no volverás a hacerlo.

—Te lo juro, nena.

Sonrió apartándose y él besó suavemente sus labios haciéndola suspirar antes de dejarla sobre la hierba. —Vamos, tienes que beber algo.

Al ver las gotas en unas hojas empezó a chuparlas. Él se agachó y levantó su pie para sacar sus braguitas del tobillo provocando que soltara una risita. —Ni me había dado cuenta. — En lugar de tirarlas le envolvió el pie con ella y ató las gomas alrededor para asegurarla.

Él miró hacia arriba antes de incorporarse. —Bebe lo que puedas. Tienes que hidratarte.

Cogió otra hoja y la chupó. —¿Por dónde vamos?

—Cuando salí fue porque me pareció oír algo.

—¿El qué?

—Un motor. Pero dejé de oírlo y me dio la sensación de que me lo había imaginado. — Se volvió y señaló. —Creo que fue por ahí.

—¿Sería el motor de un coche? Vamos...

—Nena, si me equivoco...

—¿Acaso tenemos otra opción? De todas maneras puede que encontremos algo de camino. O a alguien. ¿Los Apalaches no tiene un sendero por el que va mucha gente?

—No sé dónde está ese sendero. Igual pasa a muchos kilómetros.

—No seas negativo.

Él sonrió. —Al parecer estás de muy buen humor.

—En este momento ni encontrarme con un oso me amargaría el día.

—Esperemos que eso no pase.

Caminaron durante un par de horas y el cansancio, la fiebre y los dolores empezaron a hacer mella. Al parecer el efecto Blacknard no era eterno. Lo que tenía en los pies se fue arrugando y las cintas se fueron abriendo, pero no dijo nada para no detener el ritmo porque sabía que solo tenían ese día para buscar la manera de salir de allí.

Dos horas después ya no podía con su alma y sin aliento tuvo que decir —Tengo que sentarme.

Él la ayudó a sentarse en una roca. —Muy bien, nena. Lo haces muy bien.

—No mientas. —Miró hacia arriba y el sol le dio en la cara. Eso le hizo darse cuenta de que entre los árboles había más espacio.

—Jessel...

Miró hacia él y vio que señalaba el tocón de un árbol que tenía muchas virutas a su alrededor. Se le cortó el aliento levantándose para darse cuenta de que era serrín. —Lo han cortado hace poco.

—El serrín no está mojado. —Boris se incorporó mirando a su alrededor. —¡Oiga! ¡Oiga,

por favor estamos en apuros! —Ella miró hacia un lado y a otro para ver si encontraba a alguien.
—¡Oiga!

—Cielo, igual no hay nadie.

Él señaló un montón de ramas. —Ha cortado todo el árbol en pedazos y se lo ha llevado.
Es un ilegal y si nos oye no querrá dar la cara.

Jessel se volvió y gritó tan fuerte como podía —¡Le daré quinientos mil dólares si nos ayuda a salir de aquí!

—¿Quinientos mil?

—Tienes razón, en casos así no hay que racanear. —Se giró y gritó —¡Un millón! ¡Un millón de dólares por llevarnos al pueblo más cercano! ¡No le diremos nada a la policía, se lo juramos! ¿Qué más da un árbol menos? ¡Y mira que soy ecologista, pero en este momento me importa un pito el puñetero árbol!

Esperaron impacientes, pero no ocurrió nada y sus ojos se llenaron de lágrimas de la frustración. —¡Por favor!

—Nena, no te esfuerces. Se ha ido y no nos oye nadie.

Entonces escucharon un crujido y se volvieron para ver tras ellos un hombre enorme con la barba hasta el pecho, su ropa estaba sucísima y llevaba un hacha en la mano y un rifle colgado a la espalda. Les miró fijamente de arriba abajo. Sobre todo a ella y nerviosa dio un paso hacia Boris, que cogió su mano sana. El tipo sonrió irónico. —¿Qué hacen aquí?

—Nuestro avión se ha estrellado —dijo Boris—. Mi esposa y yo necesitamos ayuda.

—Sí que la necesitan. —Miró el brazo de Jessel y asintió. —Solo puedo llevarles hasta la carretera que da acceso al pueblo más cercano. Yo no entro allí.

—Sería estupendo, se lo agradeceríamos mucho —dijo Boris

Asintió y se volvió para alejarse de ellos. —Vamos...

—Da un poco de miedo —susurró ella.

—Nena, no digas nada, no le mires, ¿de acuerdo? Deja que hable yo.

No sabía por qué, pero presentía que era lo mejor, así que le siguieron en silencio porque era evidente que el hombre no quería hablar. Cuando vieron la vieja camioneta entre unos árboles casi chilló de la alegría. El hombre abrió la puerta del conductor y tiró el hacha dentro. — Suban atrás.

—Gracias —dijo ella sin darse cuenta provocando que la mirara.

—Su esposa, ¿eh?

Boris se tensó. —Sí, es mi esposa.

—No llevan anillo.

—Usted tampoco.

Sonrió irónico. —Yo no estoy casado.

—Vamos nena, deja que te ayude a subir. —Abrió la puerta trasera y la cogió por la cintura para subirla a la caja de la camioneta que estaba llena de leña cortada y había una sierra mecánica. Se sentó a toda prisa sobre unos troncos y Boris se sentó a su lado.

El hombre cerró la puerta de la caja de atrás sin dejar de mirarlos. —Un millón, ¿eh? ¿Creen que me servirá de algo?

—Puede que le ayuden a salir de aquí.

—Nadie me ata a esto, estoy en el bosque porque quiero.

—Por favor, a mi mujer le duele mucho el brazo, ¿podemos irnos?

—Pues le debería doler más el muslo, lo tiene infectado.

Ella se bajó el vestido intentando cubrir sus piernas. —Necesita un médico —dijo Boris muy tenso sabiéndose desprotegido frente a ese hombre.

—Pues va a tardar en verla, porque el pueblo más cercano está a treinta kilómetros y no

tiene médico, hay que llamarlo. Pónganse cómodos. —Señaló una cantimplora. —Ahí tienen agua.

—Gracias —dijo Boris antes de cogerla a toda prisa y abrirla para acercarla a la boca de Jessel—. Bebe, nena.

Bebió sedienta y el tipo asintió antes de ir a la puerta del conductor y sentarse tras el volante. —¡Agárrense! ¡Hay algunos baches! —Cerró de un portazo y arrancó el motor.

En cuanto la camioneta empezó a andar le dio la cantimplora mirándole a los ojos. —Jessel...

—Lo siento. No me di cuenta. —Se acercó y susurró —¿Crees que es peligroso?

—No me fío de él. —Miró a su alrededor y vio un destornillador. Alargó la pierna y con el pie lo arrastró hacia ella que se agachó para cogerlo y guardarlo entre las ramas de su brazo roto.

Él asintió cogiendo un pedazo de madera en forma de estaca. —Igual estamos exagerando, pero más vale prevenir.

—Sí.

Boris le pasó el brazo por los hombros y la besó en la sien. —Mira, vamos por una especie de sendero.

Ella miró el camino y se dio cuenta de que tenía razón, era un sendero, pero no debía ser muy transitado porque tenía vegetación entre las rodadas.

—Todo irá bien —dijo Boris intentando calmarla.

—Al menos tenemos una oportunidad. —Él se la quedó mirando durante varios segundos y como no respondía levantó la vista hacia su rostro. —¿Qué?

—Te quiero, nena.

Se le cortó el aliento y emocionada apoyó la cabeza en su hombro. —Yo también te

quiero. Lo supe en cuanto te vi.

—Y aun así te resistías. —Le miró con rencor haciéndole reír por lo bajo. —Vale, me lo merecía.

—He sido muy benévola. Pero te he perdonado porque estas han sido circunstancias especiales. —Suspiró sintiendo que le dolía todo. —Cariño, ya puedes conseguir un coche para volver a casa, porque no pienso subirme a un avión en la vida.

—Nena, esto no ha sido culpa del avión.

—Pues nada de parejas en él y que tenga dos pilotos.

—Yo soy piloto. —Le miró sorprendida. —No se podía hacer nada, preciosa.

—Por eso supiste ponerlo a planear.

—Sí. —Apretó los labios. —Es increíble todo lo que ha pasado.

—La prensa se va a poner como loca.

—Sabré manejarlo.

—Estoy segura, señor Blacknard.

Después de varios kilómetros que le parecieron eternos la camioneta llegó a una intersección y giró a la derecha. Ansiosa sacó la cabeza para mirar la parte delantera y vio que era un camino de tierra. Entonces lo vio, un campanario. —¡Mira, cielo!

Boris se volvió y suspiró del alivio dejando caer el pedazo de madera. Se acercaban a aquella población. Jessel se emocionó loca de la impaciencia. —Espero que mi abuela no se haya enterado de nada. Igual piensa que he echado una cana al aire para no dormir en casa.

La miró como si tuviera dos cabezas. —¿Y te echabas canas al aire a menudo?

—A ti te lo voy a contar. ¿Te pregunto yo a ti? No, porque no me interesa. ¿Y sabes por

qué no me interesa? Porque si supiera con quien te has acostado, tendría que sacarle los ojos. Y como sé que tú sentirías lo mismo si te lo dijera, mejor no torturarte.

Boris sonrió. —Gracias cielo.

—De nada. —Sonrió de oreja a oreja. —Seré una esposa buenísima.

—No lo dudo.

La camioneta giró a la derecha deteniéndose en el arcén tras un enorme arbusto. El hombre bajó a toda prisa y dijo —Vamos, vamos... Tengo que irme.

—Oh...

Boris se levantó tan rápido como podía y saltó de la caja para cogerla de la cintura y ayudarla. —Gracias por su ayuda —dijo él dejándola en el suelo.

Él gruñó volviendo hacia la cabina y se subió en un visto y no visto antes de salir derrapando y todo.

—Es evidente que no le interesa el dinero —dijo Jessel.

—Hemos tenido una suerte enorme. Vamos, hay que darse prisa, necesitas un médico. Unos metros más y todo habrá acabado.

Capítulo 6

Tuvieron que caminar al menos dos kilómetros para llegar, pero en cuanto entraron en el pueblo una joven de unos veinticinco años que estaba barriendo ante una tienda, chilló al verlos dejando caer la escoba antes de acercarse corriendo. —¿Un accidente de coche?

—De avión —dijo ella—. Necesitamos ver al doctor y...

—Claro que sí. —Se volvió y gritó —¡Josh corre a por el médico! ¡Está visitando a la señora Williams!

Un chico de unos diecisiete años salió corriendo calle abajo.

—Vengan conmigo. Siéntense, están agotados.

Les acercó al porche de su tienda para que se sentaran en una sillas de mimbre cuyos cojines eran auténticas joyas de crochet. —Se los mancharemos —dijo incómoda.

—Por Dios, no pasa nada.

Se sentó suspirando del alivio. —Gracias.

—¿Puede traerle algo de agua? —preguntó Boris.

—Sí, claro. —Corrió al interior de la tienda.

—Ya está, nena. En unas horas estaremos en Nueva York. —Él estiró el cuello hacia el escaparate. —Está llamando a alguien.

Varias personas se acercaron y una anciana se agachó ante ella para quitar las vendas de

sus pies. Se sonrojó. —No es necesario, el médico...

—Cuanto menos tiempo lo tengas en los pies mejor. —Miró sobre su hombro. —Marido trae el botiquín de la camioneta.

Mirando a los que les rodeaban se emocionó. —Son muy amables.

La chica salió con una bandeja de limonada. —Tiene azúcar y les vendrá bien.

—Pretty trae un barreño con agua. —Mientras bebía sedienta la anciana levantó parte del vestido y al ver el morado alrededor de la herida apretó los labios. —Esto no tiene buena pinta. Llama al helicóptero de emergencias.

—El doctor ya viene. Y también he llamado al sheriff.

—Llama a emergencias —dijo firmemente.

Se tensó cuando vio como la chica corría y Boris cogió su mano. La mujer forzó una sonrisa. —Más vale prevenir que lamentar. En el hospital te harán una revisión y te dejarán como nueva.

—Fue enfermera, ¿saben? —dijo otra mujer—. Sabe de esto más que nadie en el pueblo.

—Gracias. —Se echó a llorar y Boris la abrazó por los hombros.

—Estás agotada y ha debido ser un susto terrible, pero ya estáis a salvo.

Pretty regresó con el barreño de agua. —Ya he llamado. —Lo puso ante Jessel y la anciana le metió los pies dentro de inmediato.

—¿Quieren algo de comer? —preguntó un hombre.

—No —dijo la anciana—. Mejor que no coma nada. —Miró a Boris. —¿Tienes heridas aparte de eso de la rodilla?

—No, señora.

—¿Te mareas? ¿Has vomitado?

—No.

—Así que la peor parte se la ha llevado ella.

—Iba delante de mí cuando nos tiramos en paracaídas.

—Entiendo. —Miró a Jessel sonriendo. —¿Cómo te llamas?

—Jessel.

—Un nombre precioso. Yo soy Margaret.

—Encantada. —Sollozó. —Ni se imagina lo encantada que estoy de verles.

—¿Te mareas?

—Se desmayó al caer.

—Otra buena razón para que no coma. —Limpió sus pies intentando no hacerle daño en las heridas, pero ella dio un respingo. —Lo siento, pero quiero quitar los restos de tierra lo mejor posible. —Su marido dejó un botiquín enorme a su lado. —Gracias cielo. ¿Dónde ha sido el accidente?

—No puedo decirle —dijo Boris—. A unos kilómetros de las montañas que están nevadas. ¿No han visto la explosión?

—Ha debido ser por la cara norte. Han tenido mucha suerte de llegar hasta aquí. ¿Han venido caminando?

—Nos ha traído un hombre que estaba por allí. Ha sido muy amable.

—¿Un hombre? —preguntó Pretty dando un paso hacia ellos—. ¿Cómo se llamaba?

—No lo sabemos —dijo Boris mirando a Jessel de reajo—. No nos lo dijo y yo no pregunté.

—¿Tenía los ojos azules?

—Sí —respondió Jessel viendo su ansiedad por tener noticias suyas—. Muy claros y es moreno.

—Carter —dijo Margaret mirándoles esperanzada—. ¿Estaba bien?

—Sí, estaba perfectamente.

El marido de Margaret acarició el hombro de su esposa. —Es nuestro hijo pequeño, ¿saben?

—¿De veras? —preguntó Jessel—. Pues ha sido muy amable con nosotros.

—Hace dos años que no le vemos. —Margaret intentó retener las lágrimas y sonrió a su marido. —Está bien.

—Claro que sí, mujer. Nuestro hijo sabe arreglárselas.

Boris se adelantó. —¿Qué le ha ocurrido? ¿Le buscan por algo o...? ¿Debemos callarnos sobre él al sheriff? Parecía que no quería entrar en el pueblo.

—Le acusan de matar a un hombre, pero él no hizo nada —dijo Pretty.

A Jessel se le cortó el aliento y miró a los demás que asentían como dándole la razón. —El hijo del sheriff siempre dio problemas. En la fiesta del pueblo intentó propasarse con la mujer del pastor cuando salía de la iglesia. Carter lo vio todo y acudió en su ayuda. Pelearon hasta llegar al cementerio que está detrás —dijo otro de los vecinos—. Según dicen el tipo cayó hacia atrás y al caer se clavó una cruz de hierro muy antigua que estaba en una de las tumbas.

—Dios mío... —susurró Jessel mirando a la mujer que seguía limpiándole los pies—. Lo siento mucho.

Forzando una sonrisa cogió la toalla que le ofrecía Pretty. —Se podía haber ido, pero se ha quedado cerca de nosotros. Siempre ha sido un hijo estupendo, ¿sabes? Todos los días de la madre me deja un ramo de flores silvestres ante la puerta. —Rio por lo bajo. —Y no nos falta la caza.

—No se preocupe, diremos que hemos venido caminando.

—Gracias —dijo su marido antes de alargar la mano—. Robert Mathison.

—Boris Blacknard.

En ese momento se detuvo un coche ante la tienda y un hombre de unos treinta años salió a toda prisa. —Ya está aquí el doctor Lewis —dijo Pretty.

El doctor se acercó corriendo con un maletín en la mano. —¿Qué tenemos, Margaret?

—Accidente de avión. Se tiraron en paracaídas. Ella tiene una herida muy fea en el muslo, brazo fracturado, tiene fiebre y sufrió un desmayo al aterrizar. Él aparentemente está mejor, solo esa herida de la pierna que ha dejado de sangrar.

Él médico se acercó a ella. —¿Me permite?

Alargó el brazo y se lo cogió con delicadeza viendo la sangre en las vendas bajo las ramas. —¿Cómo se hizo esto?

—La traspasó la rama de un árbol.

—Entiendo. ¿Habéis llamado a emergencias?

—Sí, doctor —contestó Pretty.

El sonido de una sirena les tensó. —Ahí está el sheriff —dijo Pretty con desprecio—. Apuesto a que estaba donde la viuda Morris. —Josh se puso a su lado y Jessel tuvo la sensación de que quería protegerla.

—Niña, eso no es cosa nuestra —dijo Robert.

El hombre de unos cincuenta años y un buen bigote moreno, salió del coche poniéndose una gorra que tenía una estrella bordada. —¿Qué pasa, no tenéis nada que hacer?

—Queríamos ayudar si era posible —dijo molesta una de las vecinas.

—Ya he llamado al helicóptero —dijo Pretty.

—¿Y quién eres tú para llamar a emergencias?

—Se lo he pedido yo —dijo Margaret sacando uno de sus pies para apoyarlo sobre la toalla—. Ella lo necesita.

El sheriff apretó los labios y sacó un block de su camisa. Boris entrecerró los ojos por su

actitud chulesca. —Muy bien, ¿qué ha ocurrido?

—Eso es lo que debería haber preguntado desde el principio, ¿no cree? —preguntó Boris fríamente.

—¿Es lo que pregunto ahora! ¿Su nombre?

—Boris Blacknard.

—¿Y el suyo?

—Jessel Grizzard.

—¿Y qué ha ocurrido?

—Que nuestro avión se ha estrellado —contestó Boris.

—¿Aquí? —preguntó pasmado.

—En las montañas.

—Ah, bueno. Eso es un asunto de los guardabosques, que informen ellos.

—Pero si no lo saben tendrá que ponerles al tanto usted, ¿no cree? —preguntó ella atónita.

Chasqueó la lengua como si eso fuera un incordio antes de mirar al doctor. —¿Se encarga usted?

—Sí.

El sheriff se volvió sin despedirse siquiera y entró en el coche para largarse. Sin poder creérselo se miraron. —¿Se ha ido para no volver?

—Eso parece, nena.

—Increíble, si no sabe ni la mitad.

—No se sorprenda. Desde hace dos años no hace absolutamente nada por el pueblo —dijo Pretty—. A mí me han robado dos veces por la noche y no ha hecho nada de nada, ni siquiera me ha dejado tramitar la denuncia. Ahora si veo a algún tipo raro por la zona, me quedo

a dormir arriba para vigilar mi tienda.

Varios asintieron. —Pues échenlo —dijo Boris indignado.

—Como si fuera tan fácil. —Robert negó con la cabeza. —El alcalde está de su parte, es su hermano y no le echaría ni muerto. Y las elecciones no son hasta el año que viene, así que todos tenemos las manos atadas.

—Volverán a ganar —dijo una de las vecinas—. Aunque no estén de acuerdo con ellos, muchos les votan porque les dan trabajo. El alcalde es dueño de un gran taller de carpintería donde hacen muebles a mano y tienen mucha clientela fina de esa que se gasta una fortuna por un mueble de ese tipo. Tienen más de cuarenta trabajadores y con sus familias dominarán las votaciones.

—Entiendo.

—No somos muchos y en todos los sitios hay un cacique, ¿no? —dijo Robert apenado—. Aquí tenemos dos. Por eso el hijo del sheriff pensaba que podía hacer lo que le viniera en gana.

Jessel y Boris se miraron y justo en ese momento se escuchó como llegaba el helicóptero. Boris se levantó de inmediato y la cogió en brazos.

—Gracias por su ayuda —dijo Jessel.

—Reponte pronto, niña. Y un día pasaros por aquí para que sepamos que estáis bien.

—Sabrán más de nosotros —dijo Boris antes de alejarse con el doctor.

—¿Les vas a ayudar? —preguntó ella acariciando su nuca.

—Ese Carter lo tiene jodido.

—Cielo, un buen abogado hace milagros.

Boris sonrió. —Pues tendrá diez si hace falta.

Le guiñó un ojo. —Ese es mi hombre.

El click de la puerta la sobresaltó y al ver que su abuela entraba en la habitación sonrió agotada. —Estás aquí.

—Claro que sí, mi niña —dijo emocionada acercándose para darle un abrazo con cuidado besándola en la frente—. ¿Cómo estás?

—Pues increíblemente mucho peor que cuando llegué.

Su abuela rio por lo bajo acariciándole la sien. —Te han operado hace unas horas, todavía estás algo atontada.

—Se nota, ¿no? —Sus preciosos ojos brillaron. —¿Le has visto?

—Sí, está ahí fuera dando órdenes al teléfono como si fuera un sargento. —Sonrió con picardía. —Qué guapo, niña. Con rasguños y todo es un cañón.

—Me ha pedido que nos casemos.

Angela se llevó la mano al pecho. —¿Qué?

—Y le he dicho que sí.

—Oh, qué noticia más maravillosa. —Se sentó en la cama a su lado. —¿Y cuándo será eso?

—En primavera. El día veinte de abril.

—Como tus padres.

—Sí. Será como si ellos también estuvieran allí. —Se miró el brazo, que tenía un hierro por fuera de la venda, e hizo una mueca. —Al parecer me va a quedar cicatriz y en el muslo también.

—Cielo si te ha pedido matrimonio con esa cara, creo que las cicatrices no le molestarán mucho.

Soltó una risita. —¿Tan mala pinta tengo? No me he visto. Déjame el espejito que tienes

en el bolso.

—¿Para qué?

—Para verme.

—Eso se quitará.

—Abuela...

Bufó. —Esta niña siempre tiene que salirse con la suya. —Agarró el bolso y sacó el espejito que siempre llevaba con ella. —No te asustes.

—Ahora sí que me has asustado. —Agarró el espejo con la mano libre y se miró. Tenía muchos arañazos por toda la cara y un buen morado en la mejilla que le llegaba hasta la nariz, que estaba algo hinchada. Pero lo que la dejó de piedra fue el morado que tenía en la sien, podría haber muerto por ese golpe. Además por lo que le dolía el cuerpo se imaginaba que el resto no estaba mejor. Y seguía viva. Le parecía increíble lo fuerte que era porque había aguantado todos esos dolores dos días. Dios, si hasta había tenido energías para hacer el amor y para caminar horas por el bosque. —He sobrevivido.

—Sí, cielo. Lo has hecho. Esas heridas desaparecerán y todo será un mal sueño. —Le quitó el espejito de las manos. —Ahora cuéntamelo todo que tu hombre solo me dijo que habíais tenido un problema con el avión, que estabas algo herida y que me enviaba una avioneta.

—¿Has montado en avioneta? —preguntó incrédula.

—¿Te lo puedes creer? Y me gusta —dijo sonriendo de oreja a oreja—. Igual me saco un curso de esos.

—Abuela, que no tienes ni el carnet de conducir.

—No desvíes el tema. ¿Qué pasó en ese avión?

En ese momento entró Boris con Michael y su prometido dijo —Nena, te van a trasladar.

—¿A dónde?

—A Nueva York. Ya te están esperando allí. Quiero que te revisen los mejores.

—Pero si estoy bien. —Entrecerró los ojos. —Cuando hablas de trasladar no te referirás en avión, ¿no?

Él suspiró acercándose mostrando que se había duchado y que llevaba ropa limpia que seguramente le había llevado su amigo. Sonrió como una tonta. —Qué guapo estás. Date la vuelta que vea cómo te queda ese vaquero en el culito.

Para su sorpresa Boris se sonrojó. —Nena, que está aquí tu abuela.

—Hijo a mí también me interesa.

Michael rio por lo bajo mientras Boris decía —Ahora entiendo de donde ha sacado Jessel su sentido del humor.

—Y su belleza.

Boris sonrió. —Y su belleza. —Miró a la una y después a la otra que tenía su cabello ya cano recogido en una larga trenza que caía sobre su hombro, pero su rostro era tan parecido que era como ver a Jessel con cuarenta años más. —Nena, ya se cómo serás cuando seas abuela y es evidente que tendré una mujer preciosa.

Ambas soltaron sendas risitas. —Que galante.

—No te lo creas mucho, abuela, que tiene muy mala leche cuando se enfada. Sobre lo del avión... No.

—Jessel, nuestra vida implica traslados continuos en avión, eso no es negociable.

—¡Pues dame tiempo! ¡Acabamos de estrellarnos como quien dice!

—No, las tiritas se quitan cuanto antes. Iremos todos contigo y no pasará nada. Yo llevaré el avión.

Se le cortó el aliento. —¿Lo llevarás tú? —Increíblemente eso la tranquilizó, pero después pensó que para qué quería que la revisaran. —¿Qué ocurre? ¿Algo no va bien? ¿Por eso

quieres que me miren otros doctores? —Se le cortó el aliento. —Es la pierna, ¿verdad? A Margaret no le gustó un pelo cuando vio la herida.

Su abuela se tensó. —¿Qué pasa, chico? ¿Mi nieta no está bien?

—Cuando la operaron le limpiaron la herida antes de cosérsela, pero puede que haya que cortar ese pedazo de carne porque temen que provoque una infección peor. —Jessel perdió todo el color de la cara al entender lo que quería decir. —Me la llevo al Sinaí donde están los mejores especialistas. Intentarán evitar que pierda ese pedazo o que se compliquen las cosas.

—Cuando hablas de una infección peor...—Su abuela asustada se levantó. —¿Hablas de gangrena?

—Es una posibilidad, pero también hablo de una sepsis, aunque creen que los antibióticos evitarán que llegue a esos extremos —contestó muy tenso—. Pero no pienso arriesgarme. Michael que traigan una silla de ruedas, volvemos a casa. —Al ver la palidez de Jessel se acercó y apoyó las manos a ambos lados de su cuerpo. —Todo irá bien.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. —Besó suavemente sus labios.

—Más te vale porque no querrás una esposa tullida.

—¿Crees que eso me echaría para atrás?

Le miró emocionada. —No, tú no te detienes ante nada.

—Exacto. —La besó de nuevo. —Ahora dime que me quieres.

—Te amo.

Él sonrió. —Lo mismo digo, preciosa. Regresemos a casa.

El doctor Rigall destapó la herida del muslo y Jessel suspiró del alivio al ver el buen

color que tenía.

—Muy bien, está sonrojada lo que indica que el riego es bueno. —El doctor desechó la gasa y cogió la que le tendía la enfermera.

—Menos mal. Y esa cicatriz...

—¿La has oído, Angela? Hace unos días rogábamos porque la cosa no fuera a peor y ahora con exigencias.

Su abuela rio por lo bajo. —Ya ve, nos ha salido coqueta.

Se puso como un tomate. —¡Eh, que me voy a casar con un cañón de hombre! Hay mucha competencia por ahí.

—Y tanto —dijo la enfermera por lo bajo.

—Creo que a Boris no le interesa esa competencia. —El doctor dejó que la enfermera pusiera el vendaje. —No te preocupes, cuando baje la inflamación no se notará demasiado.

—¿Y el brazo?

—Eso es distinto. Si quieres más adelante podemos hacer una cirugía para disimular la cicatriz superior del antebrazo, aunque no será muy grande y es solo estética.

Miró a su abuela que sonrió. —Ya veremos cómo queda y decidiremos.

La puerta se abrió de repente y Boris se detuvo antes de jurar por lo bajo. —¿Me lo he perdido?

—Todo bien —dijo ella radiante.

Miró al doctor como si no se creyera una palabra y este riendo por lo bajo asintió. —Perfecto.

—Estupendo.

Jessel jadeó. —¿Acaso no me creías?

—Claro que sí, nena, pero sueles ser positiva, ¿recuerdas?

Gruñó mientras él se acercaba a darle un beso. —¿Cómo va mi empresa? ¿Has recuperado a Carrington?

—Perdona, ¿has dicho tu empresa?

—La dirijo yo.

—Ahora estás de baja, vicepresidenta, y te recuerdo que está a mi nombre.

—No me sueltes rollos, ¿le has recuperado?

—¿Acaso lo dudas?

Chilló de la alegría abrazándole. —Y por teléfono, eres un hacha.

—Igual tenía que haberle llamado antes.

Se apartó para mirarle. —¿Y por qué no lo hiciste?

—Porque quería estar contigo a solas, preciosa.

—¿De verdad? —Soltó una risita. —Estás en el bote, Blacknard.

—Totalmente.

En ese momento le sonó el teléfono y se tensó. —Jessel tengo que contestar, hay un problema en una de las fábricas.

—Sí, claro.

Él se alejó y Jessel miró al doctor. —¿Cuándo puedo irme?

—Si todo sigue así pasado mañana.

—Pero si estoy bien.

—Pasado mañana —dijo inflexible.

—¿Ves, abuela? A esto me refiero con que los hombres con poder son unos dictadores. Se niegan a negociar.

—Ya veo, ya.

El doctor se sonrojó haciéndolas reír. —Muy graciosas. —Fue hasta la puerta. —Sé buena.

—Claro.

Divertido salió de la habitación. Al mirar a Boris se dio cuenta de que algo le había puesto furioso. Perdió la sonrisa poco a poco viéndole susurrar al teléfono y logró escuchar —Déjalo ya, no tiene ningún sentido. —Colgó el teléfono y se volvió para darse cuenta de que le observaban—¿Ya se ha ido el doctor? No le he preguntado cuándo...

—Pasado mañana. ¿Qué pasa con esa fábrica?

—Uno de los obreros ha estrellado uno de los camiones contra otros dos.

—Dios mío, ¿hay heridos? —preguntó su abuela.

—No, ha sido a las tres de la madrugada y no había nadie. Mis abogados quieren demandarle, pero tiene cuatro hijos. Joder... —Se pasó la mano por la nuca demostrando que estaba agotado. Y no le extrañaba, había tenido que lidiar con la prensa por el accidente y tenía mucho trabajo pendiente porque según él Michael había intentado solucionar lo que había podido, pero había dejado muchas cosas para cuando regresara sin darles la importancia que requerían. Y todo tenía importancia en una multinacional.

Se acercó a ella mirando su móvil. —Tendré que irme unos días.

—¿A la fábrica?

—A la central europea en Berlín. Tenía unas reuniones programadas que no puedo eludir.

—Vaya. —Alargó la mano. —Qué pena que no pueda ir contigo.

Él sonrió sentándose a su lado y dejando el teléfono sobre la cama cogió su mano —Sí que es una pena. Pero te puedes ir mudando mientras tanto.

—¿Mudando? —preguntó su abuela antes de entrecerrar los ojos—. ¿Cómo que mudando?

—Nena, ¿no se lo has dicho? —preguntó entre dientes.

—Abuela, me mudo con él. Hala, ya está.

—¿Cómo que te mudas con él? ¿Sin estar casados? —Le fulminó con la mirada. —¿No pretenderás acostarte con mi niña?

Se sonrojó sin saber qué decir y Jessel dijo —No seas antigua.

—¡Es que hay que ser algo antigua, que os veo algo sueltos a estos jóvenes de hoy en día! ¿No te habrás acostado con él? —preguntó espantada.

—Sí, abuela —dijo dramática—. Me convenció cuando tenía la guardia baja.

Espantado gritó —¡Jessel!

Las dos se echaron a reír a carcajadas. —La cara que ha puesto —dijo su abuela.

—Creía que te ibas a poner como loca. ¡Estaba cagado!

Él sonrió. —Increíble. Sois tal para cual.

—No sabes la que te ha caído encima, Blacknard —dijo su abuela—. Me voy a por un café. ¿Alguien quiere algo?

—No, gracias —contestaron a la vez mirándose a los ojos. Cuando se quedaron a solas él dijo —¿Te duele menos?

—Estoy bien. —Acarició su mano. —Así que puedo ir mudándome, ¿eh?

—Cuando vuelva lo celebraremos. El portero ya sabe que vas. No quiero que hagas nada, ¿me oyes? Llamas a Clare y que lo arregle todo con una empresa de mudanzas.

—De acuerdo. ¿Me vas a echar...?

En ese momento sonó el teléfono y la foto de una mujer apareció en la pantalla. Él cogió el móvil a toda prisa poniéndose en pie y alejándose para apagarlo. —¿Quién es?

—Una pesada que preside una empresa de Florida. La conocí en una fiesta y no deja de llamarme para intentar venderme chalecos reflectantes para mis empleados.

—Bloquéala.

—Sí, claro. Tengo que irme, nena. Si me necesitas me llamas, ¿de acuerdo? —Le dio un beso en los labios. —Pensaré en ti.

Acarició su mejilla. —Y yo en ti.

Le dio un beso rápido antes de alejarse. —Sé buena.

—¿Por qué todo el mundo dice eso? —preguntó indignada haciéndole reír.

Cuando se fue se mordió el labio inferior pensando en esa mujer. ¿Por qué no la había bloqueado? La foto mostraba a una mujer rubia muy bonita. ¿Le había sacado una foto a una que intentaba venderle chalecos? ¿Qué estás pensando? ¿Que tiene algo con ella? Igual es una antigua amante. ¿Qué va a ser una amante? ¿Entonces por qué no la ha bloqueado? Porque tiene prisa, tonta, y porque no le da importancia. Deja de dársela tú. Suspiró recostándose en las almohadas. Qué ganas de mudarse con él. Suspiró cogiendo el mando de la tele porque su abuela tardaría en volver. Conociéndola se estaba inflando a donuts. Pulsó el botón y cuando vio en la foto a la azafata de su vuelo se le cortó el aliento.

—Pues sí, Jerry —decía la presentadora—. May Pascal acumuló tantas deudas de juego en las páginas online que el matrimonio tenía problemas. Según un amigo íntimo de la pareja, su esposo, el piloto John Pascal, ya había hablado con su abogado para presentar una demanda de divorcio. —Apareció una foto de ellos dos el día de su boda. —Una tragedia que podía haber sido mayor si el señor Blacknard y la vicepresidenta de una de sus compañías no hubieran podido saltar a tiempo del avión.

—Afortunadamente no fue así —dijo su compañero mirando a cámara—. Boris Blacknard apenas ha sufrido heridas de consideración y la señorita Grizzard que aún se encuentra ingresada ha sido operada de un brazo y una pierna con éxito. Se prevé que será dada de alta en breve.

—¿Te imaginas Jerry acabar en un bosque sin saber a dónde ir? Me estremezco solo de

pensarlo. Tuvieron mucho valor.

—O mucha suerte.

La presentadora sonrió a cámara. —Ahora vayamos con las noticias del tiempo.

Pensando en lo que habían dicho, era cierto que habían tenido una suerte enorme. Si esa loca les hubiera matado, si Boris no hubiera ido a la cabina a ver qué ocurría... Se estremecía solo de pensarlo. Y ahora iba a mudarse con él y se casarían en unos meses. La vida era increíble, no dejaba de darte sorpresas y esa experiencia le había enseñado a disfrutar de cada momento como si fuera el último.

Capítulo 7

—No, Clare —dijo entrando en la carísima cocina de su novio. Fue hasta la nevera y apartó el teléfono para poner el manos libres.

—¿Jessel?

—Sí, estoy aquí, es que no puedo abrir la nevera y hablar contigo al mismo tiempo. —Cogió una cola y cerró con el trasero. —No, dile a Logan que me pase por mail toda la documentación antes de decidir nada. Trabajaré desde aquí.

—Pero el jefe ha dejado a cargo a Logan.

—¡Me importa un pito! Yo mando, ¿recuerdas? Y no estoy muerta.

—Pues díselo tú, que este tiene muy mala leche. Cómo se nota que es el primo de tu prometido. Menuda mala baba se gasta.

Con la lata en alto iba a beber, pero se detuvo en seco frunciendo el ceño. —¿Cómo que primo?

—¿No lo sabías? Uy, espera que te informo. ¿Sabes por qué dejó a Michael al cargo cuando es su ayudante? Porque su vicepresidente estaba de viaje por Asia por algo de una fábrica que han comprado. Había que ponerla a punto y se quedó dos meses. Pero ahora ha vuelto justo a tiempo de tomar las riendas de Blacknard Insurance.

—¿De qué?

Su amiga gimió al otro lado de la línea. —Le han cambiado el nombre a MCH.

—¡Sin consultarme!

—Bueno, estás de baja.

—¡Habíamos hecho toda la publicidad con MCH! ¡Quedamos que Silong desaparecía y que se quedaría el nombre de la empresa principal para que no fueran demasiados cambios de golpe!

—Pues han decidido cambiarlo. Logan Princeton tiene el visto bueno del jefe.

—Uy, este. Me ha pasado por encima.

—Y seguramente por debajo.

—¡Muy graciosa! Sigo siendo la vicepresidenta, ¿no?

—Tú no te comunicas mucho con tu novio, ¿no es cierto?

—Clare, ¿sigo siendo la jefa o no?

—Teniendo en cuenta de que el presidente es tu prometido y que Logan es el vice tú quedas relegada a la tercera posición.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Tengo que seguir las órdenes de Logan?

—Uy, y más te vale porque sino mete unos gritos...

—Lo que me faltaba por oír. Pero es solo hasta que me reponga, ¿no?

—Creo que sí, porque Logan está muy contento con las cifras que has conseguido. Bueno, te puso verde por lo de Carrington, no voy a negártelo. Y dijo algo así de que menos mal que Boris había arreglado las cosas.

—¡No fue culpa mía! ¡Y ese puesto es mío!

La puerta de la cocina se abrió y allí estaba su novio sonriendo con un ramo de rosas en la mano. —Clare, te dejo que vamos a discutir —dijo entre dientes antes de pulsar el botón rojo.

—Veo que te has enterado.

—¡Por mi secretaria! ¿Me has destituido?

—Preciosa, he estado cuatro días fuera, ¿así es como me recibes?

—Uy, perdona. —Se acercó lo más rápido que pudo y le dio un beso en los labios. —
Bienvenido a casa, mi amor.

—¿Cómo estás?

—Bien. Ya puedo...

Él suspiró. —Adelante, no te reprimas.

—Bien. ¡Cómo has podido! —gritó a los cuatro vientos.

Sonrió divertido yendo hacia la nevera dejando las rosas sobre la encimera. Abrió la puerta y sacó una cerveza.

—¡Vamos, respóndeme!

—Nena, necesitas un descanso.

—¡Podrías habérmelo dicho! ¿Blacknard Insurance? ¿En serio? Habíamos quedado...

—Había que hacer todos los folletos publicitarios nuevos y se iba a lanzar una nueva campaña con las ofertas de los asegurados, tenía que ser ahora o nunca. La empresa es mía y llevará mi nombre.

Suspiró. —Egocéntrico.

Rio por lo bajo antes de beber de su lata.

—¿Pero sigo siendo vicepresidenta? O lo que sea, porque ya me he enterado de que Logan es tu primo. No sabía que tenías primos.

—Logan no ha estado en la empresa una temporada y ahora ha vuelto para echar una mano. Y menos mal que lo ha hecho porque no doy para más.

—¡Pues deja de comprar empresas!

Divertido bebió de su cerveza y cuando tragó se acercó. —Hay que avanzar, y si tuviera directivos competentes en cada empresa yo no pegaría palo al agua.

Jadeó. —¿Me estás llamando inútil?

—No, nena. Casi no te dio tiempo a cagarla de veras.

—Oye, no tiene gracia. —Le siguió fuera de la cocina y se detuvo en seco al ver a la mujer que estaba en medio del salón. Pasmada miró a Boris que se tensó con fuerza.

La mujer apretó los labios. —El portero me ha dejado entrar.

—¿Qué hace esta mujer aquí, Boris? —Entonces miró hacia a ella antes de mirarle a él. Su color de ojos, el mismo tono de cabello. Perdió todo el color de la cara dando un paso atrás. —Dime que no tiene nada que ver contigo.

—No puedo decirte eso, nena.

Sintió que el suelo temblaba bajo sus pies de la impresión. —No se apellida Blacknard.

—Mi madre se divorció de mi padre hace diez años y se casó de nuevo. Ahora se apellida Stevenson.

Entonces se dio cuenta de hasta qué punto le había mentido. —¡Simulaste que aún estaban juntos! —Se llevó una mano al pecho sintiendo que se le resquebrajaba el corazón. —Sabías lo de mis padres antes de que te lo contara.

—Clare me contó en el despacho como habían muerto. Saliste a contestar una llamada de tu abuela y tuve curiosidad. —Apretó los labios. —Sabes que a Clare no hay que tirarle mucho de la lengua.

—¡Así que simulaste que tus padres seguían juntos!

—¡Ni se me pasó por la imaginación que Clare hablaba de mi madre! ¡Pero al decirme tú que ocurrió hace cuatro años en la décima avenida tuve que mentir!

—Lo siento —dijo Elisabeth Stevenson, la mujer que borracha se subió a su mercedes y le arrebató la vida a sus padres.

La miró con odio. —Lo sientes —dijo con desprecio—. Lo sientes. ¡No sé cómo tienes la

poca vergüenza de presentarte ante mí! —Dio un paso hacia ella amenazante. —¿Sabes lo que me quitaste? ¡Las dos personas que más quería en el mundo ya no estaban!

Elisabeth no podía retener las lágrimas. —Y quise disculparme, pero tu abuela se negó a que te viera.

—Quisiste disculparte —dijo mientras la rabia la invadía—. ¿Qué pasó en ese club que frecuentáis los ricos, bebiste de más? ¿Te pasaste con los martinis? ¡Me das asco!

—¡Jessel!

Miró a Boris con odio. —¿Cómo te atreves a mentirme? ¡Cómo te atreves a ocultarme algo así y organizarme esta encerrona!

—No sabía que iba a venir, pero es mi madre y si me quieres...

—¿Cómo voy a querer a alguien que lleva su sangre? —gritó furiosa.

—Nena, estás alterada y no sabes lo que dices. ¡Fue un accidente!

—¡No, un accidente es algo que no se puede evitar! Ella bebió y... —Le miró sorprendida. —Ahora entiendo que se librara de la cárcel. Os sale el dinero por las orejas. ¿Cómo conseguisteis ocultarlo a la prensa? Hubiera sido un escándalo. ¡Cuánto dinero te costó que se tapara esto!

Él apretó los labios. —Hubiera hundido su futuro, el futuro de la empresa.

—¡A costa del mío! —gritó desgarrada—. ¡Eres un manipulador de mierda!

—¿Querías venganza?

—¡Sí! ¡Quería venganza, verla en la cárcel y que se pudriera allí por arrebatarme mi vida! —Sollozó. —¿Es que no puedes entenderlo?

—Lo entiendo mucho mejor de lo que crees, nena. Pero no puedo arreglarlo.

Rota por dentro agachó la mirada y Elisabeth dio un paso hacia ella. —Lo siento mucho.

—Cierra la boca —dijo con rabia antes de mirarla como si quisiera matarla—. ¡No solo

me has quitado a mis padres, sino que también me has quitado al hombre que amaba, zorra egoísta!

—No pretendía...

—¿No pretendías? ¿Entonces qué haces aquí? ¿Una visita?

—Mi sobrina me lo contó y aunque Boris no que...

—¿Qué pasa, que creías que podías espiar tu culpa? —gritó sobresaltándola.

—Nena, por favor...

Intentó cogerla del brazo, pero ella se soltó antes de señalarla con el dedo. —Te juro por mis muertos que como vuelva a verte la cara te mato. ¿Me oyes? —gritó fuera de sí—. ¡Te mato!

Elisabeth sollozó antes de correr hacia la puerta y salió dando un portazo. Jessel se giró hacia él y levantó la barbilla sabiendo que iba a hacer lo más duro que había hecho en la vida después de enterrar a sus padres. —Como comprenderás me voy.

—Por favor, te suplico que no tomes una decisión precipitada.

Le miró con desprecio. —No me puedo creer que alguien a quien amo, alguien a quien he entregado mi corazón me oculte algo así. ¡Has dejado que me enamorara de ti!

—No, nena. ¡Nos enamoramos antes de saber todo esto!

—¡Tú eres su cómplice, tú lo ocultaste! ¡No comprendo cómo podías pensar que perdonaría algo así!

—Sabía que no lo perdonarías, por eso me negué a verla hasta que tuviera tiempo para contártelo. Nunca pretendí que... —Se volvió llevándose las manos a la cabeza. —Nena, ¿no lo puedes entender? Te conocí y antes de que me diera cuenta me había enamorado de ti. Cuando me dijiste lo de tus padres no me lo podía creer, rogaba porque fuera una casualidad, pero me di cuenta de que los apellidos eran iguales y sentí pánico. ¡Qué podía hacer, no quería perderte!

Se volvió y juró por lo bajo al ver que no estaba y que la puerta de la casa estaba abierta.

Él cerró los ojos. —Nena, lo siento.

Su abuela colgó el teléfono en el soporte de la pared de la cocina y la miró de reojo. Revolvía los cereales de un lado a otro. —Era él.

No contestó. Desde que había vuelto a casa seis días antes no hablaba mucho. Lo que sí hacía era llorar cuando creía que no la veía. Su niña estaba rota por dentro como si hubiera perdido a sus padres de nuevo. Se sentó a su lado. —Ha pedido verte.

—No quiero verle nunca más.

—Eso es mucho tiempo, cielo. Amas a ese hombre y puedo entender que para él todo esto tiene que ser horrible también.

—Ahora no le hagas una víctima porque no lo es. ¡La encubrió!

—Es su madre. ¿Tú no hubieras hecho lo mismo porque la tuya no tuviera que pasar por eso?

—¡Yo ya no tengo madre por su culpa! —gritó mostrando todo su dolor.

Angela cerró los ojos. —Lo sé, mi niña. —Su abuela se levantó y salió de la cocina en silencio.

Con los ojos llenos de lágrimas la observó mientras se alejaba por el pasillo, en esos días parecía que había envejecido y era por recordar todo de nuevo. Malditos. Malditos todos.

Su teléfono móvil sonó y sorbió por la nariz mirando quien era. Al ver que era Clare dudó en si contestar, pero en realidad su amiga no tenía culpa de nada. Descolgó y se lo puso al oído. —Hola.

—Hola. —Se quedó en silencio unos segundos. —Ya me he enterado de que has roto el compromiso.

—¿Te lo ha dicho él?

—Sí.

Se le cortó el aliento. —¿Te lo ha contado todo?

—Me ha dicho que tiene que ver con tus padres y su madre. Me he imaginado el resto. Lo siento muchísimo. ¿Cómo estás?

—Pues aquí, mirando las musarañas porque ni puedo buscar trabajo. Ni quiero, la verdad.

—¿Pero por qué vas a buscar trabajo? Eres la vicepresidenta de esta empresa. ¡Te lo has ganado a pulso, no pueden echarte! —dijo indignada.

—No me han echado, pero verles la cara es lo que menos quiero en este momento.

—¿Y si tratas con Logan? Pon eso como requisito indispensable para volver.

—¿Con Logan? —Entrecerró los ojos. —Oye, ¿ese tío tiene una hermana?

—Pues sí, ¿cómo lo sabes? Es muy agradable, viene a buscarle a veces para ir a comer.

La capulla que se había chivado a su madre. Entrecerró los ojos recordando la foto del móvil de Boris. —¿Tiene el cabello ondulado?

—Sí, una melena preciosa.

La misma. Otra mentira. Así que una pesada que quería venderle chalecos. —No quiero tratar con ninguno de ellos.

—Con todo lo que has trabajado. Además, seguro que me echas de menos y el sueldo es la leche. ¿Dónde vas a encontrar algo mejor?

Pues también tenía razón. Conocía a toda la empresa, era su empresa más que de Blacknard. Y como estaba ahora era gracias a ella. Ellos no habían hecho una mierda. Uy sí, cambiarle el nombre. Sintió que la rabia la recorría y entrecerró los ojos. —Tienes razón, ¿dónde encontraría algo mejor?

—Claro que sí, tú has hecho de esto lo que es ahora. Es como tu bebé.

—Y no se abandona a un bebé.

—No hasta que sea adulto, tenga un trabajo y solo venga a verte los domingos por obligación. Uy, que ganas tengo de que llegue ese momento.

Sonrió sin poder evitarlo. —¿Qué ha hecho ahora?

—¡Me ha robado la pasta del bolso! No sabes la vergüenza que he pasado al ir a pagar al de la tienda de mi barrio. ¡Menos mal que llevaba una tarjeta de crédito! ¿Y sabes para qué quería el dinero? ¡Para dos videojuegos!

—¿Y qué has hecho?

—¡Le he tirado la consola por la ventana!

Se echó a reír porque Clare tenía la habilidad de hacerla abstraerse de todo. Su amiga dijo —Echaba de menos esa risa. Y tus gritos por teléfono. Y tus tartas. —Gimió de placer. —Estoy deseando que llegue mi cumpleaños, mira lo que has hecho conmigo.

Eso le hizo recordar algo y sonrió maliciosa. —¿Recuerdas el crucero?

—Uy sí, gracias. Mi James está deseando irse.

—Haz que lo cambien para una suite con balcón.

—Pero eso es carísimo...

—¿Y? Paga Blacknard.

—Ya te voy pillando.

—Mañana estoy ahí. No digas nada. —Colgó el teléfono y se levantó. Al volverse casi se topa con su abuela.

—¿Que mañana vas a hacer qué? Tienes que descansar.

—Abuela tengo que volver, solo es un brazo roto. —Pasó a su lado para ir hasta su habitación.

—Cielo, ¿qué vas a hacer?

—¿Qué voy a hacer? Voy a hacer que paguen. ¿No pagó para protegerla? Pues para mí no es suficiente. ¡Yo quiero venganza y me da igual lo que digas de esas chorradas del perdón! ¡Van a sudar sangre, eso te lo juro por mis padres que están bajo tierra!

—Pero...

Su nieta cerró la puerta y Angela apretó los labios.

Entró en la oficina a las seis de la mañana y dejó la mini tarta que le había hecho a Clare sobre su escritorio antes de ir hacia su despacho. El antiguo despacho que compartía con Boris. Encendió la luz y al ir hacia su mesa llegó hasta ella el aroma de su colonia deteniéndola en seco. Miró hacia su sillón y vio que estaba de espaldas a ella.

—Nena, no deberías estar aquí. —Se giró y Jessel se tensó dejando su bolso sobre la mesa. —Todavía no estás recuperada.

—No vais a quitarme esto también. Tengo un contrato y no he recibido mi despido.

Él suspiró. —No pensaba despedirte.

—Pues entonces todos contentos. —Se quitó el abrigo y lo tiró sobre su sillón antes de levantar el teléfono. —¿Mantenimiento? ¿Cómo que no llegan hasta las ocho? ¿Y no hay nadie de noche? —Colgó furiosa.

—Nena, hay horarios. No querrás protestas de los sindicatos, ¿no?

Le fulminó con la mirada. —¿No tienes que irte a algún sitio?

—¿Me estás echando de mi propia empresa?

—Te estoy sugiriendo que te largues.

—Estoy aquí para que no cometas ninguna estupidez.

—¿Estupidez? Para estupideces las tuyas.

Se levantó cerrándose la chaqueta del traje de una manera tan elegante que provocó que ella entrecerrara los ojos. —Sí, últimamente he cometido unas cuantas. Como llevarte a ese viaje cuando tenía que haberte dejado las cosas muy claritas aquí mismo.

Puso su mano sana en la cintura. —¿Pero de qué hablas?

—Hablo de que te llevé a ese viaje para estar contigo, para que te dieras cuenta de que éramos el uno para el otro. Pero ya lo sabías, solo querías darme una lección por puro orgullo. Una pequeña venganza para hacerme sufrir. ¿No fueron esas tus palabras, nena? No eres de las que te quedas de brazos cruzados cuando te hacen daño. Y te hemos hecho daño. Como no puedes vengarte de otro modo, quieres hacerlo con la empresa y piensas sangrarme. Eres muy predecible, preciosa. Esa es la venganza que planearía cualquier mujer, esperaba más de ti.

La rabia la recorrió. —No sé de qué me hablas —dijo entre dientes.

—Si no querías ser descubierta no deberías haberle dicho a Clare que cambiara el pasaje en ese crucero. —Sonrió de medio lado. —Quieres que pague, ¿no es cierto? Que pague por el daño que te he hecho. No puedo consentir que utilices la empresa. Muchos empleados dependen de ella.

Se puso roja de furia. —¡Los empleados te importan una mierda!

—Pero me importas mucho más tú y no voy a dejar que te hagas esto. Estás suspendida hasta que entres en razón o hasta que te recuperes.

—¡No puedes hacer eso!

—Puedo hacer lo que me venga en gana. Soy el dueño.

Apretó el puño de la impotencia y él lo vio. —¿Quieres pegarme, nena? ¿Eso te haría sentir mejor?

—¡Te odio!

—No, preciosa. Me quieres, pero el dolor te hace perder la cabeza. Pero no voy a dejar que te hagas daño o se lo hagas a los demás. Vete a casa, un coche te espera abajo.

—¡Cabrón!

Chasqueó la lengua antes de cogerla por la pechera del vestido para pegarla a él. —Te quiero —susurró provocando que se le pusiera un nudo en la garganta—. Y como te quiero, voy a pasar tus insultos por alto porque sé que lo estás pasando mal. Esto es muy fácil, preciosa, solo tienes que dejar de luchar contra lo que deseas y me deseas a mí.

—Muérete.

—No hablas en serio.

—¡Sí que hablo en serio!

—Nena no te sientes así porque tus padres murieron, ni siquiera porque les atropellara mi madre...

—Qué sabrás tú.

—¡Te sientes así porque me has perdido a mí! —gritó en su rostro cortándole el aliento—. ¡Porque tu mente está luchando contra tu corazón! —Una lágrima cayó por su mejilla. — ¿Ves, nena? Eres transparente. Si quieres iremos a terapia para superar esto. ¿No te das cuenta de que somos uno y esto no hay quien lo rompa?

—Estás loco.

—¡Loca estás tú por hacerte esto! ¿No quieres ver a mi madre? ¡Pues muy bien, no la veas! ¿Me echas la culpa porque oculté lo que hizo? ¡No te conocía y ella me ha dado la vida! ¡Puede que no fuera una buena madre, pero es la única que conocí y la quiero! ¡Y sí, contraté a un abogado para que alegara que las pastillas le habían sentado mal con la copa de vino que se había tomado en la comida! ¿Mentimos? ¡Sí! Y conseguimos que el fiscal no presentara cargos. Pero tú hubieras hecho lo mismo.

—No es cierto.

—¿No es cierto? Eso vas a demostrármelo, cielo. —La soltó y él sonrió sacando una foto del interior de la chaqueta y mostrándole a Carter, el hombre que les había salvado. A ella se le

cortó el aliento. —¿Le recuerdas? ¿No querías que le ayudara? Mató a un hombre.

—Fue un accidente. ¡Eso sí que fue un accidente!

—¡Le golpeó hasta la muerte!

—¡Se cayó sobre la cruz!

—¿Nunca te lo has preguntado, nena? ¿Qué hubiera pasado si hubieran salido del metro dos minutos después?

Pálida negó con la cabeza.

—¡Pues no hubiera pasado nada, joder! ¡Porque antes de ellos ni después pasaba nadie más por ese punto exacto! ¡Fue un instante, un maldito instante en el que tus padres tuvieron la mala suerte de que sucediera! Como le pasó a él. —Le tiró la foto. —Exactamente como le pasó a él. ¿Crees que no se fustiga? ¿Que no está cada minuto del día pensando qué hubiera pasado si no le hubiera dado ese puñetazo? ¡Mi madre no deja de hacerlo y se seguirá torturando mientras viva porque ha segado la vida de dos personas! ¿Sabes por qué fue a mi casa? ¡Porque yo tenía pánico a perderte y quiso ayudarme! ¡Quería suplicarte perdón!

—¡No quiero ni verla, nunca conseguiré que la perdone!

—¡Y ni siquiera quieres saber lo que ocurrió!

—¿Intentas justificarla? ¡Estaba borracha! ¡El policía que la detuvo lo puso en su informe!

—¡Era su aniversario de boda y fue a comer con su marido! ¡Mi madre no suele beber y esas dos copas de champán la afectaron muchísimo! ¿Sabía que no podía conducir? Sí, lo sabía. Cometió un error y te aseguro que lo está pagando. —Señaló la foto de nuevo. —¡Cómo lo está pagando él! Ahora vuelvo a preguntártelo, nena. ¿Quieres que le ayude? —Ella sollozó recordando a su madre mientras le lavaba los pies. —¡Quiero oírtelo decir! Vamos, estoy esperando. ¿Sí o no?

—Sí.

Él sonrió antes de atrapar su boca y besarla como si quisiera marcarla. Jessel no pudo evitar responder y cuando Boris apartó sus labios la abrazó. —No te preocupes, ¿vale? No volverás a verla hasta que no estés preparada y si eso no pasa nunca, no te lo voy a tomar en cuenta. Somos tú y yo, nena.

Se aferró a él y Boris besó su sien. —Ahora iremos a casa y descansarás un poco hasta que nos vayamos, que hace días que no duermes.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó casi sin voz.

—He hablado con tu abuela. —Se apartó para coger su abrigo y se lo puso sobre los hombros antes de coger su bolso. —He pensado que por una temporada tu abuela podría venir a vivir con nosotros.

—Estoy muy confusa, no quiero pensar...

—Ya pensaré yo por ti.

Jadeó y Boris rio por lo bajo. —Muy gracioso.

—De momento iremos a casa. Ya tendrás tiempo para seguir torturándote con algo que no tiene remedio, nena. Ni para ti ni para mí. Ya ha pasado, ya está hecho y no es responsabilidad de ninguno de los dos. ¿Sabes? Creo que nos vendrían bien unas vacaciones.

—¿Vacaciones? —dijo confusa.

—Unas vacaciones tranquilas en un lugar tranquilo. Sí, nos vendrá bien estar solos, hacer el amor a todas horas y tomar aire puro.

—¿Y esto?

—Ya se encargarán Logan y Michael. —La besó en la sien. —Saldrá bien, nena. Te juro por mi vida que haré lo que sea para que salga bien.

Sollozó. —Lo siento, pero no quiero volver a verla.

—Lo entiendo, cielo. Y lo respetaré, te lo prometo.

Tres horas después sentada en el sofá pensando en todo lo que había pasado, abrazó sus piernas escuchando como Boris hablaba por teléfono con Michael para que se dividiera las empresas con Logan y ocuparse de lo más urgente hasta que regresara.

—No puedo decírtelo, cuando pueda. Jessel me necesita.

¿Le necesitaba? Dios sí, le necesitaba muchísimo. Durante esos días sin él ni se imaginaba todo lo que se le había metido en la sangre. No fue hasta que le había vuelto a ver, que esta empezó a fluir de nuevo. No sabía si podría superar eso. No sabía si podría confiar de nuevo en él, pero había llegado a entender sus razones y lo que su madre sentía. Y era algo para lo que no estaba preparada. Él se sentó a su lado y acarició su pantorrilla. —Jessel no has dormido nada.

No respondió y él apretó los labios antes de decir —He llamado a tu abuela. Quiere saber si quieres que vaya con nosotros.

—¿Te importa?

—No, nena. Ya le he dicho que haga las maletas.

Sonrió apoyando la barbilla en sus rodillas. —Así que me conoces muy bien, ¿no?

—Lo que no conozca me muero por conocerlo.

Su asistente salió de la zona de las habitaciones. —Las maletas están listas, señor Blacknard.

—Perfecto. ¿Ha metido ropa de abrigo?

—Ropa de abrigo y sport como me dijo. Y unas botas para cada uno.

—Muy bien, gracias, Luz. —Alargó la mano. —Vamos nena, tenemos que recoger a tu abuela.

Cogió su mano y la ayudó a levantarse. —¿A dónde vamos? —preguntó sin importarle

realmente.

—A un sitio que nos hará sentir mejor. De la que vamos pararemos en una cafetería de esas de carretera y seremos como las personas normales que piden huevos con beicon.

Le miró horrorizada. —¿Pero tú qué desayunas?

Él rio. —¿Y eso del infarto antes de los cincuenta? Lo dice la que me da achicoria en lugar de café.

—Es que el beicon es sagrado.

Abrió la puerta de casa. —¿Sabes que tengo una fábrica de beicon?

—Anda ya.

Rio por lo bajo. —Pues no, pero puede que me la compre si a ti te gusta tanto.

—Qué romántico, cariño.

Le guiñó un ojo pulsando el botón del ascensor.

—¿A dónde vamos?

—A un sitio donde podremos redimirnos, preciosa.

Capítulo 8

Miró por la ventanilla y al ver tanto árbol empezó a olerse algo, pero no dijo palabra mientras su abuela y Boris hablaban por los codos. Al ver el campanario gruñó cruzándose de brazos y Boris sentado a su lado sonrió. —No pongas esa cara. Es un lugar encantador y prometimos volver, ¿recuerdas?

—Dijiste que le ayudarías tú.

—Le ayudaremos los dos.

—¿De qué habláis?

—¿No se lo has contado? —preguntaron los dos a la vez.

—¡Nena, es tu abuela!

—¡Es tu plan!

—Muy bien, niños, quiero saber qué pasa aquí.

—Vamos, dile a mi abuela para que regresamos al pueblo donde nos ayudaron. Nos estrellamos cerca de aquí, abuela.

—¿De veras? —Interesada miró a su alrededor. —Dios mío, os salvasteis de milagro, ¿no?

—Sí, abuela.

—¿Qué más? ¿Qué más? ¿Boris?

—Su nieta quiere que ayude a alguien.

—¿De veras?

—Al hombre que nos salvó. Un fugitivo de la justicia.

—¡Jessel!

—Fue sin querer, abuela. Y este piensa que eso será una catarsis para mí y que así le perdonaré a él por ayudar a su madre.

—Oh, ya veo. Chico, qué listo eres.

—Gracias, suegra. ¿Puedo llamarla suegra?

—Claro, y tutéame, por favor.

—Pero no solo lo vamos a hacer por eso, nena. Vamos a salvar un pueblo. —Giró a la derecha entrando en un camino de tierra.

—¿Salvar a un pueblo? —Rio. —¿Vamos a salvar el pueblo? ¿Cómo?

Sonrió de medio lado. —Tengo un plan, preciosa.

Entonces vieron la hermosa casa y a Jessel se le cortó el aliento. Era la casa más bonita que había visto nunca. Tenía tres tejados en punta y era blanca llena de ornamentaciones en la madera del porche. Tenía unas preciosas flores en los balcones superiores que daban a enormes puertas dobles pintadas en blanco. Y el jardín era para morirse lleno de flores silvestres que la hacían la casa de cuento que toda niña soñaría. —Bienvenida a tu casa, nena.

Le miró sorprendida. —¿Qué?

—Es tuya. Es mi regalo de bodas.

Chilló de la alegría mirando a su abuela que sonrió. —Es preciosa, niña. La casa que siempre quisiste.

—Sí... —Miró hacia ella y Boris detuvo el coche. —¿Cómo lo sabías?

—No lo sabía, pero en cuanto la vi me dije que te encantaría.

Le miró emocionada y le dio un beso. —Gracias.

—Estoy deseando verla por dentro, a ver si promete tanto como en las fotos. ¿Vamos?

No tuvo que decirlo dos veces porque prácticamente salieron corriendo del cuatro por cuatro haciéndole reír. Jessel desde el porche gritó —¡Cariño, tiene un columpio! Corrió hacia la puerta y la acarició porque tenía los mismos grabados que las celosías de la casa. —Qué bonita. —Él le puso una llave delante y soltó una risita cogiéndola, pero antes de que pudiera entrar la cogió en brazos. —Te estás adelantando, Blacknard.

—Las cosas cuando se hacen se hacen bien.

—Pues tienes razón.

Entraron en el hall y Boris se detuvo en seco. Ambos miraron hacia arriba para ver una hermosa cristalera de colores que se reflejaba en la madera del suelo del hall.

—Qué belleza —dijo la abuela.

—Nena, he comprado un chollo.

Le besó en la mejilla. —Es que tienes olfato para los negocios. —La dejó en el suelo y cogió su mano yendo hacia el salón que estaba decorado como si fuera la portada de una revista. —¿Pero a quién le has comprado esta casa? ¿A Martha Stewart?

—A una anciana que se quería ir a vivir a Asheville —respondió tan sorprendido como ella.

—Pues debía ser la rica del pueblo, dudo que cualquiera tuviera pasta para hacer todo esto. Mira que chimenea... —Acarició la repisa y los detalles en el mármol. —Es increíble.

—Voy a ver la cocina —dijo la abuela corriendo al otro lado de la casa.

Corrió tras ella y se detuvieron en la puerta para ver una auténtica cocina de carbón en el centro de la estancia y era enorme. —Ahora lo entiendo. No tiene calefacción —dijo la abuela.

—Claro que tiene —dijo él incrédulo—. ¿Qué casa no tiene calefacción? —Ambas le

miraron como si fuera tonto. —¿Habláis en serio?

—Estas cocinas antes se usaban también para calentar la casa. Y a pesar de que tiene cocina de gas no han quitado esta por una razón. —Jessel se acercó y levantó la vista hacia los cacharros de cobre que estaban colgados de un soporte. Era como de museo. Sonrió de oreja a oreja. —Me encanta, cielo.

Él suspiró del alivio. —Nena, pero la calefacción la ponemos, ¿no? Aquí en invierno debe hacer un frío que pela.

Le fulminó con la mirada. —¿Y quitarle el encanto con obras? Ni hablar.

—Chico unos calefactores y listo. Seguro que fabricas unos geniales y a ti no te asusta la factura de la luz.

Hizo una mueca. —Pues tienes razón.

Jessel dio saltitos de la alegría mirándolo todo ilusionada.

—Nena, cuidado con la herida de la pierna.

—Me encanta.

Él se acercó y la cogió por la cintura. —¿Me merezco un beso?

—Te mereces mil. —Besó su labio inferior y susurró —Está ahí mi abuela.

Gruñó separándose y fue hasta la puerta. —Pues voy a sacar las maletas del coche.

—Esta casa necesita perro.

Él se detuvo en seco en el hall y se volvió. —No vamos a vivir aquí. ¿Y qué va a hacer todo el día solo? Tenemos negocios que atender. Vendremos los fines de semana que... podamos, ¿pero un perro? Un perro hay que cuidarlo todos los días.

—¿Entonces qué haremos cuando tengamos un niño?

Parpadeó como si estuviera hablando en chino. —¿Un niño?

—A ese también hay que cuidarlo todos los días.

Su abuela cruzó sus brazos. —Un bisnieto. Porque yo quiero un bisnieto.

Él carraspeó. —Claro. ¡Un perro! Sí, que esta casa necesita un perro. ¿Uno pequeño?
Uno grande no, nena. Uno pequeño que es más manejable.

Le miró emocionada. —Seguro que hay algún albergue por aquí. Vamos.

—¿Ahora?

—Claro, alguno necesitará un hogar donde le quieran.

Ella salió de la casa a toda prisa y Boris miró a la abuela. —Podrías ayudar un poco.

—Ah, ¿que he venido para eso?

—Muy graciosa.

—Sobre lo del niño...

—¿Ahora? ¿De veras? ¡Si esta mañana no podía ni verme!

—Vale, esperaremos hasta después de la boda.

—Muchas gracias.

—¡Boris! ¿Vienes o me voy sola? ¡Las maletas! ¡Date prisa, me muero de la impaciencia por traer a mi chiquitín a casa!

Boris la miró asombrado y la abuela hizo una mueca. —Cuando se le mete algo en la cabeza...

—Estupendo —dijo entre dientes saliendo de la casa.

Después de que Boris metiera las maletas en casa a toda prisa, la abuela se encargó de cerrar la puerta y Boris se subió al coche. Miró de reojo a Jessel. —Nena, ¿estás segura de esto?

—¿Tú no?

—El trabajo, nosotros... No sé si es buena idea. ¿Por qué no lo pensamos unos días?
Tenemos la boda por delante, la luna de miel...

Ella se mordió el labio inferior. —Tienes la razón, no podemos llevárnoslo de luna de miel.

Boris suspiró del alivio.

—Pero si tuviéramos un hijo sí que nos lo llevaríamos, ¿no?

—¡No! ¡Qué se quede con tu abuela!

—Oh, pues el perro también. ¿Verdad, abuela?

—Verdad.

Sonrió de oreja a oreja. —Solucionado.

Él se acercó. —Tu abuela no va a vivir para siempre.

—Lo he oído.

—Cariño, somos dos personas inteligentes y con pasta, algo se nos ocurrirá. —Tomó aire mirando al frente y soltó una risita. —¿Se sentirá uno así al adoptar a un niño? Estoy emocionadísima. —Él la miró como si tuviera cuernos. —Cielo, alegre esa cara, vas a ser papá.

—Preguntaremos, pero dudo que haya un albergue por aquí.

—Bueno, si no lo adoptaremos en Nueva York.

Dio marcha atrás girando el volante y dio la vuelta al coche para salir a la carretera.

—Oh mira, tenemos un buzón igual que la casa —dijo encantada—. Cariño, tenemos que ponerle un cartelito de esos que ponga Blacknard.

Sonrió y cogió su mano. —¿Y no prefieres un arco de forja con el nombre?

—¿Y un letrero luminoso como en las Vegas?

Él gruñó. —Vale, lo pillo.

—Cielo tienes que dejar de ponerle tu nombre a todo. Eso debe ser algo psicológico.

Escucharon la risita de la abuela tras ellos.

—Muy graciosa, nena.

Sonrió radiante. —Lo sé.

Boris no pudo evitar sonreír y en ese momento entraron en el pueblo.

—Cielo, necesitamos unas bicis para ir hasta el pueblo. O para hacer rutas.

—¿Te han quedado ganas de hacer rutas?

—Y una escopeta. Necesitamos una escopeta para las rutas. Y un botiquín. Y un teléfono vía satélite. Una brújula, un buen mapa... ¡Un GPS! —Respiró hondo. —Sí, creo que con eso me sentiré segura.

—Perfecto.

Detuvo el coche ante la tienda de Pretty y la chica salió al porche para ver quien era. Su cara de sorpresa les hizo reír. —Pero mira quien está aquí...

Jessel salió del coche y se acercó. —Os dijimos que volveríamos. Abuela, ella es Pretty, fue la primera persona aquí que acudió en nuestra ayuda.

—No sé cómo agradeceréelo.

Pretty se sonrojó. —No fue nada. Todo lo hizo Margaret. —La miró de arriba bajo. —Veo que estás mucho mejor.

—Gracias a Carter y a vosotros.

Su prometido la cogió por la cintura sonriendo a Pretty. —Me alegro de verte.

—Y yo a usted, señor Blacknard.

—Por favor, llámame Boris. ¿Os ha molestado mucho la prensa?

—Cuando supieron los detalles se fueron enseguida. Omitimos a Carter, por supuesto. Solo dijimos que llegasteis caminando.

Él asintió. —Es lo que declaramos a la policía.

—Gracias. Si hubiera salido en la prensa de nuevo lo que pasó, Margaret y Robert lo

hubieran pasado mal.

—Es lo menos que podíamos hacer. ¿Viven en el pueblo?

—No, viven a cinco kilómetros al norte. Pero por favor pasad y tomaros una limonada.

—Sí, que la última vez no pude hacerle demasiada justicia. —Jessel subió el escalón y al mirar el escaparate sonrió de oreja a oreja antes de mirar a Boris. —¿Has visto eso, cielo?

Él estiró el cuello y gruñó mientras la abuela se reía.

—¿Qué pasa? —Pretty miró a los dos perritos que tenía en el escaparate. —¿Os gustan? Les estoy buscando un hogar.

Boris se acercó al cristal. —¿Qué raza son?

—San Bernardos.

—Hostia, nena.

—¡Oh, qué bonitos! ¡Cómo Beethoven!

—¡Crecen un montón y lo van a llenar todo de pelos! Un chihuahua, eso es lo que necesitamos.

Sin hacerle caso entró en la tienda y cogió a uno, pero luego cogió al otro con brazo roto y todo para achucharles. Le rogó con la mirada. —Mira qué bonitos son...

—¿Estás hablando en plural? —Le quitó a uno del brazo malo y este le lamió la cara.

—Son hermanos, no se les puede separar —dijo Pretty maliciosa.

—¿Y los demás?

—Murieron en el parto, los pobrecitos —dijo dramática.

Se acercó a ella y susurró —Cien pavos si se quedan aquí.

—Que más quisieras, pringado de ciudad.

Se volvió hacia Jessel que miraba hacia él con los ojos entrecerrados como si fuera una

leona protegiendo a sus cachorros. —Nena, que vivimos en Nueva York.

—Mira qué bonitos y me encargaré yo de ellos. Tú no tendrás que hacer nada. Además, tienes una casa muy grande.

—Llorarán y los meterás en la cama. ¡Y son enormes!

—Para eso estás tú, para ponerte firme. Yo les doy mimos y tú les echas la bronca.

—¡Para que me odien!

—Los san bernardos son muy fieles y cariñosos —dijo Pretty—. Además, son perros especializados en supervivencia, ¿sabéis? Estos os hubieran traído hasta aquí en un plis plas. Son muy listos.

—¡Y cuando son adultos pesan sesenta kilos! Jessel, ¿y cuando tengamos un hijo?

—Uy, protectores al cien por cien —dijo Pretty—. Les vigilarán mejor que tú.

—Cierra el pico —susurró.

—Ja, ya está en el bote.

—¡Uy, esta es niña! ¡La parejita, cielo!

—La madre que me...

—Sí, por tu madre estamos aquí —dijo la abuela antes de acercarse—. ¿Qué nombre les vais a poner?

—Vale, te dejo que al machote le llames Blacknard.

Él puso los ojos en blanco. —¡No puedes llamar al perro como yo!

—¿Por qué? Así todo el mundo sabrá a quien pertenece.

Entrecerró los ojos como si eso no le molestara demasiado. —¿Y a ella?

—Oh, a ella...

—¿Qué tal si la llamamos Pretty? —La chica le fulminó con la mirada y él sonrió. —Por

nuestra salvadora. Es un homenaje a ti.

—Qué gran idea —dijo entre dientes—. No sabes cómo te lo agradezco.

—¡Me encanta! —gritó Jessel loca de la alegría.

—Pesa un montón, no cojas pesos, niña —dijo la abuela. Cogió al que Jessel tenía en el brazo antes de ponérselo a Boris sobre los brazos—. Qué bien te quedan.

—Oh, mira cielo... —dijo mirando uno de los cientos de cachivaches que Pretty tenía en la tienda—. Son antigüedades...

—Son para los turistas, pero últimamente por aquí no pasan muchos —dijo Pretty.

—La cosa va mal, ¿eh?

—Desde que murió mi madre esto va de mal en peor. Como siga así tendré que cerrar y a ver lo que hago porque por aquí no es que haya mucho trabajo.

Jessel sonrió por dentro. Qué lista era. Sabía que allí había dinero y puede que una oportunidad.

—¿No tienes más familia que tenga negocios o que pueda echarle una mano? —preguntó Boris mientras ella cogía un viejo reloj y haciendo que lo miraba vio de reojo como su hombre echaba un vistazo por el escaparate.

—No —contestó Pretty—. Mi padre se largó siendo niña y desde entonces éramos ella y yo. Pero murió hace tres años cuando por una tormenta un árbol cayó encima de su coche.

—Dios, lo siento —dijo Jessel dejando el reloj

Pretty hizo una mueca. —Son cosas que pasan.

—No estáis potenciando este sitio como deberíais. Necesitáis una campaña de publicidad, actividades al aire libre... —Boris se volvió. —Montar a caballo por la montaña, esas cosas.

Hora de aportar algo. —Y si hubiera un río cerca...

Los ojos de Pretty brillaron. —Claro que hay, uno enorme con rápidos. Le llamamos el ojo del muerto. —La miraron asombrados. —Sí, es que se ahogó uno allí hace muchos años y le faltaba un ojo. Nunca lo encontraron. Al ojo, a él sí claro, sino no hubieran sabido que le faltaba el ojo. —Las chicas pusieron cara de asco. —¿A que es dramático? —preguntó encantada.

—La verdad es que es comercial. —Miró a su hombre. —¿Qué dices tú, cielo?

—La gente es muy morbosa. Y algo de misterio no viene mal.

—Uy, pues misterios aquí hay para aburrir.

—No abusemos. Con lo del río basta. —Boris entrecerró los ojos sin dejar de mirar el pueblo. —Tiene muchas posibilidades. Pensaré en algo.

Jessel le guiñó un ojo a Pretty que sonrió encantada antes de ir detrás del mostrador. —Voy a por la limonada.

—Mira, niña...

Jessel se volvió y vio que su abuela tenía algo en las manos. Era un pastillero que parecía de oro y tenía rosas pintadas en la tapa. —Mi madre tenía uno igual —dijo emocionada—. Lo perdió cuando le robaron el bolso al salir de una tienda. ¿A que es bonito?

—Es precioso, abuela. Y por supuesto te lo regalo.

—Gracias, niña. Siempre pensando en mí.

—Nena, ¿y tu bolso?

—¿Mi qué? —preguntó divertida haciéndole reír por lo bajo.

Pretty sacó la bandeja y la dejó sobre el mostrador. —Marchando una buena limonada casera. Son de mis limones, ¿sabéis?

—Uy, ¿nosotros tendremos limones, cariño?

Él dejó a los cachorros en el suelo y estos le siguieron hasta el mostrador. —Pues no lo sé, tendremos que averiguarlo.

—¿En Nueva York tenéis limoneros? —preguntó Pretty asombrada—. ¿En vuestra casa?

Se echaron a reír. —No —dijo Jessel—. Hablo de la casa de aquí.

—¿Qué casa de aquí? —Se llevó la mano al pecho de la impresión. —¿Sois los que habéis comprado la casa de la señora Preston?

—Los mismos —contestó él antes de beber de su vaso.

—Es una casa preciosa. Y menudas fiestas daba en el jardín trasero. Deberíais hacer una para conocer a toda la comunidad, yo me encargo.

—Una fiesta de agradecimiento.

—Nena, que acabamos de llegar y ni tenemos nada de comer. Por cierto, ¿dónde hay un supermercado?

—El más cercano a cincuenta kilómetros al sur. En Jefferson. Es el más surtido de por aquí. Aunque para cosas de emergencia como que se te olvida la leche, tenéis a la señora Portman. Ojito, que es una choriza de cuidado. Cinco pavos me cobró una vez por la leche. Te aseguro que después de eso no vuelve a olvidársete comprarla.

—Menuda cara —dijo la abuela.

—¿No habéis pensado que esa mujer quiere mantener su tienda abierta? —dijo Boris—. Seguro que la gente dejó de comprarle para ir al supermercado y no tuvo más remedio que subir los precios para cubrir las pérdidas. ¿O siempre actuó así?

Pretty le miró sorprendida. —No, cuando era pequeña mi madre decía que merecía la pena ir a la tienda.

—Pues ahí lo tienes, la mujer no tuvo más remedio que subir ese cartón de leche para cubrir los que se le caducan en la tienda. Es una pena, pero es así. Si no quiere dejar a nadie sin leche, es lo que hay que hacer para mantenerse a flote.

—Pobre mujer —dijo Jessel—. Y los del pueblo poniéndola verde.

Pretty se sonrojó. —Jo, tío... ¡Ahora voy a tener cargo de conciencia!

Él hizo una mueca. —Es la oferta y la demanda. ¿Cuánto cuesta ese pastillero? ¿Qué le has subido? ¿Veinte pavos más porque por aquí no hay donde comprar nada de recuerdo?

Se puso como un tomate. —A ti te subo treinta.

Todos se echaron a reír y Boris dejó el vaso y se cruzó de brazos. —¿No te das cuenta de que vais por el camino incorrecto?

—No te entiendo.

—Lo que quiere decir mi listo futuro marido, es que si pusierais los precios más baratos que en la ciudad, la gente vendría a comprar aquí porque le saldría a cuenta. ¿Cuántos turistas entran y salen sin comprar nada? Si estuviera barato, te aseguro que nadie se iría sin nada. Y con una buena publicidad vendrían de fuera a comprar aquí.

—Exacto —dijo Boris—. El boca a boca y la publicidad en redes es lo que necesita este pueblo.

—El alcalde no hace nada por nosotros.

—Afortunadamente hemos venido nosotros.

Sacó el pollo del horno y los cachorros acudieron locos de contentos porque sabían que algo les caería. —Apartad, como se me caiga os quedaréis sin pollo un mes. —Salieron de la cocina y todo. Jessel parpadeó de la sorpresa. —Sí que son listos, sí.

Su abuela sentada a la mesa de la cocina soltó una risita. —Les ha llamado el jefe.

—Ah, ahora lo entiendo. —Dejó el pollo sobre la encimera y miró por la ventana de atrás para verle reír jugando con ellos. —Mírale, el que protestaba tanto.

Escuchó el motor de un coche y volvió la cabeza hacia la otra ventana. El coche del

sheriff. —¿Qué viene a hacer aquí?

—¿Quién? —Su abuela se acercó. —¿Problemas?

—Digamos que es del bando contrario. Es el padre del chico al que mató Carter.

—Vaya.

Vieron como se bajaba del coche y no tenía muy buena cara. —Sheriff, qué sorpresa. — Boris había rodeado la casa y bajaba el porche.

Salió de la cocina a toda prisa y abrió la puerta principal.

—Me acabo de enterar de que han comprado la casa. Bienvenidos al pueblo.

—Gracias sheriff —dijo Boris dándole la mano—. Es un placer formar parte de la comunidad. —Se volvió hacia ella. —¿Recuerda a mi prometida?

Ella sonrió a modo de saludo. —Sheriff, ¿quiere tomar una cerveza?

—Se lo agradezco, pero estoy de servicio. —Se metió los pulgares en el cinturón y miró la casa. —Es una de las más bonitas de la zona, pero tengan cuidado en el jardín trasero, da al bosque y hemos tenido algún problema con los lobos.

—Tendremos cuidado —dijo ella.

—Han sido muy rápidos en decidirse a tener una propiedad aquí, ¿no?

—En nuestra breve visita anterior nos dimos cuenta de que era ideal para despejar de la locura de Manhattan.

—Claro que sí, esto es muy tranquilo. —Le miró fijamente. —Y queremos que siga siendo así. Me he enterado de que esta mañana han estado en el pueblo y que han hablado con algunos comerciantes.

—¿Hay algo de malo en ello?

—No, claro que no.

—Esa gente tiene negocios que necesitan ayuda y pienso brindársela como buen vecino.

También me he dado cuenta de que necesitamos un médico que viva en el pueblo. Si ocurriera algo grave dependemos del helicóptero y no siempre es necesario. Si hay temas que puede solucionar el médico...

—Eso ya está hablado en el ayuntamiento y se ha decidido que haya un médico para tres poblaciones.

—¿Y lo ve normal? ¿Acaso usted no se ha herido nunca?

—Pues sí y si no puedo esperar a que el doctor llegue, voy yo al hospital del condado.

—Aquí vive mucha gente mayor que no puede coger el coche en un caso así. Pero no creo que discutirlo con usted nos lleve a ningún sitio. Cada uno tiene su opinión. —Jessel sonrió orgullosa. Estos no sabían con quien se habían topado. —Otro tema que me preocupa es que hay poca gente joven en el pueblo y es por la falta de trabajo. Le aseguro que pondré todo de mi parte para que eso cambie en el futuro.

—¡No puede llegar y cambiar Dounfield como le plazca!

—Con el consentimiento de los vecinos, puedo hacer lo que me venga en gana.

—¡Aquí hay reglamentos, hay un alcalde!

—Que es el dueño de la única fábrica de la zona. De muebles, según tengo entendido.

—¡Pues sí! —exclamó muy tenso—. ¡Y si está pensando en poner otra fábrica por aquí, vaya olvidándose! ¡Estamos rodeados de bosques protegidos! Si no quiere echarse a los ecologistas encima...

—No pienso hacer eso. Es más, creo que ellos aprobarían mi proyecto.

Al sheriff se le cortó el aliento. —¿Proyecto?

—Pienso hacer el mayor parque de recreo al aire libre de los Estados Unidos. Respetando las zonas acotadas, por supuesto.

—¡Los turistas lo estropearán todo!

—Los turistas traerán dinero, que es lo que necesitan los vecinos para que sus hijos no tengan que irse a otras ciudades. De hecho, el proyecto ya está en marcha. Mis abogados ya han comprado los terrenos. —Sonrió. —Soy muy decidido cuando quiero algo y me he prometido ayudar a esa gente.

Le miró asombrado. —Pero si llegó esta mañana.

—Los compré cuando fui al pueblo. Los propios vecinos me los vendieron con tal de que mi proyecto salga adelante. Será una oportunidad para todos ellos que no quieren desaprovechar. ¿Qué ocurre, sheriff? Teme que los vecinos teniendo otra fuente de ingresos no les voten a usted o a su hermano en las próximas elecciones?

Le miró con rabia antes de ir hacia su coche. —¡No van a conseguir nada!

—Le aseguro que cuando hago negocios siempre llego a mis objetivos.

Este arrancó y Boris muy serio ordenó —¡Pretty, Blacknard, a casa!

Los cachorros corrieron hacia el porche poniéndose a cada lado de Jessel, que observaba como el sheriff giraba el volante pisando con las ruedas parte de las flores del jardín. La abuela entrecerró los ojos. —Ese hombre no me gusta, niña. Nos traerá problemas.

—Sí, abuela. Eso parece. Nos mira como si nos la tuviera jurada.

Boris se volvió levantando una ceja. —Al parecer no se lo ha tomado bien.

—Prepárate para que te pongan unas cuantas multas.

Él rio por lo bajo. —Lo pondré en la hoja de gastos.

—¿Vamos a cenar? Los peques tienen hambre.

—¿Y el pienso que les hemos comprado? —preguntó asombrado.

—¿Habiendo pollo? Creo que Pretty les daba de comer lo que le daba la gana.

—Estupendo.

—Esto es un pueblo, a los perros se les dan de comer las sobras —dijo la abuela entrando

en la casa—. Que pijos nos hemos vuelto.

—Ya abuela, pero si queremos que estén sanos... —Los cachorros se pusieron a ladrar mirando hacia la puerta del jardín de atrás y Jessel miró por la ventana. —Cariño, cierra bien la puerta, ¿quieres? ¡Hay un oso en el jardín trasero! —La abuela pasmada se acercó a la ventana para pegar la nariz y Jessel chasqueó la lengua. —Novata.

Capítulo 9

Tumbada en la cama vio como Boris entraba en la habitación solo con una toalla en las caderas. —A mi abuela le va a dar un infarto —dijo comiéndoselo con los ojos porque nunca le había visto tanta piel y su corazón se puso como loco al ver esos abdominales. ¿Y ese vellito moreno que bajaba desde sus pectorales? Jamás pensó que eso la excitara tanto. —Hablando de infartos, creo que me está dando uno.

Él sonriendo cerró la puerta y levantó una ceja al ver a los cachorros durmiendo sobre la alfombra.

—No están en la cama —dijo ella rápidamente antes de apartar las sábanas y mostrar su vieja camiseta.

—Preciosa, deberías dormir.

—Ya estamos. ¡Prometiste no negármelo nunca!

Se la comió con los ojos y dejó caer la toalla al suelo provocando que mirara hacia abajo. Ella sonrió alargando la mano. —Cielo, al parecer no vas a negarme nada.

—No podría. —Se apartó cuando iba a tocar su sexo. —Pero mejor no toques que quiero que dure.

—Esto promete. —Se quitó la camiseta, pero esta se enganchó en el hierro del brazo. —Mierda.

—Déjame a mí.

Él se lo desenganchó con delicadeza y la tiró a un lado antes de mirarla a los ojos. —Ya está.

Sonrió. —¿Siempre vas a cuidarme así?

—Nena, ¿te has visto? Desde que me conoces no es que estés en plena forma.

—Pues me siento mejor que antes.

Se tumbó sobre ella. —¿De veras?

—Me siento feliz. Contigo me siento muy feliz. Y cuando no estás...

Al ver que se emocionaba susurró —Eh... Estoy aquí.

—Creí que había perdido todo esto.

—Un bache lo tiene cualquiera. Lo superaremos.

—Estaba tan furiosa... Pensaba renunciar a ti. Quería odiarte.

Una lágrima recorrió su sien y él se la limpió con ternura con el pulgar. —Lo sé. Pero esto demuestra que lo nuestro es mucho más fuerte que lo que nos rodea.

Besó suavemente sus labios, pero Jessel ansiosa abrió su boca lamiendo con la punta de su lengua su labio inferior antes de mordérselo con erotismo y susurrar —Te deseo.

Boris gruñó profundizando el beso y entró en su boca besándola apasionadamente. Ella acarició su cuello respondiendo con ansias y sintió su sexo rozando el suyo, lo que la encendió aún más. Movié las caderas contra él, pero Boris apartó su boca y todo lo demás poniéndose de rodillas ante ella. Se miraron con la respiración agitada. —Cielo, ¿qué haces?

—La vez anterior no nos dio tiempo a nada.

—Nos dio tiempo a lo que en realidad importaba.

—Ya, pero esta vez quiero que dure.

—¿Y no puede durar después?

—¡Mujer deja de discúrmelo todo! —La cogió por el interior de las rodillas y le abrió

bien las piernas cortándole el aliento. —Aquí mando yo.

—Vale, vale. —Se le cortó la respiración viendo cómo se agachaba mientras la sangre corría alocada por sus venas. Al sentir un beso bajo su ombligo gimió de gusto dejando caer su cabeza sobre las almohadas. —Dios... —Sintió su lengua lamiéndola hacia abajo y creyó que se moría de gusto. El roce sobre su piel la estaba volviendo loca, pero cuando llegó a su sexo levantó la cabeza de golpe. —Cielo, eso me hace sentir algo incómoda y no suele gust... —Su lengua rozó sus húmedos pliegues y chilló de la sorpresa. Apoyando los pies en el colchón intentó apartar las caderas, pero Boris la agarró por el trasero impidiendo que se moviera. No había sentido algo así en la vida y cuando pasó la lengua por encima de su clítoris tembló con fuerza haciéndola gritar de placer.

Él rio por lo bajo. —¿Qué decías, nena? —Volvió a lamerla con ansias antes de chupar sobre su sexo provocando que Jessel gritara de nuevo sin ser capaz de entender nada de lo que decía. La palmada en su sexo la sorprendió de tal manera que levantó la cabeza como un resorte. Boris entrecerró los ojos. —¿No te gusta?

—Mejor prescindimos de eso.

Él rio por lo bajo antes de coger el hinchado clítoris entre sus dedos y apretar delicadamente. —¿Y de esto? —Se agachó y lo lamió con ansias.

Fue como si la traspasara un rayo y gritó sintiendo el orgasmo más intenso de su vida mientras él seguía acariciándola con la lengua. —Ya veo que de esto no.

—¡Dios! —gritó tensa como una cuerda antes de recibir otra palmada en su sexo que la hizo estremecerse de arriba abajo volviendo a estallar de placer. Un placer indescriptible.

Mientras Jessel intentaba recuperar la respiración él besó su cuerpo de abajo arriba y ella abrió los ojos para ver como elevaba uno de sus pechos y se lo metía en la boca. Tuvo que cerrar los ojos de nuevo. —Vas a matarme. Déjame que yo...

—Después. —Se elevó y la besó en los labios, pero Boris apartó su boca lo que provocó

que abriera los ojos. —Jamás nada me ha excitado más que ver cómo te corres. —Entró en ella lentamente torturándola y Jessel lloriqueó de placer. Él besó sus labios suavemente llenándola por completo. —Eres preciosa.

—Te amo.

La miró como si fuera suya y salió de ella para entrar en su ser con una contundencia que le robó el aliento y el alma por el intenso placer que la recorrió. —Repítelo.

—Te amo. —Volvió a llenarla. —Te amo. Jamás dejaré de amarte.

—No lo olvides, nena. Nunca vuelvas a dudar de nosotros. —Boris la llenó de nuevo y aceleró el ritmo provocando que todo su cuerpo se tensara hasta llegar al límite entre el placer y la tortura por el deseo de conseguir más. Clavó las uñas en su espalda y la embistió con tal fuerza que todo a su alrededor se desvaneció para dar paso al éxtasis. Algo tan intenso y poderoso que supo que nadie jamás había sentido algo así.

Minutos después él tumbado a su lado miraba el techo aún con la respiración agitada. Parecía serio y eso la preocupó. —¿Qué piensas?

—Que ha sido increíble, perfecto.

Sonrió. —¿De veras? ¿A que ahora estás arrepentido de no haberme dicho que sí en el despacho?

La miró divertido. —No te haces una idea de cómo me arrepiento.

Acarició su pecho pegándose a él y soltó una risita. —El día que te conocí le dije a Clare que me pedirías matrimonio en dos semanas y que íbamos a tener unos niños preciosos.

La miró sorprendido. —¿De veras?

—Qué ojo tengo. —Soltó una risita.

Boris rio por lo bajo. —Eres mucho más lista que yo.

—Lo sé. —Se sentó pasando la pierna sana por encima de él y Boris perdió la sonrisa. —

Estoy bien.

—¿Seguro? No la fuerces.

—Seguro.

Él acarició sus glúteos haciéndola suspirar de gusto. —No hemos hablado de los niños, preciosa.

Le miró a los ojos. —Cielo, eso ya no tiene remedio.

—¿Qué quieres decir?

—No tomo nada y tú no te pones nada. Dos más dos...

—Pero si solo han sido dos veces. Además, es muy pronto para que lo sepas.

—Yo lo sé. Y fue la primera vez.

Rio por lo bajo. —Habla tu deseo de darme un bebé.

—No —dijo convencida—. Yo hubiera preferido esperar hasta después de la boda, pero ya está hecho, así que vamos con ello. Mi abuela se va a morir de la alegría.

Entonces perdió la sonrisa del todo. —Nena, a ver, que parece que hablas en serio.

—Sí, claro.

Se sentó de golpe. —No puede ser ya. Es imposible que sepas algo así.

—Te digo que sí. Tengo los pechos más duros y hace tres días me tenía que haber bajado la regla.

—Pero será un retraso por el disgusto que te llevaste. ¡Por lo del avión! Claro, es por eso. Es que fue gordo, nena. —Ella chasqueó la lengua. —¡Ahora tenemos los perros!

Soltó una risita. —Relájate.

—¿Que me relaje? ¿Hace un mes ni te conocía y ya tengo que casarme, tengo casa de campo, dos perros y ya viene el niño?

—¿Qué has querido decir con eso de que tienes que casarte? ¡No tienes que hacer nada que no quieras!

—¡Pero es que quiero!

—Ah, vale.

—¿Cuánto hay que esperar para hacerse la prueba esa?

—¿Yo qué sé?

—A partir de ahora condón hasta que te baje la regla o hasta que me dé un infarto.

Rio por lo bajo sin poder evitarlo. —Tú querías esto.

—Ya nena, pero con algo de tiempo para digerirlo, ¿te haces una idea de todo lo que ha cambiado mi vida? —preguntó asombrado—. ¡Ahora ni me importa la empresa! ¡A mí que no podía dejar de pensar en ella!

Se tumbó sobre él loca de la alegría. —Si piensas en mí no me importa.

Acarició su espalda. —Joder, nena... Ni te imaginas lo importante que eres para mí.

Estaban desayunando los manjares que había puesto la abuela sobre la mesa y disimuladamente Jessel bajó una loncha de beicon para que los chicos la comieran. Boris mirando su correo electrónico en la tablet suspiró. —Nena, no los malcríes.

—Es que odian ese pienso. ¿Ves? Ni lo han probado.

—Porque saben que les caerán otras cosas —dijo la abuela—. Tu novio tiene razón.

Miró a los cachorros que a su lado esperaban moviendo el rabito. —Lo siento chicos, pero papá y la abuela dicen que no.

Ambos miraron a Boris y ladraron haciéndola reír. —Qué listos sois.

Boris miró a los cachorros y estos pusieron cara de buenos de inmediato. —Tumbaros.

Se tumbaron en el acto y ella le miró asombrada. —¿Cómo lo has hecho?

—Siendo firme. Nena estás al frente de una empresa que diriges con mano de hierro, pues con ellos igual.

Cogió la jarra de zumo y se sirvió otro vaso. —Si nuestros empleados tuvieran esas caritas, sería imposible echarles la bronca.

Él sonrió volviendo a mirar la tablet. —Jessel, ¿sabes que Plexit está en concurso de acreedores?

No pudo disimular su asombro y a toda prisa dejó la jarra para arrebatarse la tablet. Él puso los ojos en blanco antes de coger su café y darle un sorbo. —Gracias a Dios, café de verdad.

La abuela rio por lo bajo sentándose a su lado y le guiñó un ojo. —A mí no me mete esa achicoria.

—Suegra, te quiero.

—Tienes que comprarla. —Ambos miraron hacia ella. Sus ojos brillaban de la ilusión. — ¡Venga! ¡Saca la pasta! ¡Necesito esta empresa!

—¿Necesitas esa empresa? ¿No decías que dejara de comprar?

—¡Eso fue antes de saber que Plexit está en la ruina! Si va a ser un chollo.

—Un chollo de setenta y cinco millones de dólares.

La abuela dejó caer la mandíbula del asombro mientras Jessel respondía —Eso lo recuperas vendiendo las propiedades de la empresa y lo sabes. —Él gruñó antes de beber de nuevo. —Oye, ahora no te hagas el remolón conmigo. Necesito esa empresa. ¿Sabes la cantidad de planes de pensiones que lleva?

—Ni idea, pero seguro que me lo dices.

—Pues tampoco tengo ni idea, pero hace cinco años era la número uno.

—Pues está en la ruina, por algo será.

—Por mala gestión. Cuando le ponga las manos encima...

—Nena, eso no va a pasar.

No pudo disimular su pasmo. —¿Cómo has dicho?

—No quiero más empresas de seguros ni de planes ni de nada. He decidido que tenías razón y que me voy a quedar como estoy. Expandiremos las empresas que tenemos en la actualidad.

—¡Pues eso quiero hacer yo, expandirme!

Apoyó los codos sobre la mesa. —¿Quieres ser más grande?

—¡Sí! ¿No lo he dicho ya?

—Pues busca clientes con lo que tienes. La empresa irá creciendo sin que tenga que gastarme un dólar más.

—¿Entonces para qué compraste Silong?

—Por sus asegurados y como has dicho antes porque tienen un edificio en el centro de Manhattan que vale dos veces más de lo que pagué por ella.

La abuela dejó caer la mandíbula del asombro. —Qué listo eres.

—Gracias, suegra.

—No vale dos veces más —dijo incrédula, pero al ver su sonrisa se llevó la mano al pecho de la impresión—. ¿Lo vale?

—Es un edificio de cinco plantas a dos calles del parque, ¿tú que crees? En cuanto lo tiremos haremos una torre de apartamentos. Creo que decir que vale el doble es quedarme corto.

—¿Cómo que en cuanto lo tiréis? ¿Y qué hago con los empleados?

—Tendrás que reubicarlos en tu edificio. —Bajó la vista hasta la tablet y se la cogió de la mano. —Por cierto, las obras en las tres plantas de abajo no creo que sean suficiente para lo que

tengo en mente. Habrá que hacer obras en todo el edificio.

—¡Pero eso es un caos! Acabamos de fusionarnos y...

—Logan ya está en ello.

—Sin que yo lo supiera.

Levantó una ceja mirando sus ojos ambarinos. —Estás de baja. Si te estoy contando esto es porque estoy comentando mi trabajo. El mío.

Gruñó cruzándose de brazos.

—Vamos nena, no te cabrees. Cuando vuelvas podrás seguir ignorando lo que ordeno para hacer lo que te venga en gana.

—¿Me lo prometes?

—Hecho.

La abuela soltó una risita. —Cómo te conoce.

Boris cogió un bollo de miel y lo abrió en dos. —Joder preciosa, no me extraña que hagas esas tartas que vuelven loca a Clare si has aprendido a cocinar con tu abuela. Esto huele de maravilla.

—Gracias, guapo —dijo la abuela guiñándole un ojo.

—Has debido levantarte tempranísimo —dijo Jessel cogiendo otro bollo.

—Bueno, es que no he dormido muy bien. Cuando hacíais el amor los gritos no me dejaban dormir, pero después tanto silencio me tenía con los ojos como platos.

Se puso como un tomate mientras Boris se atragantaba. La abuela le dio palmadas en la espalda. —San Blas, San Blas...

—Cariño, al parecer en esta casa se oye todo —dijo ella muerta de la vergüenza.

—Ya veo, ya...

—Niña es que menudos gritos pegabas. Hubo un momento que pensé que te estaba

matando.

—¡Abuela!

Esta soltó una risita. —Presiento que vuestro matrimonio va a ser muy dichoso.

Boris sonrió. —Eso espero.

En ese momento sonó el móvil de Boris y se levantó para cogerlo de la encimera. Frunció el ceño al ver el número y se puso el teléfono al oído. —Blacknard.

Distraída con el bollo miró por la ventana y sonrió porque hacía una mañana preciosa.

—Nena... —Se acercó y volvió a sentarse. —Sí, le esperamos hoy mismo. —Tapó el teléfono y dijo —Es el abogado.

—Oh... —Se adelantó interesada.

—Sí, hablaremos con sus padres cuanto antes para que estén preparados. —Miró su reloj. —¿Llegará a las doce? Le esperaremos allí con ellos. Le enviaré la ubicación. Muy bien, gracias.

—¿Ya viene hoy? —preguntó ansiosa.

—Sí. Tenemos que ir a hablar con los padres de Carter para ponerles al tanto. Igual lo creen un atrevimiento.

—No creo que lo vean un atrevimiento si es por su bien —dijo la abuela—. ¿Es bueno ese abogado?

—El mejor de Carolina del Norte. Me lo ha recomendado mi abogado personal en Nueva York. Al parecer es un hacha con mala hostia que nunca ha perdido un juicio.

—Estupendo —dijo Jessel encantada. Entonces pensó en sus padres y que ellos no habían tenido un abogado que les defendiera.

Agachó su rostro y Boris se tensó antes de mirar de reojo a su abuela que dijo a toda prisa —Ese chico necesita toda la ayuda que puedas brindarle. ¿No crees, cielo?

—Sí, claro. —Se metió el bollo en la boca y masticó forzando una sonrisa.

—Nena... —Alargó la mano y cogió la suya. —Oíste a los vecinos, a sus padres... Es buena persona. Tuvo mala suerte, no es justo que viva como lo hace por un accidente.

—No lo sabemos todo y...

—¿Crees que nos precipitamos?

—No lo sé. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¡No lo sé!

Se levantó y salió corriendo de la cocina. Su abuela apretó los labios mientras él se levantaba y Angela le agarró del brazo deteniéndole. —Deja que se desahogue. Necesita sacarlo todo fuera, son muchas emociones en poco tiempo.

Se dejó caer en la silla. —Igual traerla aquí no ha sido buena idea.

—Ha sido una idea buenísima. Ahora no dudes.

Se la quedó mirando. —Tú no tienes rencor a mi madre, ¿no es cierto?

—Es que yo estaba en el hospital ese día.

—¿Qué?

—Yo estaba allí cuando llegó tu madre en la camilla. Se había desmayado en la comisaría al enterarse de que habían muerto y cuando llegó al hospital estaba destrozada. La oí decir que la mataran.

Boris apretó los labios. —Estuvo así varias semanas. Tuvimos que ingresarla por las crisis que le daban. Decía que no merecía vivir.

—He visto su sufrimiento. Segó la vida de dos personas y estoy segura de que se hubiera cambiado por ellas sin dudar. Pero el destino es así y creo que estar aquí hará que mi nieta abra los ojos y se dé cuenta de que no siempre hacemos lo correcto, pero eso no implica que deseemos las consecuencias que acarrear esos actos. A veces esas consecuencias destruyen vidas.

Jessel en la escalera escuchando se limpió las lágrimas que corrían por sus mejillas.

—Solo espero que deje de sufrir —dijo Boris como si estuviera desesperado porque eso pasara.

—Dejará de doler y puede que en el futuro llegue a tolerarla. ¿Quién sabe? Yo creo que es cuestión de tiempo, mi nieta no es rencorosa.

—Ojalá sea así, lo deseo de veras. —Se levantó y gritó —¡Nena, tenemos que irnos!

Se limpió las mejillas de nuevo y respiró hondo antes de aparecer en el vano de la puerta. Forzó una sonrisa. —Estoy lista.

Él se acercó y la cogió por la nuca para abrazarla besándola en la coronilla. —¿Estás bien?

—Sí. —Se apartó para mirar sus ojos. —Sí soy rencorosa.

—¿Hablas de esa lección que querías darme por haberte rechazado en el despacho? No te duró mucho.

Jadeó. —¡Sí que me duró! —Él se echó a reír. —¡Oye, si no hubiera sido por el accidente de avión hubieras sudado sangre!

—Nena, estabas deseando probar aquella cama, que se te notaba en la cara. Cinco minutos más...

—Uff, menos mal que no nos animamos —dijo yendo hacia la puerta—. Hubiéramos tenido que saltar en pelotas.

Riendo cerró la puerta y la abuela les observó subir al coche. —Sí, es el hombre que necesita.

Capítulo 10

Aparcaron ante la casa de Margaret y Robert. El hombre salió al porche y al reconocerles sonrió diciendo algo. Margaret salió de la casa mientras ellos salían del coche. —Buenos días —dijo Boris.

—Qué sorpresa más agradable —dijo ella mirándola fijamente antes de hacer una mueca al ver su brazo—. ¿Cuántos clavos te han puesto?

—Tres.

—Vaya.

—El cirujano dice que quedará muy bien.

—Me alegra saberlo. Por favor, pasad.

Robert palmeó la espalda de Boris. —Ya me he enterado de que habéis comprado casa aquí. Y una casa preciosa, además.

—Estamos muy contentos —dijo ella entrando en la suya. Una talla enorme estaba al lado de la escalera. Representaba dos palomas que parecía que se abrazaban. —Qué bonita.

—La hizo mi hijo Carter hace unos años —dijo Margaret orgullosa—. Se le dan bien esas cosas.

Asombrada miró a Boris que contemplaba otra al lado de la puerta del salón. Era el rostro de su padre y su madre a punto de darse un beso. —Es un artista.

—Para él era un entretenimiento después de trabajar en la fábrica —dijo su padre—.

Ahora es con lo que nos ganamos la vida.

—¿Qué? —preguntaron los dos a la vez.

—Nos deja las tallas en el patio trasero y nosotros las vendemos —dijo la mujer antes de acercarse y decir cómplice —Mi pensión no da para mucho y la de mi marido tampoco. Además, hay que pagar al abogado, ¿saben? Son carísimos. Para lo poco que hizo aún lo estamos pagando.

—De eso queríamos hablarles precisamente —dijo Boris—. ¿Nos sentamos?

—¿No queréis tomar algo? ¿Un café?

—No, gracias —dijo ella—. Acabamos de desayunar.

Se sentaron en los bonitos sofás de flores ante ellos y los cuatro se miraron.

—¿Qué ocurre? ¿Sabéis algo que nosotros no sabemos? —preguntó Robert confundido.

—No, señor Mathison. Pero queremos ayudarles.

—¿Cómo? —preguntó Margaret.

—Hemos conseguido que Albert Gilford se encargue del caso. Es uno de los abogados criminalistas más importantes del estado y está muy interesado en Carter. De hecho, hablé con él ayer por primera vez y vendrá hoy por la mañana a hablar con ustedes.

Margaret se llevó la mano al pecho. —¿De veras?

—Agradecemos mucho tu ayuda, chico —dijo Robert—, pero no podemos permitirnos...

—Todos los gastos corren de mi cuenta. —Asombrados negaron con la cabeza. —Y no pueden negarse por eso, porque es una manera de agradecer la ayuda que su hijo y ustedes nos brindaron.

—Si no hubiera sido por él a saber lo que nos hubiera pasado —dijo ella.

Los ojos azules de Margaret se llenaron de lágrimas. —No sé cómo agradecer...

—No tienen que agradecernos nada. Es un placer.

—¿Y decís que es bueno? —preguntó Robert ansioso.

—El mejor del estado. No pierde un caso —dijo Jessel encantada por la felicidad que irradiaba su rostro—. ¿Verdad, cielo?

—Cierto. Su fama le precede.

—Robert, qué maravilla.

Cogió la mano de su esposa. —Cielo, no te hagas ilusiones. El otro decía que no podía hacer nada por él.

—Yo pondré todos mis recursos en Carter y Albert se dejará la piel, se lo garantizo.

—Eres muy amable —dijo Margaret a punto de llorar.

En ese momento escucharon un chirrido en lo que debía ser la cocina y todos estiraron el cuello hacia la puerta para ver a Carter mirándoles cabreadísimo con la escopeta en la mano. —¿Qué hacen estos aquí?

—Hijo...—Margaret se levantó loca de contenta y corrió hacia él para abrazarle. —Hijo estás aquí.

Se levantaron mientras Robert corría hacia ellos para abrazarle también. —¿Estás bien? —preguntó su padre.

—Sí, padre. Estoy bien.

—Gracias a Dios.

Margaret sollozó apartándose y le agarró el rostro con las manos. —Menudas pintas.

Carter sonrió. —¿No te gusta mi barba?

—Pues no.

Rio por lo bajo antes de mirarles y entonces frunció el ceño.

—Cariño, no se alegra de vernos —susurró Jessel.

—Eso ya lo veo.

—¿Y estos? —espetó Carter.

—Han venido a ayudarte —dijo su madre.

—¿A mí? —preguntó como si eso fuera impensable.

—Sí, a ti. Te agradecen mucho lo que hiciste por ellos.

—Y después de saber las circunstancias que te rodean te lo agradezco aún más —dijo Boris alargando la mano—. Soy Boris Blacknard.

Miró su mano con desconfianza y no se la dio. Boris la dejó caer muy serio por lo que era claramente un insulto.

—Hijo...—dijo Margaret dando un paso atrás—. Solo quieren ayudarte.

—Al parecer Carter piensa que no necesita ayuda —dijo Jessel acercándose—. ¿No es cierto?

—No la necesito. Y menos de unos ricachones.

—Claro... —dijo Boris—. Porque hasta ahora te ha ido muy bien.

—¿Cree que no sé cómo me miraban? ¡Me tenían miedo!

—Nuestras circunstancias eran como para tener miedo, ¿no crees? Estábamos perdidos en el bosque y habíamos pasado por momentos terribles. —Jessel miró a Boris sin entender su actitud. —¿Pero qué le ocurre a este tío?

—Que quiere quedarse en el bosque, eso ocurre.

Sus padres negaron con la cabeza. —Claro que no. —Robert miró a su hijo. —Díselo. Nada te haría tan feliz como regresar a tu vida.

—¿Qué vida? Todos me mirarán como al asesino de ese mamón —dijo con desprecio—. Jamás volveré a ser Carter, el que siempre les ayudaba cuando tenían un problema.

—No, hijo. Todos están de tu parte —dijo su madre—. Te lo aseguro. Y Pretty...

—Será mejor que me vaya.

—¡Pretty sigue esperando! —A Jessel se le cortó el aliento cuando Carter se volvió para mirar a su madre. —Sigue esperándote.

—Pues no sé por qué.

—Te quiere, hijo. Y te sigue amando como antes.

—Dios mío, ¿es que eres imbécil? —preguntó Boris perdiendo la paciencia—. No sé qué películas te has montado en ese bosque, pero todos quieren que vuelvas.

—¡Qué sabrás tú, joder!

—Sé que si Jessel me estuviera esperando, nada me impediría volver.

Le miró emocionada. —¿De veras?

—Tú me esperarías, ¿no?

Jadeó indignada. —¿Lo dudas? ¡Ahora me has cabreado, Blacknard!

Él sonrió divertido antes de mirar a Carter. —El abogado está a punto de llegar. Creo que al menos deberías hablar con él.

—Eso, hijo. No perdemos nada por escucharle —dijo Robert.

—Y de paso dúchate —dijo Jessel poniendo la mano bajo la nariz—. Te aseguro que lo agradeceríamos mucho.

—No puedo —dijo como si fuera idiota—. Así no me huelen los animales.

—Ah... Qué contradicción, ¿no? Porque yo te huelo perfectamente.

—Quiero decir...

—Lo han entendido, hijo —dijo Margaret forzando una sonrisa—. ¿Tienes hambre?

Entró en la cocina dispuesta a hacerle un buen desayuno y Robert dejando salir el aire que estaba conteniendo se acercó a ellos. —No me lo puedo creer, hacía dos años que no entraba en la casa —susurró.

—Es evidente que no está tan aislado como piensan. —Boris no le quitaba ojo mientras

se sentaba en la silla dejando la escopeta a un lado. —Ha oído algo de nosotros, estaba alerta por si veníamos, por eso se ha presentado.

—Pretty. —Los dos la miraron. —¿Si está enamorado de ella creéis que no la ha visitado? Claro que sí. Madre mía, no sé cómo esa muchacha soporta ese olor. Eso sí que es amor. —Boris iba a decir algo, pero ella le interrumpió. —Ni de coña. No te tocaría ni con un palo.

Boris rio por lo bajo mientras Robert fruncía el ceño evidentemente molesto. —¿Y por qué no nos ha visitado a nosotros?

—¡Ay mi niño, lo que debes estar pasando! —gritó Margaret antes de sollozar.

—¡Mamá no me gusta verte así! ¡Cálmate, que te va a dar algo!

Robert hizo una mueca. —Ya veo. —Fue hasta la cocina y dijo —Mujer, ¿quieres calmarte? ¿No ves que está bien? Y tiene más músculo.

Margaret sollozó y Jessel apretó los labios por su sufrimiento. Se preguntó si Boris había sufrido así por su madre. Sí, seguro que sí. Le miró de reojo, la observaba. —Oh, déjalo ya. —Se volvió y fue hasta el sofá dejándose caer. —Lo he pillado, ¿vale? Él protege a su madre y tú protegiste a la tuya.

—Muy bien. —Se sentó a su lado.

—¿No vas a decir nada?

—No, a no ser que quieras hablar de ello.

Negó con la cabeza. —No tengo ganas de ponerme a llorar y menos aquí.

—Bien.

Sacó su móvil y ella jadeó. —¿Qué haces?

—Nena, tengo mil mails que contestar.

—Estamos de vacaciones. De vacaciones por una crisis gordísima. Seguramente la más

gorda que tendremos nunca. ¿En serio quieres mirar los mails?

—Si me acabas de decir que no quieres hablar —dijo sorprendido.

—¿Todavía estáis aquí?

Miraron hacia la puerta para ver que Carter cabreado daba un paso hacia ellos. —Largo.

—No nos vamos a ningún sitio —dijo Boris tensándose—. El abogado está a punto de llegar.

—No les deis esperanzas, joder —dijo entre dientes—. Esto no servirá de nada.

—Lo veremos enseguida. Hostia tío, no te acerques más que nos va a dar algo.

—Sí, ¿cómo lo hace Pretty? —preguntó ella interesada—. Ya lo sé, se pone esa crema de eucalipto en las fosas nasales, ¿a que sí? Como en las pelis donde hay un cadáver en putrefacción.

—No es para tanto.

—Jo, te aseguro que sí.

En ese momento un gato salió disparado de debajo del sofá y saltó para salir por la ventana como si le persiguiera algo. Carter carraspeó. —¡Cuando os salvé el pellejo no os quejabais tanto!

—Sería del shock —dijo ella irónica.

Gruñó saliendo del salón y ella gritó —¡No te vayas!

En ese momento se escuchó el motor de un coche y Boris se levantó para mirar por la ventana. Ella se puso a su lado. —Un Jaguar. Este te va a sacar la pasta.

—Desde que estoy contigo como que me estoy acostumbrando.

Rio por lo bajo. —Si te he hecho más rico.

—Ya veremos a final de año.

—Vas a tener que retractarte, guapo. —Vieron como el hombre que debía tener unos

cincuenta años salía del coche y cerraba la puerta mirando a su alrededor impresionado. Y no le extrañaba porque aquellos bosques eran como para dejar la boca abierta.

Boris salió del salón encontrándose con Robert en la puerta. Ambos salieron decididos y el abogado sonrió. —Impresionante. —Se acercó a ellos. —Supongo que usted es Boris Blacknard —dijo dándole la mano.

—Es un gusto conocerle.

El abogado sonrió aún más. —Le aseguro que el gusto es mío.

—Él es Robert Mathison. El padre de Carter, el acusado.

—Mucho gusto —dijo dándole la mano.

—Gracias por venir.

Alguien gruñó tras ellos y se apartaron para mostrar a Carter. —Hostia, eres igual que los dibujos de Hugh Glass, el famoso trampero —dijo Albert haciéndola reír a carcajadas desde el salón.

Él gruñó mirando a Boris. —Tu mujer me cae fatal.

—Es que no le has cogido el punto, cuando la conocí pensé igual.

Albert se acercó alargando la mano. —Encantado de conocerte.

Robert le hizo un gesto con la cabeza para que le diera la mano y este gruñó dándosela. —Gracias por venir.

—Anda, si tiene educación —dijo ella desde dentro—. ¡Pues a ese le pagamos nosotros, majo!

—No le hagas caso —dijo Boris sin darle importancia.

Carraspeó incómodo. —Siento lo de antes. Mi madre me ha dicho que solo queréis ayudar y... No pierdo nada por esta reunión, ¿no?

—Nada en absoluto. ¿Entramos?

—Sí, por supuesto —dijo el abogado.

Margaret estaba detrás de su hijo. —Ella es mi madre.

—Gracias, gracias por venir.

—Es un placer.

—¿Quiere un café?

—Si me hace el favor...

—Por supuesto, pase al salón.

Jessel esperaba en la puerta del salón y sonrió de oreja a oreja. —Hola chato.

—Nena...

El abogado se sonrojó. —Encantado de conocerla, señorita...

—Es mi prometida, la señorita Grizzard.

—Puedes llamarme Jessel.

—Tiene un nombre precioso.

—Me lo puso mi abuela, ¿sabe?

—¿No me diga?

—Ya la conocerá. Es como yo, pero con cuarenta años encima.

—Entonces será preciosa.

—¿Usted está casado?

Se sonrojó aún más. —En proceso de divorcio.

—Vaya, ¿qué bien no?

—Pues no sé qué decirle.

—Nena...

—¿Qué? Es para romper un poco el hielo. —Se sentó en el sofá y dio dos palmaditas a su

lado. —Venga aquí Albert, que nos va a decir si ese desastre tiene posibilidades.

Robert rio por lo bajo siguiéndoles y Carter gruñó de nuevo. El abogado se sentó a su lado y abrió la cartera. —He revisado el caso. Las declaraciones de la policía y lo que pide el fiscal. Sacó unos papeles que puso ante él en la mesa.

—Vaya, qué eficiente —dijo ella impresionada.

—Gracias. —Miró a Carter. —Hiciste mal al huir. Podías haber alegado defensa propia.

—Mi abogado me dijo que me caerían veinte años —dijo muy tenso.

—Conmigo hubieras salido en libertad condicional, pero ahora...

—Lo hemos empeorado, ¿no? —preguntó su padre.

—Desgraciadamente sí. Huir de la justicia no es lo mejor en estos casos. Ahora no podría librarte con la defensa propia. Al huir la fiscalía lo pintará ante el jurado como que es culpable de homicidio y seguramente ahora pedirá más de esos veinte años.

Jessel perdió la sonrisa por la impotencia en el rostro de Carter.

—¿Cuánto podría conseguirle? —preguntó Boris.

—¿Si hay suerte? Si consigo un trato con la fiscalía unos cinco. Saldrá en dos con buena conducta.

Carter iba a decir algo, pero Boris se cruzó de brazos interrumpiéndole. —No, eso es inconcebible. Tiene que ser declarado inocente o su reputación se dañará ante los del pueblo. Tiene que salir libre.

—Hay una manera, pero...

—¿De veras? ¿Cuál? —preguntó su madre entrando con la bandeja—. Haremos lo que sea.

—El mayor problema que veo en este caso es que la víctima es el hijo del sheriff. Tendríamos que ensuciar la imagen del chico para que el jurado se dé cuenta de que Carter podía

temer por su vida.

—No temía por mi vida.

—Bueno, pero eso no lo digas en ningún sitio, majo —dijo ella exasperada—. Harás lo que se te diga. ¿O quieres vivir en ese bosque para siempre?

El abogado cogió la taza de café que le tendía Margaret. —Gracias. Y sobre lo que estábamos hablando Jessel tiene razón. Tú oír, ver y callar.

Boris levantó una ceja divertido mientras Robert decía —Tenemos muchos amigos que declararían como era ese imbécil. Siempre estaba creando problemas. A un niño de diez años le atropelló al salir del pueblo y le dejó en una silla de ruedas.

Jessel separó los labios de la impresión. —¿De veras?

—Uy, e hizo muchas más. Hace unos años teníamos una heladería. El dueño le pilló robando en el almacén trasero y le denunció al padre. ¿Adivina qué pasó con la heladería? ¡Esa noche se incendió! ¡El pobre Arnold tuvo que mudarse del pueblo!

—¿Y no tenía antecedentes? —preguntó Albert con los ojos entrecerrados.

—Su padre siempre le cubría.

—No será difícil encontrar a ese Arnold —dijo el abogado—. Necesito más historias así. ¿Creen que podrán conseguir testimonios?

—¿Testimonios? Se va a hartar de oír historias.

El abogado sonrió malicioso antes de mirar a Carter. —Me retracto. Cuando acabe con él hasta recibirás una carta de disculpa del gobernador.

Le miró atónito. —¿De veras?

—Ve a ducharte. Necesito que te presentes en el juzgado de inmediato. Te quiero afeitado y bien vestido en una hora.

—Vamos hijo —dijo su madre emocionada cogiendo su brazo—. Te cortaré el pelo y la

barba.

—¿Habla en serio? —preguntó atónito.

—Yo jamás doy esperanzas en vano, chico. —Miró a Boris. —¿Pagará la fianza?

—Claro que sí. ¿Pero cree que el juez pondrá fianza?

—Si consigo que el juez comprenda la situación, estará libre en veinticuatro horas. —

Miró a Margaret. —¿Se lleva bien con el médico?

—De fábula. Fui enfermera.

—Pues necesito un informe de que está enferma del corazón y lo necesito cuanto antes. Alegaremos que temía porque su madre no soportara el juicio y si se ha quedado en el bosque es para cuidarlos. —Miró a Carter a los ojos. —Porque lo hiciste por eso, ¿no hijo? Para cuidarles.

—Temía que el sheriff hiciera algo... No sé. No podía alejarme.

—Además tiene la novia aquí, ¿sabe? —dijo Jessel.

—¡Estupendo! ¿No estará embarazada? Porque los jueces se enternecen con esas historias.

Todos miraron a Carter. —Pues no.

—Mierda. Pues hay que embarazarla.

Asombrada miró a Boris que reprimió la risa. —Cariño, ¿el abogado de tu madre era parecido?

—Como dos gotas de agua.

—Ahora lo entiendo todo. —La miraron sin comprender y ella hizo un gesto con la mano sin darle importancia. —Cosas nuestras.

—Bien, pues pongámonos manos a la obra —dijo el abogado antes de darle un sorbito a su café—. ¡Carter, estoy esperando!

—Vamos, vamos —dijo Margaret tirando de su brazo—. ¡Cariño, llama al doctor para

que venga!

Jessel se levantó. —Bueno, nosotros nos vamos que tienen mucho trabajo por delante.

—Gracias —dijo Robert con el teléfono ya en la mano—. No sé cómo...

—No es nada —dijo Boris—. Albert, si necesitas algo llámame.

—Por supuesto, señor Blacknard.

—Suerte —susurró ella antes de coger la mano de Boris.

De la que salían les escucharon decir —Me gusta el abogado.

—A mí también, nena.

—Me apetece un helado.

—Veremos qué podemos encontrar.

Capítulo 11

Recostados en el sofá uno frente al otro con las piernas enredadas, disfrutaban de la chimenea encendida mientras en el exterior llovía con fuerza. Leían dos libros de crímenes que habían encontrado por la casa. Su abuela hacía crochet sentada en una mecedora y los cachorros dormían en la alfombra. Era un sueño. Dejó caer el libro y miró a Boris que frente a ella pasó la hoja. —Cielo...

—¿Uhhh?

—¿Por qué no lo vendes todo y nos mudamos aquí?

La miró con horror. —¿Qué?

Se echó a reír a carcajadas. —La cara que has puesto.

—Nena, esto está muy bien para unos días, pero yo necesito acción.

—¿No tienes suficiente acción conmigo?

Gruñó tirando el libro a un lado y se incorporó para acercarse a ella haciéndola reír cuando se tumbó sobre su cuerpo para besar su cuello.

—Chicos controlaos...

—Salvada por la abuela —dijo él antes de apartarse. Los perros se tiraron sobre ellos queriendo jugar, pero de repente Pretty se apartó mirando hacia la parte de atrás de la casa. Ladró y Blacknard hizo lo mismo. Se tiraron sobre la pared de debajo de la ventana como si quisieran salir. Boris se levantó para mirar por la ventana. —¿Qué pasa, pequeños? Ahí no hay nadie.

Los perros ladraron con más insistencia. Estaban excitadísimos y Jessel se sentó. —Cielo, hay algo fuera. Que no salgan, seguro que es un oso. Ayer se pusieron así.

Entonces escucharon un estruendo en la cocina y Boris corrió hacia allí. Llegó tras él para ver que habían tirado un adoquín por la ventana que había chocado con las ollas de cobre de la cocina.

—Serán hijos de puta. —Boris abrió la puerta de atrás y gritó —¡Eh tú, si crees que me voy a quedar de brazos cruzados viendo como destrozas mi casa...! —De repente dio un paso atrás.

—¿Boris? —Jessel al ver la sorpresa en su perfil se acercó a toda prisa. —Cielo, ¿qué pasa?

Cayó de rodillas y entonces vio la sangre en su vientre. —¡Boris! —gritó horrorizada arrodillándose a su lado e intentó sujetarlo, pero cayó de costado. —Mi amor, ¿qué...?

—Nena, llama a emergencias —dijo casi sin aliento.

Su abuela ya gritaba al teléfono que necesitaban un médico y Jessel sollozó cogiendo su mano. —No me dejes. Mírame, mi amor.

Él sonrió con tristeza. —Estos de aquí son peores que los de Wall Street, ¿no crees? No se andan con tonterías. —Se miró el vientre y juró por lo bajo. —No tiene buena pinta.

Sin ver por las lágrimas apretó su herida con la mano libre sin importarle si le dolía el brazo. —Enseguida vienen.

La miró a los ojos. —No llores, no soporto verte llorar.

—No puedes hacerme esto, no puedes. ¡No puedes dejarme!

—Y no te dejaré, nena.

—Júramelo.

—Te lo juro. Hostia, arde. —Apretó su mano. —Llama a Michael. Dile que tardaré en

volver.

—No te preocupes por eso.

Se escuchó una sirena acercándose y Jessel se tensó.

—No dejes que ese tipo se encargue de mí.

—No te preocupes. —Se giró. —¡Abuela que no entre! ¡Solo quiere las pruebas!

Los perros gimieron acercándose a él para lamerle la cara. —No chicos —dijo ella.

—¿Cómo que no puedo entrar?

—¡No va a entrar en esta casa! —gritó su abuela.

—¡Apártese o la detengo por obstrucción! ¡Hay un herido!

—¡Y va a tener que dar muchas explicaciones!

—¿Yo? ¿Está loca?

—¡Su hermano o usted están implicados en esto!

—¡Deje de decir disparates! —Se escucharon los pasos de ese hombre. —¡Qué me deje, mujer!

Jessel se levantó poniéndose ante el sheriff. —Va a pagar por esto. Se lo juro por mis muertos.

—Apártese. —La empujó a un lado y juró por lo bajo agachándose junto a Boris. —Joder... —Miró a su alrededor y cogió un par de paños para ponérselos sobre la herida. —¿Ha visto quién ha sido?

—Sabe que no —dijo con rencor—. Pero la bala que tengo dentro lo va a dejar muy claro.

—¡No le toque! —Sacó su revolver de la cartuchera y le apuntó. —¡Aléjese de él!

El sheriff la miró atónito. —Niña, suelta el arma.

—¡Aléjese de él! Abuela coge sus esposas y espósale las manos a la espalda.

Fue hasta él decidida.

—¡Hay que apretar esa herida, se va a desangrar!

Jessel se agachó y apretó con una mano todo lo que podía. Al escucharle gemir le miró.
—Aguanta, cielo.

—Están cometiendo un grave error. —Su abuela se apartó.

—¿Están bien cerradas, abuela?

—Sí, este no se suelta.

Jessel soltó el arma y apretó con las dos manos. Muerta de miedo gritó —¿Dónde está la ambulancia? —Miró con rencor al sheriff—. ¿Qué ha hecho?

—Yo nada.

—¿Y por qué no han venido más con usted? ¿Dónde están los otros coches!

—¡Ryan está en la interestatal!

Se le cortó el aliento. —¿En la interestatal dónde?

—Aún tardará en venir.

Sintiendo que el miedo la recorría de arriba abajo miró a Boris que gimió de dolor cerrando los ojos con fuerza. —Aguanta, cielo.

—Nena...

—Lo sé, tranquilo. Estoy aquí. —Angustiada miró a su abuela que estaba gritando al teléfono que tenían que darse prisa.

Jessel sollozó viendo como la sangre empapaba los paños mojando sus manos de nuevo. Dios, iba a perderle.

—Cielo... —Ella le miró a los ojos y Boris sonrió casi sin fuerzas. —¿Me haces un favor?

—Lo que quieras, mi amor.

—No se lo digas tú a mi madre.

—¡No tendré que decirle nada a nadie! ¡No me vas a dejar! ¡Me lo has jurado!

El sheriff miró por la ventana rota. —¡Ahí está el helicóptero!

—Gracias a Dios —dijo la abuela saliendo de la casa y gritando que se dieran prisa.

—¿Ves, cielo? Ya están aquí.

—Joder, creía que la palmaba en este suelo.

Jadeó. —¿Me has mentido?

—Nena, son cosas que se dicen. No te voy a decir que la casco, eso queda fatal.

Jessel sonrió y se agachó hasta sus labios. —Estos mamones no van a acabar contigo. Eres Boris Blacknard y cuando te repongas arrasarás con todo.

Él entrecerró los ojos. —De eso puedes estar segura, nena.

Sentada en la sala de espera miraba la puerta de manera compulsiva cada medio segundo mientras su abuela a su lado intentaba apoyarla.

—Tardan mucho.

—Cielo, debe ser una operación complicada, pero es joven, está en forma y podrá con ella.

—Claro que podrá con ella —dijo convencida antes de escuchar pasos corriendo por el pasillo. La madre de Boris se acercaba casi corriendo pálida como la cera al lado de otro hombre de su edad, de Michael y otro hombre que debía ser Logan por lo que se parecía a su hombre. Jessel gruñó por dentro.

—Déjame hablar a mí —dijo la abuela.

—¿Qué coño ha pasado? —preguntó Michael atónito.

—Le han pegado un tiro en el estómago. Ahora le están operando —contestó Jessel antes de que su abuela pudiera abrir la boca.

—¿Pero por qué? —preguntó Logan cabreadísimo.

—¡Por meternos en lo que no nos importa! —gritó levantándose y alejándose de ellos.

La abuela forzó una sonrisa. —Está muy nerviosa como es lógico.

—¿Usted quién es? —preguntó Logan.

—Soy la abuela de Jessel. Angela. —Miró a la mujer que no había abierto la boca. —¿Se encuentra bien?

El hombre que la acompañaba la acercó a las sillas. —Cielo, siéntate. Parece que vas a derrumbarte en cualquier momento.

Con los ojos llenos de lágrimas preguntó —¿Se salvará?

—Sí, claro que sí —dijo intentando animarla.

—¡Dónde está ese puñetero médico! —gritó Jessel de los nervios antes de sollozar tapándose el rostro con las manos.

Michael apretó los labios acercándose a ella. —¿Qué es lo que ha pasado?

Levantó la vista hasta sus ojos. —¿Boris tiene contactos en el FBI?

—Sí. Y sino conocemos a varios senadores —dijo Logan acercándose.

—Pues ya les estás llamando. ¡En ese pueblo hay algo muy podrido y quiero que se encuentre al culpable!

—Jessel tranquilízate y cuéntanos qué ha ocurrido —dijo Michael.

—Él solo quería ayudar —dijo angustiada.

Su abuela se acercó. —Yo os lo cuento.

En ese momento salió un médico vestido con un pijama verde de quirófano y Jessel sintió que el suelo temblaba bajo sus pies. Este sonrió y casi se desmaya del alivio. —Es un campeón.

—¿Está bien?

—Ha ido como la seda. Hemos extraído la bala del estómago y no voy a mentirle era grave, pero ni un solo problema. Si todo va bien mañana estará en planta. No podrá comer en unos días, pero se recuperará.

—Gracias a Dios —dijo sintiendo un alivio enorme antes de ver como la madre de Boris se desmayaba cayendo a plomo sobre el suelo. —No, no... —Se agachó a su lado y el doctor hizo lo mismo. —¡Ayúdela! ¡Es la madre de Boris, como le pase algo pensará que es culpa mía!

—Señora Blacknard....

Le dio palmaditas en la cara y ella asombrada le gritó —¿Solo piensa hacer eso? ¡Traiga un carro de paradas o algo, leche, que esta la casca!

El hombre que iba con ella carraspeó. —Ya no es la señora Blacknard, ahora es la señora Stevenson. Llámela por ese nombre, a ver si responde.

Incrédula miró a su abuela que se encogió de hombros y perdiendo la paciencia apartó al médico para agarrarla por los hombros. —¡Elisabeth! ¡Elisabeth despierta! —Le arreó un tortazo que le hizo abrir los ojos como platos y Jessel sonrió como una loca. —Así me gusta, ya te morirás cuando yo lo diga, ¿me entiendes? —La mujer asintió. —¡Ahora levanta el culo de ahí que tu hijo te necesita! —Al levantar la vista vio que todos la miraban espantados. —¿Qué pasa? Se ha despertado, ¿no? ¡Pues eso! —Se levantó de un salto. —Michael, ¿qué haces que no estás llamando? Logan, encárgate de la prensa, esto va a ser un circo.

Logan asintió antes de coger su teléfono y su abuela no pudo disimular su admiración. —Bien hecho, mi niña. Ahora entiendo por qué tu hombre te dio un cargo tan importante.

De repente sonrió. —Se va a poner bien.

—Te lo prometió y es un hombre de palabra. Menudo fichaje, niña. Estoy encantada.

—Y yo abuela, y yo. —Entrecerró los ojos con ganas de sangre. —Ahora tengo que descubrir quién ha hecho esto.

Ante la ventana de la habitación de Boris esperaba que llegara mientras hacía unas llamadas. —¿Cómo que los detectives no han descubierto nada? ¿Qué me estás contando? ¿Ni el FBI? ¿Cómo que han cerrado la investigación? ¡En Dounfield hay corrupción! ¡Solo hay que estar allí cinco minutos para darse cuenta! —Se le cortó el aliento por lo que le decía Logan. —¿Cómo que no fue el sheriff? ¿Que cuando recibió la llamada le estaba poniendo una multa al vecino y no le dio tiempo a hacerlo él? ¡Pues sería su hermano, el alcalde! —Se pasó una mano por la frente. —¿De caza? ¡Claro que estaba de caza, cazaba a mi hombre! —Separó los labios de la impresión. —Que tiene testigos y estaban a cuarenta kilómetros. Dios... Logan, ¿quién le ha hecho esto a Boris? ¡Cómo que no lo sabes! ¡Averígualo!

Colgó el teléfono exasperada e hizo otra llamada. —¿Clare? ¿Cómo va todo por la empresa? —Suspiró del alivio sentándose en la silla. —¿Hemos subido un cinco por ciento? Bien, que continúen con la campaña. Oh, y tengo entendido que Logan ha cancelado las obras de las plantas inferiores porque hay que hacer otra remodelación más a fondo. No quiero que se apruebe ningún proyecto sin mi consentimiento. —En ese momento entró su suegra que la miró tímidamente antes de cerrar. Jessel gruñó. —Te llamo luego, que tengo plancha pendiente.

Se puso de pie y Elizabeth se apretó las manos. —¿Te importa que le espere aquí?

—¿Cómo va a importarme, mujer? —preguntó con ironía.

—Lo siento, pero me han dicho que no puedo estar en el pasillo. —Fue hasta la puerta. —Diré...

—¡Quieta! —Elizabeth se volvió para mirarla sobre el hombro. —¡Puedes quedarte!

—Gracias.

—Eres su madre, ¿quién soy yo para prohibirte la entrada? —Se volvió hacia la ventana y miró su móvil para leer sus mails.

Su futura suegra carraspeó dando un paso hacia ella.

—Ni se te ocurra. Aún estoy intentando asimilarlo y me cuesta un poco controlarme. Puede que mi abuela te haya perdonado, pero si no quieres que yo te despelleje viva... —Se le cortó el aliento.

—¿Qué?

La miró asombrada. —¡Ya sé quien fue!

—¿Quién? —preguntó ansiosa.

—¿Si mataran a tu hijo cómo te sentaría que Boris intentara liberar a quien le mató? ¿Que intentara quitarle el trabajo a tu marido?

—Pues mal.

—¡Exacto! ¡Fue la esposa del sheriff! ¡Tiene acceso a las armas! ¡Eso si no tenía ya la pistola, que no le sería difícil de conseguir!

Elisabeth entrecerró los ojos. —Le darán una coartada y ese arma seguro que ya ha desaparecido.

Apretó los labios rabiosa de la impotencia. —Ellos tienen coartada, ha tenido que ser ella.

—¿Tú te la llevarías? —La miró sin entender. —¿Te llevarías el arma después del crimen? O la tirarías donde crees que no la encontrará nadie. Es lo que haría yo porque no querría que me pillaran en la carretera con ella.

—Está en el bosque.

—Necesitamos un rastreador. Si encontramos el arma encontraremos al culpable.

La puerta se abrió y ambas se volvieron con una sonrisa de oreja a oreja para ver como Boris entraba en la habitación en una cama empujada por dos celadores y ponía cara de sorpresa

al verlas juntas. —Estáis aquí —dijo él agotado—. Y juntas. Al parecer la sangre no llega al río.

—Claro que no —dijo Jessel—. Si nos llevamos muy bien.

Ambas sonriendo como locas asintieron y Boris dijo —¿Estáis drogadas?

Se echaron a reír. —Este hijo mío qué cosas tiene. ¿Cómo te encuentras, cielo?

—Estoy vivo, por muy mal que esté no puedo quejarme.

—Ese es mi chico.

—¿No has avisado a papá?

Elisabeth apretó los labios. —Estaba de crucero y me ha sido imposible localizarle. Volveré a intentarlo esta tarde.

Jessel vio claramente su decepción antes de que dijera —No te molestes. —Miró hacia ella y sonrió. —¿Qué tal, nena? Menudas vacaciones, ¿no?

—Las más increíbles de mi vida —dijo haciéndole reír por lo bajo—. Últimamente no paro de divertirme. —Se acercó y le dio un beso en los labios. —Me alegro de verte, Blacknard.

—Y yo a ti, preciosa. ¿Quién ha sido?

Gruñó apartándose. —No te cabrees...

—¿No le han pillado? —preguntó asombrado.

—Los hermanos Barret tienen coartada.

—Me cago en la puta. ¿Hablas en serio?

—Pero nosotras tenemos una teoría —dijo su madre a toda prisa.

—¡Eh, que la teoría es mía!

—Yo he aportado la clave.

—Tendrás cara, gracias a mis deducciones.

Elisabeth chasqueó la lengua. —¿Esta siempre quiere tener razón?

—Sí, madre. Es algo de su carácter que no me desagrada del todo.

Jessel jadeó. —¿No te desagrada del todo?

Él sonrió alargando la mano y cogiéndola por la cintura para que se sentara a su lado. —
No me desagrada nada.

—Tal para cual —dijo su madre antes de añadir —Creemos que es la mujer del sheriff.

—¡Pero no se lo digas, que si no es luego se decepciona!

—¡Pues haberme detenido antes!

—¡Cómo si alguien pudiera detenerte! —Se arrepintió de inmediato de sus palabras sobre todo al ver como Elisabeth encajaba el golpe perdiendo todo el color de la cara. —Lo siento. —
Los dos la miraron con sorpresa y ella gritó —¡No me miréis así! ¡Yo no soy cruel! —De repente se echó a llorar y se tapó el rostro con las manos.

—Nena... —Él apartó sus manos con suavidad. —Sé que no eres cruel y los dos te agradecemos mucho el esfuerzo que estás haciendo.

—Sí Jessel, no tienes que disculparte. Tiene que ser muy duro para ti y estoy siendo egoísta.

Se le cortó el aliento volviendo la vista hacia ella. —¿Egoísta? Es lógico que quieras estar al lado de tu hijo.

Sonrió con tristeza. —Él puede decir que eso no ha pasado a menudo, ¿no es cierto Boris?

—Madre, no empieces a sacar toda la mierda que no acabaremos nunca.

—No he sido una buena madre y sin embargo cuando más le necesité ahí estaba para mí, para apoyarme. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Pero intento enmendarlo, te lo juro.

—Lo sé, madre.

Miró a Jessel. —Tampoco él me ha perdonado, ¿sabes? Ni lo que hice ni como me

comporté antes de... Pero haré lo que sea para ser una buena madre. Y me gustaría ser una buena suegra para ti si me lo permites.

—Las suegras son odiosas. —Sorbió por la nariz viendo como sonreía aliviada.

—Jamás fue mi intención...

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —preguntó Elisabeth sorprendida.

—Creo que tú te castigas ya por ello y es algo con lo que tendrás que vivir toda tu vida. Es una carga enorme sobre tus hombros. —Pensó en ello durante unos segundos. —¿Quieres redimirte?

—Sí —dijo desesperada.

—Pues intenta hacer felices a los que te rodean para compensar el dolor. Con eso me basta.

—Gracias. —Emocionada se acercó. —Gracias. ¿Un abrazo?

Forzó una sonrisa. —Mejor poco a poco.

—Oh sí, claro. Lo siento. —Sonrió a su hijo radiante. —Me ha perdonado.

—Sí, mamá, pero no la presiones mucho.

Elisabeth se llevó la mano al pecho de la impresión. —Me has llamado mamá. No lo hacías desde que eras un niño.

—A mí sí puedes abrazarme.

Emocionada vio cómo se acercaba a él por el otro lado de la cama ansiosa por hacerlo. — Me has asustado, hijo.

—Lo sé.

Cuando Elisabeth se apartó vio que Jessel lloraba a lágrima viva y perdió algo la sonrisa. Ella ya nunca recibiría un abrazo de su madre, pero aún le quedaba su abuela y ahora tenía a

Boris. Él alargó los brazos y se acercó con cuidado para que la abrazara. —Estoy aquí, preciosa.

—No me dejes, no me dejes nunca.

—Eso no va a pasar. —La besó en la sien mirando a su madre que emocionada la observaba con impotencia. —No te dejaré nunca.

Capítulo 12

Diez días después entraban en la casa de campo y los perros se tiraron sobre las piernas de Boris queriendo que les acariciara. —Ya estoy en casa, pequeños. Ahora os atiendo.

La abuela salió de la cocina limpiándose las manos. —Ya estáis aquí, qué alegría. —Se acercó a él y le dio un abrazo. —Bienvenido a casa.

—Gracias. Me alegro de estar aquí.

—Los vecinos han traído un montón de cosas, que he tenido que congelar porque no puedes comerlas básicamente. Te he preparado un caldito con el que te vas a chupar los dedos y una tortillita de champiñones.

—Eres muy amable. Pero...

—Nada de peros, que no puedes comer otro tipo de comida hasta que el doctor lo diga —dijo Jessel tajante—. Dieta blanda, así que no protestes.

Gruñó mirando a los pequeños. —Me muero por una hamburguesa.

—Y ellos también, pero no puede ser. ¿Se sabe algo, abuela?

—Al parecer Carter no ha encontrado nada en el bosque y mira que ha estado días buscando. Además, se rumorea por el pueblo que esa mujer no mataría a una mosca. Es más, está deseando largarse porque el sheriff tiene una amante desde hace un par de años. Lleva diciéndole a su marido que quiere irse del pueblo desde entonces a ver si se libra de esa mujer. Si no la ha matado a ella... Ah, y me he enterado que al parecer no se lleva bien con su cuñado, así que por

la fábrica no movería un dedo.

Apretó los labios porque cada vez parecía menos culpable. —Leche.

Boris rio por lo bajo. —¿En serio creías que era ella?

—Pues sí. Hala, al sofá a descansar que enseguida llegará tu madre y te llenará de mimos.

—¿Celosa? —preguntó divertido.

—¿De tu madre? Lo que me faltaba por oír.

Le observaron mientras iba hacia el sofá seguido por los perros. —¿Le has recordado lo de la leche a Elisabeth? —preguntó su abuela.

—Sí, la trae con la compra del supermercado. Harold llevaba la lista.

—¿Adivina lo que ha llegado?

—Ni idea. ¿La ametralladora que quería?

—Muy graciosa. Las bicis, atrás las tienes.

—Como para montar en bici está este.

—¡Te he oído! —dijo Boris en el salón.

Salió por la puerta de la cocina y las vio en el porche trasero. Sonrió al ver la cesta de la suya una mucho más clásica que la de Boris. Era preciosa. Un ruido la hizo mirar hacia el fondo del bosque y un reflejo la cegó. Entró a toda prisa en la casa cerrando la puerta. —¿Qué ocurre? —preguntó la abuela.

—Hay alguien ahí —susurró.

—Aléjate de la ventana —dijo asustada—. ¡Te dije que teníamos que irnos a Nueva York!

—Nadie nos va a echar de nuestra casa —dijo entre dientes—. ¡Y esta es nuestra casa! —Apartó la cortina ligeramente para mirar al bosque. Su mirada pasó por los árboles frente a la casa donde le había dado el reflejo. Entonces vio una pierna cubierta con un vaquero al lado de

un árbol. Estaba claro que no era la mujer del sheriff.

—Igual es alguien cotilleando.

Al levantar la vista vio lo que parecía el cañón de un rifle. —Mierda, tiene un arma.

—¿A quién llamamos? ¿A la guardia nacional?

Se volvió hacia su abuela y la cogió de los brazos. —¿A la guardia nacional? ¿Ves cómo necesitábamos la ametralladora? —gritó de los nervios—. ¡Ese capullo no se da por vencido!

—Nena, tranquila. —Se le cortó el aliento volviendo la cabeza hacia Boris que estaba en la puerta con el móvil en al oído. —Cogedle.

Atónita susurró —¿Con quién hablas?

—¿Creías que iba a regresar aquí para arriesgar la vida de nuevo sin estar preparado? Ese no se escapa. Tengo treinta hombres en los alrededores vigilando cada palmo. Alejaos de las ventanas. —Se acercaron a él a toda prisa y las rodeó con sus brazos. —Tranquilas, llamarán enseguida.

—¿Es un grupo organizado de esos? —preguntó la abuela.

—Sí, eran rangers.

—¿Por qué no se me habrá ocurrido a mí? —Los dos miraron a Jessel que se sonrojó. —Lo de la ametralladora también era buena idea.

Boris rio por lo bajo. —Sí nena, era una idea buenísima.

Entonces oyeron gritos y Jessel corrió hacia la ventana. Sin aliento vio como Pretty era mordida por el hombro por un oso enorme que movió la cabeza con furia lanzándola al prado. Tres hombres corrieron para acercarse y se oyeron disparos, pero el oso se lanzó sobre su cuerpo clavando sus fauces en su brazo. Gritó del horror viendo como se lo arrancaba antes de que el animal recibiera un tiro en la frente. El oso cayó a un lado sin vida. —Dios mío...

—Pretty —dijo la abuela impresionada con la mano en el cuello—. ¿Era Pretty? Si

parecía un cielo de chica.

Sin poder creérselo Jessel corrió saliendo de la casa y recorrió el prado acercándose.

—¡Nena, no!

Cuando llegó a su lado vio que aún estaba viva y se arrodilló para intentar ayudarla. Al ver como sangraba gritó —¡Necesito un cinturón!

Uno de los hombres se arrodilló a su lado y empezó a hacer un torniquete.

Sintió que Boris se ponía tras ella. —¿Por qué? ¿Por qué nos has hecho esto? —preguntó él.

—No me dejasteis opción —dijo casi sin fuerzas—. No me dejaría en paz.

—¿Quién? —Viendo que se moría cogió su mano intentando no hacerle daño. —¿Quién no te dejaría en paz?

—Teníais que haberlo dejado estar. —Levantó la vista hacia Boris y sollozó. —Lo siento, pero tenía tanto miedo...

—¿Miedo de quién? Dínoslo. ¿Hablas de Carter? —preguntó él.

Los ojos de Pretty la miraron sin verla. —Ahora seré libre. Libre de él para siempre. — Su cabeza cayó a un lado y Jessel reprimió un sollozo alargando la mano para cerrar sus párpados.

—No se podía hacer nada —dijo uno de los hombres—. Al tirarse el oso sobre su torso, la destrozó por dentro.

Jessel volvió la cabeza hacia Boris que observaba a Pretty fijamente y este alargó la mano. —Vamos nena, ellos se encargarán de Pretty.

—Sí señor Blacknard, vuelvan a la casa por favor, no sabemos si la zona es segura.

Cogió la mano de Boris levantándose y caminaron hacia la casa. —Cielo, ¿qué hemos hecho...?

—Lo arreglaré —dijo él fríamente.

—Por eso soportaba su olor, porque no tenía otro remedio.

—Tranquila nena, no se librará de esta. Todavía tiene un juicio pendiente.

Se le cortó el aliento y se detuvo para mirarle a los ojos que era evidente que querían sangre. —Vas a engañarle.

—Por supuesto que sí y cuando acabe todo me encargaré en persona de que sepa por qué va a pudrirse en prisión.

Jessel golpeó la puerta con el puño dos veces escuchando llantos en el interior. La puerta se abrió y la señora Monroe no pudo disimular su sorpresa por verla allí. —Buenos días.

—Buenos días.

—¿Puedo hablar con Josh, por favor?

—Mi hijo está muy conmocionado con todo lo que ha ocurrido. No ha dormido en toda la noche y...

—Lo comprendo, pero me han dicho que era la persona que estaba más unida a Pretty y me gustaría hablar con él.

Miró tras ella y en ese momento apareció el chico con la cara congestionada de tanto llorar. —Hola Josh, ¿me recuerdas?

—Sí, es la del avión.

—¿Qué te parece si nos sentamos bajo aquel árbol para charlar un poco?

Se encogió de hombros como si le diera igual y salió de la casa a pesar de que su madre no estaba muy predisposta. Jessel forzó una sonrisa. —Serán unos minutos. Gracias por ser tan comprensiva.

Sin esperar su respuesta fue tras el chaval que ya estaba sentado en el columpio que colgaba de la rama del árbol. El pobre estaba desolado y se sentó en el columpio de al lado. — Siento lo que le ha pasado a Pretty. —Josh agachó la cabeza. —Lo siento muchísimo.

—Ella decía que se notaba que eran buena gente.

—¿Pensaba eso?

—Sí —susurró.

—La querías mucho, ¿verdad?

—Sí, mucho. Ella decía que era mi hermana mayor. Mi padre se fue y...

—Así que ejercía de hermana mayor. Los hermanos se protegen.

—Sí, eso decía ella. Siempre cuidaba de mí.

—¿Y tú cuidabas de ella?

El chico se quedó en silencio y Jessel apretó los labios por la pena en su rostro. —Pero no podías protegerla de lo que no llegabas a ver nunca, ¿no es cierto?

—Le hacía daño y nunca daba la cara —dijo con rabia—. Se escondía en el bosque como el cobarde que es. Pero yo sé que es un cobarde y un asesino por mucho que se diga por ahí que no hizo nada. Yo lo vi. Era monaguillo y lo vi. Él mató a Tom a propósito porque le había dicho dos piropos a Pretty antes de la misa. Por eso al salir hizo todo lo posible por buscar bronca. Pretty era suya, lo sabía todo el mundo. Hace un año en un baile del pueblo un guardabosques le pidió una cita y ella le rechazó ante la madre de Carter, aunque yo sabía que le gustaba mucho. Pero tenía que disimular ante sus padres, ante todos. —Le miró con los ojos llenos de lágrimas. —La visitaba y un día le vi salir de su casa. Entré en su casa sin avisar y vi cómo se cubría los morados en los brazos con un jersey. Es un cabrón, te lo juro.

—Te creo, Josh. Pero va a pagar.

—No, ahora tiene un abogado caro y...

Le cogió la mano. —Va a pagar.

A Josh se le cortó el aliento. —Ella no era mala. Tenía miedo.

—¿Y tú tienes miedo?

—Sí, me odia porque ella me quería. Un día me agarró del brazo y dijo que no debía volver por su casa. Que no era hermano de Pretty para estar siempre incordiando. Me hizo daño.

—Pues no va a hacer daño a nadie más, eso te lo juro por lo más sagrado. ¿Me haces un favor?

—¿Yo? —preguntó como si eso fuera imposible.

—¿Me juras que si alguien vuelve a hacerte daño se lo dirás a tu madre?

Él miró hacia la casa. —Está todo el día trabajando.

—Pero te quiere, es evidente que sí. Tienes que apoyarte en los que te quieren.

Sollozó. —Ahora voy a volver a estar solo cuando mamá no está.

—¿Sabes qué? Cuando esté aquí puedes venir a mi casa. Tengo dos cachorros, ¿sabes?

—Fred y Ginger.

—¿Se llamaban así? —preguntó sorprendida.

—Pretty les puso el nombre.

Se mordió el labio inferior. —No nos dijo nada.

Josh rio por lo bajo. —Con tal de librarse de ellos... Pringados de ciudad.

Rio. —Pues a mí me encantan.

—¿No te han destrozado nada?

—Varios zapatos, pero se compran otros y listo. Ya aprenderán.

El chaval se la quedó mirando. —Tú también eres buena.

—Gracias. Ahora vuelve a casa, que tu madre se preocupa. Y no hables de esto con

nadie. Dile que no sabías por qué Pretty se ha comportado así y que hemos hablado de si estabas bien.

—Mañana mamá estará trabajando en un turno doble en la fábrica, ¿puedo ir a tu casa a ver a los cachorros?

Sonrió acariciando su cabello castaño. —Claro que sí. Fred y Ginger se alegrarán de verte.

Él sonrió y fue hasta la casa corriendo para gritar desde la puerta. —¡Hasta mañana!

Ella se despidió con la mano hasta que entró y después fue hasta su bicicleta sintiendo que se la llevaban los demonios.

Sentados a la mesa de la cocina escucharon todo lo que Jessel tenía que decir y cuando terminó Boris juró por lo bajo. —Ese cabrón...

—Ya me imaginaba que era algo de eso —dijo la abuela—. Esto es un pueblo y ha tenido que disimular ante todos para no recibir más palizas de las que ya se llevaba.

Elisabeth asintió antes de mirar a su marido que tomaba una cerveza apoyado en la encimera. —Qué triste.

Este asintió. —Pobre chica. Seguro que pensaba que matar a Boris era una manera de alejaros con vuestro dinero y que dejaríais a ese Carter a su suerte.

—Y que acabaría en prisión —dijo Boris.

Todos asintieron. —Pues ahí tiene que acabar. —Jessel miró a Boris. —Tienes que hablar con el abogado.

—Ya lo he hecho, nena. Se niega a una mala praxis. Al parecer nos ha tocado el único abogado íntegro del gremio. Ni por tres millones de dólares.

Harold silbó. —Es duro de pelar.

—Es un gilipollas —dijo ella levantándose—. Pues no podemos cambiarle porque entonces Carter se dará cuenta de que hay algo raro, eso si no se chiva el abogado.

—No lo hará. —Boris suspiró. —Igual debería hablar con él de nuevo, no sabíamos los detalles. Solo le conté lo que dijo Pretty antes de morir.

—Dios, y ahora está suelto bajo fianza —dijo la abuela mirando hacia la parte de atrás estremeciéndose—. Jamás voy a olvidar lo que ocurrió allí.

—Por eso voy a hacer que trasladen la casa.

Asombrada miró a Boris. —¿Aún quieres quedarte aquí? Nada es lo que parece, cielo. Y si Carter acaba en prisión nos ganaremos enemigos, empezando por los padres de ese cerdo.

—¿Empezando? El sheriff y su hermano no es que sean muy amigos tuyos. Hoy me han puesto dos multas —dijo Harold.

—Gracias por la puntualización, suegro —dijo ella levantando una ceja hacia Boris—. Lo que parecía un lugar idílico no lo es en absoluto. ¡Cuando caímos de ese avión nos tenía que haber quedado claro!

—Nena, estás sugestionada por lo que ha pasado. Lo de Pretty te ha afectado muchísimo.

—¡Pues sí! ¡Porque la chica agradable, simpática y extrovertida que conocimos, resulta que por poco te mata para alejar a un asesino que le zurraba! ¡Y un oso se la ha cargado en mi jardín trasero! ¡Un oso! ¡Algo enorme, peludo, con muy mala leche y garras enormes! ¡Perdona si no quiero que mi hijo corra por un lugar donde puede que le ataque un bicho en cualquier momento! ¡Eso no va a pasar! —Le señaló con el dedo. —¡En cuanto ese cerdo acabe en prisión nos vamos de aquí para no volver!

Asombrado vio como iba hacia la puerta. —¡Me he comprometido con los vecinos!

—¡Qué les den a los vecinos! —Se volvió para mirarle furiosa, pero lo pensó mejor. —A la señora Mills no, que hace una lasaña buenísima. Y a la señora Preston tampoco, que ha sido

muy amable esta mañana preguntándome por ti. Oh y... —Boris sonrió. —¡Borra esa estúpida sonrisa de tu rostro, Blacknard!

—Son buena gente. Incluso los padres de Carter lo son. Y el sheriff intentó salvarme la vida a pesar de lo que hicimos.

Le miró impotente. —¿Y lo del oso?

—Oíste al guardabosques, jamás atacan sin motivo. Ni él se explicaba lo que había ocurrido para que la atacara así.

—Igual el oso quería protegeros —dijo Elisabeth antes de morder una manzana—. Vi una película, ¿la recuerdas, cielo?

—Oh sí, era un trampero que mató al puma que casi se lo come de pequeño.

—Esa. ¿La habéis visto?

—No —contestaron los tres.

—Bueno, pues el oso le ayudaba y cuando se hizo grande le protegía.

—Mamá nosotros hemos tenido poco contacto con los osos, te lo aseguro.

—Eso que tú sepas.

—¡Lo que me faltaba por oír! ¡Ahora resulta que un oso nos protegía! ¡Pues ya nos podía haber protegido antes de que le pegaran el tiro a mi hombre!

Elisabeth entrecerró los ojos pensándolo. —Igual le pilló pescando en el río. Menudo disgusto que se debió llevar el pobrecito porque no llegó a tiempo. Por eso la pilló con tantas ganas. —Masticó la manzana. —Del disgusto.

La abuela entrecerró los ojos. —El día en que llegamos había un oso atrás. A ver si estamos en su territorio o algo así.

Fulminó a Boris con la mirada. —¡Vende la casa!

—Nena, si te encanta.

—¡Aba! ¡Me encantaba! ¡Si no te he llevado a Nueva York pitando es porque quería saber quién había apretado el gatillo! ¡Y menudo disgusto me he llevado! Que ya tenía mala leche la tía, ¿por qué no le pegó un tiro a él y asunto arreglado? —Se le cortó el aliento y todos se quedaron de piedra.

—Eso, ¿por qué no le pegó un tiro a él en el bosque? —preguntó su madre indignada—. Solo tenía que quedar con él y darle matarile. ¿Por qué pegarle un tiro a mi hijo que solo intentaba ayudar?

Boris entrecerró los ojos. —Nena, creo que hay algo que se nos escapa.

—Sí, cielo. ¿Pero qué?

—¿Y si el chico está confundido? ¿Y si no era Carter el que la zurraba? —preguntó la abuela.

—¿Entonces quién? —Jessel recordando las palabras de Pretty susurró —Me libraré de él. Seré libre.

—¿Libre para estar con el hombre que amaba? —preguntó Elisabeth.

Entonces una idea se le pasó por la cabeza y atónita miró a Boris. —Oh, Dios mío. Es Josh.

—Nena, ¿pero qué dices?

—¿No os dais cuenta? Su madre trabaja en la fábrica. ¡Si se lleva a cabo la reestructuración que quieres, su jefe dejará de ser el alcalde! ¡Y Josh cuando no estaba en clase siempre estaba con Pretty!

—Eso es cierto, en el pueblo no dejan de lamentarse por el pobre muchacho —dijo la abuela.

—¡Muchacho que sentía a Carter como una amenaza, porque le advirtió que se apartara de ella! ¡Él la acosaba! ¡Era él quien le pegaba!

—Pero nena, eso no tiene sentido. Si fuera como dices, ¿por qué iba a querer matarme Pretty? ¡Entonces Carter no saldría de prisión y si le amaba...!

—Dijo que si lo hacía, sería libre. Igual le prometió que si lo hacía la dejaría en paz, cuando en realidad lo que Josh quería...

—Era que Carter acabara en prisión con mi muerte.

—¡Exacto! Piénsalo, el chico hace dos años que no se separa de Pretty, la manipula, la acosa y abusa de ella. ¿A quién se lo va a contar? A nadie, en este pueblo sería un escándalo mayúsculo, eso si la creían, claro. Así que se calla y soporta sus abusos mientras su novio en el bosque no se entera de nada. Cuando la visita, Pretty no le cuenta nada, pero Carter ve cosas raras y amenaza a Josh para que la deje en paz. Él simula estar asustado, pero Carter tiene que regresar al bosque y entonces Josh se da cuenta de que tiene que deshacerse de él. Es cuando llegamos nosotros poniendo el pueblo patas arriba. Amenazando la estabilidad del ayuntamiento. Su madre trabaja en la fábrica, a saber lo que decía en casa. Y lo que es peor, vamos a liberar a Carter con un abogado carísimo.

—Entonces amenaza a Pretty.

Los ojos de Jessel brillaron. —Con algo que la asustó muchísimo como para hacer lo que hizo.

—¿Qué te asustaría a ti, nena?

—Que amenazaran a alguien de mi familia. A ti.

—Pero sabemos que Pretty no tiene familia, solo a Carter.

—Pues ya sabemos a quien amenazó.

—Joder con el chaval —dijo asombrado—. ¿Amenazó la vida de Carter para que Pretty me matara y que así su novio no pudiera salir de prisión?

—Un plan perfecto porque él no tenía que pringarse en ningún momento. No había ni una sola prueba que recayera sobre él. Se quedaría con Pretty y Carter se pudriría en prisión mientras

tú bajo tierra dejabas de dar por saco al alcalde y al sheriff.

—A ver si estás metiendo la pata, que tu hombre ya ofreció tres millones por meter en prisión a Carter —dijo su abuela.

Se puso como un tomate y Boris preocupado se pasó una mano por la nuca. —Sí nena, tenemos que asegurarnos.

—¿Cómo? Es obvio que Carter no sabía que la golpeaban porque sino...

—Le hubiera dejado las cosas bien claritas.

—Exacto. Y precisamente por eso ella se callaba para que no se metiera en más problemas. Estoy segura de que nadie sabe cómo es Josh realmente.

—Las madres sabemos muy bien como son nuestros hijos —dijo Elisabeth.

—Su madre no dirá nada, como no lo dirías tú si fuera Boris el implicado —dijo la abuela —. Pero tiene que haber más chicas por ahí que hayan pasado por algo parecido.

Se le cortó el aliento. —En el instituto. Dijo que ahora volvía a estar solo, así que es de esos que no tienen amigos.

—Nena, creo que deberíamos darnos una vuelta por allí mañana.

—Sí, cielo.

Las clases habían empezado hacía diez minutos y Boris miró los carteles indicativos atornillados en la pared. —Por la derecha, nena.

Caminaron hasta administración y abrieron la puerta. Una mujer que estaba tras un mostrador sonrió y dio la casualidad que la conocían del día que llegaron por primera vez al pueblo. —Menuda sorpresa. ¿Cómo se encuentran?

—Muy bien, gracias. Disculpe, pero no recuerdo su nombre —dijo Jessel.

—Es que no nos presentaron. Soy Doris Taylor.

—Encantada, yo soy Jessel y él...

—Sé quienes son y es una alegría lo que están haciendo por el pueblo. Me han dicho que en primavera empezarán las obras. —Miró a Boris. —Siento lo que le ocurrió con Pretty, nos ha dejado a todos de piedra. Con lo buena chica que parecía.

—Eso precisamente es lo que nos ha llevado aquí. Estamos un poco preocupados por Josh. —La mujer sonrió con tristeza. —Al parecer eran inseparables.

—Sí, desde hace un par de años. El chico siempre tuvo dificultades para relacionarse con los demás, ¿pero con ella? No, con ella no, se entendían muy bien. Debe ser porque perdieron a sus padres muy jóvenes los dos.

Jessel levantó una ceja. —¿Pero no es extraño que Josh no se relacionara con sus amigos? Un chico de su edad...

Se acercó para susurrar —Pues si le digo la verdad hubo muchos rumores por el pueblo, ¿sabe? Sobre Pretty y él. De repente él siempre estaba en su tienda cuando no estaba en clase y nos pareció raro a todos.

—¿No me diga?

—Sí, muchos decían que ya que Carter no estaba se había buscado otro entretenimiento. Como no salía con nadie y el chico siempre estaba con ella... ¿No es raro? A mí me parece que sí.

—Sí que es raro, sí. ¿Y los amigos de Josh qué le decían?

—No tiene amigos aquí. Antes tenía a Peggy Costner, pero de repente dejaron de hablarse. —Entrecerró los ojos. —Otra chica muy rara, tampoco se relaciona con nadie. De hecho sus padres vienen a traerla y a llevársela todos los días cuando los chicos de aquí se van en bici. La protegen mucho. Pero no, desde Peggy no ha tenido amigos que yo sepa. Por eso estaba tanto tiempo en la tienda de Pretty.

—Pero Pretty estaba enamorada de Carter —dijo Boris.

—Y le defendía con uñas y dientes —dijo la mujer asombrada—. A todo el que quisiera escucharle le contaba lo que había ocurrido en la iglesia. ¿No es todo muy raro? ¿Qué dice el sheriff de esto?

—No sale de su asombro como todos por aquí —dijo Jessel, aunque no tenía ni idea de su opinión porque no les había dicho nada sobre que estuviera investigando el asunto.

—Es que Pretty siempre fue una buena vecina. Qué pena. Ahora que Carter está cerca del juicio, hace esto. ¿Saben lo que dicen por ahí?

—No, ¿qué? —dijo Boris intrigado.

—Que Pretty no quería que usted viviera para que no sacara a Carter de la cárcel. Yo no sé qué pensar.

—Sobre Josh, ¿cree que necesitará un psicólogo para superar este mal trago?

—Oh, qué buenos son ustedes. No deben preocuparse por él. Nuestro psicólogo ya le ha visitado y dice que todo está bien.

—Dice eso, ¿eh? —preguntó Boris mirando a su alrededor. Entonces vio un mural con un montón de fotos. Algunas muy antiguas, pero él fue hacia una de las últimas, una foto de Josh al lado de un oso—. ¿Y esto?

—Oh, es el oso de Josh.

—¿Qué?

—Bueno, no es que sea suyo. Vive en el parque, pero Josh le da de comer todos los días. Un día pidió permiso para traerlo y a todos les encantó porque estaba muy manso. Luego nos enteramos de que el chico es el único que puede darle de comer porque sino se pone muy agresivo. Tengo entendido que ahora es enorme. —Entrecerró los ojos. —¿No es raro que a Pretty la matara un oso? Hace años que no oía que un oso atacara a nadie y fue porque se toparon de golpe con la osa que llevaba a sus oseznos. Sí que es raro.

Boris se acercó a ella. —¿Qué parque es ese donde está el oso de Josh?

—El Mountain bear. Está a diez kilómetros de aquí hacia el norte.

—Vamos nena.

—¡Gracias! —gritó casi corriendo tras él—. ¿Qué pasa?

—¿No te das cuenta? Si ese oso era del parque debe tener un distintivo que lo diga. Un chip. Los tienen a todos registrados.

—¿Crees que sacó al oso del parque para matar a Pretty?

Se detuvo y la miró. —Creo que sacó el oso sabiendo que volvíamos a casa y su intención era matarnos a nosotros. Pretty fue a rematar el trabajo pensando que así se libraría de él y el oso la atacó. Josh no lo tenía previsto, no entraba en sus planes que Pretty regresara, pero estaba tan desesperada por librarse de él que lo intentó de nuevo sin decirle nada.

—¿Y Peggy?

—Yo tengo ya muy claro lo que le pasó a Peggy y por qué sus padres la protegen tanto. —Abrió la puerta para que pasara. —Después de comprobar lo del oso le haremos una visita.

Se subieron al coche y Boris aceleró dando marcha atrás para salir a la carretera. —Joder nena, le tenemos.

—Espero que tengas razón.

Cerró la puerta del coche y Boris suspiró mirando hacia su casa que tenía las luces de abajo encendidas. —¿Crees que tu abuela se habrá apiadado de mí y me habrá hecho una hamburguesa?

—Sigue soñando.

Rio por lo bajo subiendo los escalones del porche y cuando Boris iba a abrir se detuvo en

seco. —Joder, me he dejado el móvil en el coche.

—Voy yo a por él.

—No espera, que así lo aparco mejor. La rueda delantera está pisando las flores.

—Cielo, estás agotado. Déjalo así. Hoy te has excedido.

Sin hacerle caso fue hasta el coche y lo encendió dando marcha atrás rodeando el jardín para dejar el camino libre. —Será cabezota.

Suspiró entrando en casa y gritó —¡Ya estamos aquí!

Al no recibir contestación dejó su bolso en el perchero y se acercó al salón. —¿Estáis jugando al póker? ¿Por eso estáis tan callados? Espero que sea mucha pasta porque pienso desplu... —Se detuvo en seco al verlos a los tres sentados en el sofá. —¿Qué os pasa?

La abuela le hizo un gesto con la cabeza hacia el otro lado del salón, pero la vitrina le impedía ver la mesa, así que avanzó dos pasos para ver a Josh sentado tranquilamente a la mesa con una pistola en la mano.

—Hola —dijo tan pancho. —He venido a ver los perros y no estabas, así que te he esperado. No está bien invitar a alguien y no estar para recibirle, ¿sabes?

Se le heló la sangre volviendo la vista a su abuela que muy asustada dijo —En cuanto ha entrado los cachorros han salido huyendo.

—Nena, tenemos que cambiar la forma de ese jardín delantero. No deja mucho espacio para los coches.

Ella se volvió y gritó —¡Corre!

Sorprendido se detuvo. —¿Qué pasa?

Josh apareció en la puerta y le apuntó con el arma. Boris apretó los labios. —Ya veo.

—Debéis pensar que soy idiota. ¿Qué hacíais hoy en mi instituto? ¿Preguntar por mí? —gritó furioso.

—Interesarnos por si te había ayudado un psicólogo con la muerte de Pretty, pero ahora está claro que tú tienes algo que ver —dijo Boris con ironía.

—Si la mató un oso —dijo con desprecio.

—Pues si no tienes nada que ver, ¿qué haces aquí con una pistola, Josh?

El chico al darse cuenta de que estaba acorralado le miró con rabia amartillando el revolver. Boris suspiró. —¿Vas a matarme? Eso es lo que querías, ¿no? Quitarme del medio para que no invirtiera dinero en el pueblo.

—¡Mi madre necesita el trabajo en la fábrica!

—Yo no pensaba tocar la fábrica. No hubiera afectado a esos empleos. Es más, hubiera habido más empleos para que la gente no tuviera que irse del pueblo.

—¡Os hubierais hecho con el control en el ayuntamiento y averiguaríais que la fábrica no tiene unos permisos que necesita para su actividad! ¡La hubierais cerrado! ¡Mi madre no sabe hacer otra cosa que pulir muebles! De qué hubiéramos vivido, ¿eh? ¿De dar paseos a caballo? Mi madre ni sabe montar —dijo con desprecio.

—Claro, y es ella la que tiene que mantenerte, ¿no es cierto? —preguntó Jessel con burla haciendo que la apuntara—. Tú no puedes trabajar, estás muy ocupado acosando a mujeres.

—No sé de qué hablas.

—¡Lo sabes muy bien! Lo hiciste con Peggy. ¡Al principio era tu amiga y no dejabas de llamarla, de buscarla, de atosigarla hasta que fuiste a más y la violaste en el gimnasio del colegio! ¡Asustada como estaba se lo dijo a sus padres demasiado tarde como para acusarte de nada porque era su palabra contra la tuya! ¿Qué pasó con Pretty? ¡Lo mismo! Se hizo tu amiga y te volviste un incordio. Pero ella era mayor, ¿no? Se te resistía. Así que amenazaste lo único que le importaba. ¡Carter! ¿Qué fue lo que hiciste? ¿Descubriste dónde se escondía?

Sonrió irónico. —Ese capullo no estaba muy lejos del pueblo, apenas a unos kilómetros. Solo tuve que seguirle y cuando le perdía esperaba allí la siguiente noche que pasaba a verla.

Una noche cada quince. En dos años no falló nunca. Solo tuve que amenazarla con decírselo al sheriff y pude hacer con ella lo que me venía en gana.

—Eres un cerdo —dijo asqueada.

—A ella le encantaba.

Entonces Jessel vio la ventana abierta, esa ventana no estaba así cuando había llegado. Miró a Boris. —Teníamos razón, él la obligó a hacerlo.

—Quería librarse de mí —dijo Josh como si eso fuera algo impensable—. Esa zorra quería librarse de mí y eso no iba a consentirlo. Si mataba a este mamón lleno de billetes también me libraría de Carter. ¡Pero la muy estúpida falló! ¡No dejaba de haber interrogatorios sobre el tema! ¡Tenía que hacer algo porque sino me cogerían!

Boris sonrió con desprecio. —Y la mataste con el oso. Sabemos que era del parque.

Sonrió malicioso. —Le dije que si lo intentaba de nuevo el trato seguiría en pie y me perdería de vista. Que ya tenía otra en mente y que ella me aburría con tanto lloriqueo en la cama.

—Y se lo tragó todo. ¡Fue directa a la muerte con el arma que había disparado a mi hombre!

—¿Qué puedo decir? Eso demuestra que era más estúpida de lo que creía. —Se echó a reír. —Hubiera hecho cualquier cosa por Carter y sabía cómo se tomaría él lo nuestro.

Este apareció desde detrás del sofá con un cuchillo en la mano y su rostro indicaba que iba a matar, pero ellos no movieron el gesto. Josh debió sentirlo y se volvió a toda prisa recibiendo un tajo en el brazo que le hizo soltar la pistola chillando como un cerdo.

—Hijo de puta... —Carter le agarró del cabello levantando su rostro. —¡Mírame!

—Si me matas jamás saldrás de prisión.

Sus ojos mostraron sus ganas de sangre. —¿Crees que me importa? —Giró el brazo y le

clavó el cuchillo en el cuello de parte a parte. Josh le miró con sorpresa antes de caer al suelo.

—Cielo, ahora sí que vendemos la casa—dijo ella temblando de la impresión.

La abrazó por los hombros pegándola a él. —Sí, nena. Creo que el campo no es lo nuestro.

Ya de madrugada y después de declarar todo lo que sabían, pudieron acostarse. Abrazada a Boris susurró —Siempre supo que ocurría algo extraño con Josh. Y después de lo que pasó con Pretty no dejaba de seguirle. Qué pena que no viera antes como sufría ella. Pobre Pretty.

—Joder, tenía diecisiete años. Esto es una puta locura. ¿Hasta qué punto tenía que sentirse presionada por él para hacer lo que hizo?

—Debía amar mucho a Carter.

—Eh...

—Ni hablar, yo jamás hubiera hecho algo así por ti.

—Cielo, has hecho mucho más.

Levantó la cabeza para mirarle bien. —¿Qué he hecho yo por ti?

—Has perdonado a mi madre.

Separó los labios de la impresión porque era cierto. Él acarició su mejilla. —Por mí has dejado a un lado tu dolor y no sabes cómo te lo agradezco, nena.

—Ya puedes quererme, ya.

Él se echó a reír. —Más que nada.

Sonrió abrazándole. —¿Que a nada?

—Tú eres lo más importante.

Se le quedó mirando unos segundos pensando en la suerte que tenía y eso la llevó a pensar en Pretty, en lo que ya no podría tener. Lo que debía estar sufriendo Carter, no se lo quería ni imaginar. Ella había estado a punto de perder a Boris y el dolor había sido insoportable, ni quería pensar en lo que sentiría si ya no estuviera. Al ver que había perdido la sonrisa Boris acarició su mejilla. —¿Qué pasa, nena?

—Me da mucha pena Carter. ¿Crees que se librará de esta?

—Cuando Albert haga su trabajo será un héroe en el pueblo. Me aseguraré de ello, te lo prometo.

Suspiró apoyando su mejilla en su pecho. —¿Qué haremos ahora?

—Yo cumpliré mi parte en el pueblo como me comprometí a hacer y nos iremos a Nueva York a vivir nuestra vida lejos de tanto crimen. Hostia, y los de Nueva York se quejan de la criminalidad que hay allí. Si es un jardín de infancia.

Sonrió y escucharon un gemido. Asombrada se sentó y chilló loca de contenta —¡Han vuelto! —Él rio desde la cama viéndola correr hacia la puerta. —¡Ya voy, mis niños! ¡Ya va mamá!

Apenas dos minutos después entraron en la habitación llenos de barro y locos de contentos. —¡No, no! —Saltaron a la cama tirándose sobre Boris para lamerle la cara y este rio. —Así que guardianes, ¿eh?

—Son muy listos. Sabían que no podían hacer nada. —Jessel se sentó en la cama y acarició a Ginger. —Pobrecitos.

Ginger se giró hacia ella y le puso las patas sobre los hombros como si la abrazara. La pegó a su cuerpo —Mi pequeña, ¿te has asustado? Mamá también.

—A saber lo que les hacía para que se hayan escapado en cuanto le han visto.

—No quiero ni pensarlo.

Intentaron tranquilizarlos y cuando se tumbaron a sus pies Boris dijo —No, abajo.

Obedecieron de inmediato y ella sonrió viendo aquel desastre de cama. Apartó la colcha y la tiró a un lado antes de tumbarse junto a él y taparse con las mantas. —¿Crees que seremos buenos padres?

—Lo intentaremos. Creo que eso es lo importante, nena. —Él acarició un mechón pelirrojo. —Y estamos juntos, juntos podemos con todo.

—Porque nuestro amor es más fuerte que cualquier problema.

—Que cualquier adversidad.

—Que cualquier peligro.

—Que cualquier accidente.

—Que los cuernos. —Al darse cuenta de lo que había dicho frunció el ceño y Boris se echó a reír a carcajadas. —Oye, olvida lo que he dicho.

—Eso te pasa por querer decir siempre la última palabra.

—Qué mentira. —Soltó una risita. Le abrazó. —Te amo.

—Y yo a ti, mi preciosa vicepresidenta. Para mí eres y siempre serás única.

Epílogo

Entró en el piso y los perros corrieron a saludarla. —Hola, chicos, ¿dónde está papá? — Luz salió de la cocina y negó con la cabeza. —¿No ha llegado? ¡Son las seis!

—Jefa, no le eche la bronca que luego tiene munición para echárselo en cara cuando se retrasa usted —dijo cogiendo su maletín y el abrigo dejando a la vista su vientre de siete meses.

—Pues tienes razón. Recuérdame que te suba el sueldo por los consejos.

—¿Otros diez pavos? —preguntó con ironía.

—Oye maja, que más sería abusar. Al final vas a ganar más que yo.

Luz rio por lo bajo abriendo el armario y colgando el abrigo mientras ella se agachaba como podía para saludar a los cachorros que ya habían crecido lo suyo. —¿Cómo están mis preciosos niños?

—Pues encantados de la vida llenándomelo todo de pelos y babeándome continuamente.

—Bah, protesta mucho, pero está encantada. —Se agarró al collar de Ginger y esta tiró hasta ponerla en pie. Suspiró del alivio.

—¿Qué? ¿Hago la cena? Viene la suegra, ¿se acuerda?

—¿Era hoy? Mierda. —Se dejó caer en el sofá agotada.

Luz puso mala cara. —Se exige demasiado. ¡Hoy se ha levantado a las cinco!

—Es que sino no salgo a las cinco y media.

—¿Y para qué quiere salir a las cinco y media si su marido no sale hasta más tarde?

—Hemos quedado que sí, hay que acostumbrarse para cuando llegue la niña. ¡Y no está cumpliendo!

La puerta se abrió de golpe y Boris entró casi sin aliento. Ella sonrió. —¡Cariño casi llegas a tiempo!

Él miró su reloj de oro. —¡Se me ha retrasado! ¡Una fortuna en reloj y se retrasa!

—Casi cuela.

Rio acercándose y le dio un beso en los labios. —¿Qué tal el día, preciosa?

—Ahora que te veo ha mejorado mucho.

Luz puso los ojos en blanco y fue hasta la cocina. —Espaguetis para todos.

Jessel le besó de nuevo. —¿Sabes qué? —susurró contra sus labios.

—No, y ahora no me importa mucho. Solo me importa esto.

—Hoy viene tu madre a cenar.

Se apartó para mirarla. —¿Era hoy? Mierda.

La puerta de la entrada se abrió de nuevo y la abuela entró con un montón de bolsas en las manos. Ambos levantaron una ceja deteniéndola en seco. —Mmm, me he pasado por las rebajas.

Boris se acercó y cogió una de sus bolsas sacando un vestidito rosa. —No creo que sea de tu talla.

—Abuela, ya tiene mil cosas y se le quedarán pequeñas en nada. Deja de comprar.

—Es que es tan mono. Y valdrá para la siguiente.

—Al parecer tu abuela ya ha decidido que habrá siguiente. —Jessel le fulminó con la mirada. —Ah, que la habrá. Gracias por consultarme.

—Cielo, necesita más hermanos. Míranos a nosotros. Nuestra infancia hubiera sido muy

distinta si... ¡Vamos, que va a haber más, no dejes que te suelte el rollo!

Él rio por lo bajo y en ese momento se abrió la puerta de nuevo para ver que Elisabeth se detenía en seco al verles allí. —Uy, ya habéis llegado. —Miró hacia atrás y susurró —Aborta, aborta...

—¿Qué haces, suegra?

—Nena, no.

Salió del piso antes de que nadie pudiera evitarlo y dejó caer la mandíbula del asombro al ver el caballo de madera más grande que había visto nunca. Hasta tuvo que elevar la cabeza porque casi chocaba con el techo. —¿Pero estáis locos?

—¿No es increíble? Se lo he comprado a Carter que lo ha hecho encantado y al final no me ha cobrado nada. Un detalle, ¿no? Así que casi es como un regalo suyo, no puedes rechazarlo. Os envía recuerdos.

—¡Va a ocupar media habitación!

—Pues yo no lo bajo —dijo Harold—. Con lo que me ha costado subirlo por las escaleras. —El portero que estaba tras él jadeó de la indignación sudando a mares.

De repente Jessel se echó a reír. —¿Pero cómo habéis metido eso en el coche?

—Es descapotable. —Su suegra le dio un beso en la mejilla antes de entrar en la casa. —Vamos Harold.

Impresionada vio como entre todos lo metían en el salón. La verdad es que era precioso. Bueno, ya le encontraría un sitio. Igual si tiraban el tabique... Boris le guiñó un ojo. —Te lo consultaron a ti, ¿verdad?

—¿Cómo iba a decirles que no?

—Pues a mí bien que me lo dices.

—Pero no me haces ni caso.

Soltó una risita yendo hacia la cocina. —Pues no. —Cuando llegó hasta la nevera dijo —
Tres, dos, uno...

Su marido entró en ese momento. —¿Qué has hecho?

—¿Yo? Nada —dijo inocente antes de beber de su agua.

—Nena, me voy a enterar igual. Solo tengo que llamar a Clare, amenazarla con el paro y con tal de no quedarse en casa con el insoportable de su hijo me contará la biblia en verso.

—Bueno, igual he hecho la empresa un poquito más grande.

Dio un paso hacia ella. —¿Cómo de grande? ¿Tienes más asegurados?

—Sí. —Soltó una risita. —Unos cuantos.

—Eso es estupendo. La campaña funciona.

—No, no tiene nada que ver. He comprado Plexit.

—¿Que has hecho qué? —El grito se escuchó en toda la casa. La abuela y su suegra pusieron los ojos en blanco.

—Cariño, ha sido un chollo.

—¿Has tomado una decisión así sin consultarme? ¿De dónde has sacado el dinero?

—He pedido un crédito.

—¿Estás loca? ¡Despedida!

—Ya... —Pasó ante él y salió al salón. —Me cambio y bajo enseguida, ¿vale? —les dijo antes de ir a la escalera.

—¡Jessel, estamos discutiendo!

—Eso de nueve a cinco, majo. Que ahora estoy en mi tiempo libre. —Le miró desde arriba seductora. —¿O quieres discutir de otra cosa?

Él carraspeó mirando a los demás. —¿Nos disculpáis un segundo?

Corrió tras ella y Jessel soltó una risita corriendo hacia su habitación.

La abuela sonrió. —Que feliz es... Es maravilloso.

—¿Crees que lo ha superado?

Miró a Elisabeth que nunca era completamente feliz, siempre se veía una pequeña sombra de tristeza en sus ojos. —Sí, lo creo. Aunque nunca dejará de doler.

—Si pudiera hacer algo...

—Cielo, ya no puedes hacer más —dijo su marido.

—¿Quieres hacer algo? Bueno, si le dices que la niña se llame como yo, no la pondrás en conflicto.

Jadeó. —Ni de coña.

—¡Oye, que es mi nieta!

—¡Y la mía!

—¡Yo hablo de Jessel!

—¡Yo hablo de la niña, así que me pilla más cerca!

Boris y Jessel se acercaron a la barandilla y las vieron discutir como locas por cómo se llamaría la niña. —¿Crees que deberíamos decirles que se llamará Alexia? —preguntó Boris.

—¿Y perdernos todo este entretenimiento? —preguntó divertida—. Y todavía quedan dos meses. Nos lo vamos a pasar genial.

Rio por lo bajo. —Cuando se enteren van a saltar chispas.

Le miró maliciosa. —¿No ves que conmigo no pueden cabrearse?

Rio a carcajadas llamando la atención de los de abajo. —Te amo, nena. No podría ser más feliz a tu lado.

—Con lo que me divierte llevarte la contraria, te demostraré que puedo hacerte mucho más feliz. Cuando me empeño en algo...

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

- 1- Vilox (Fantasía)
- 2- Brujas Valerie (Fantasía)
- 3- Brujas Tessa (Fantasía)
- 4- Elizabeth Bilford (Serie época)
- 5- Planes de Boda (Serie oficina)
- 6- Que gane el mejor (Serie Australia)
- 7- La consentida de la reina (Serie época)
- 8- Inseguro amor (Serie oficina)
- 9- Hasta mi último aliento
- 10- Demándame si puedes
- 11- Condenada por tu amor (Serie época)
- 12- El amor no se compra
- 13- Peligroso amor
- 14- Una bala al corazón
- 15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
- 16- Te casarás conmigo

- 17- Huir del amor (Serie oficina)
- 18- Insufrible amor
- 19- A tu lado puedo ser feliz
- 20- No puede ser para mí. (Serie oficina)
- 21- No me amas como quiero (Serie época)
- 22- Amor por destino (Serie Texas)
- 23- Para siempre, mi amor.
- 24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)
- 25- Mi mariposa (Fantasía)
- 26- Esa no soy yo
- 27- Confía en el amor
- 28- Te odiaré toda la vida
- 29- Juramento de amor (Serie época)
- 30- Otra vida contigo
- 31- Dejaré de esconderme
- 32- La culpa es tuya
- 33- Mi torturador (Serie oficina)
- 34- Me faltabas tú
- 35- Negociemos (Serie oficina)
- 36- El heredero (Serie época)
- 37- Un amor que sorprende
- 38- La caza (Fantasía)
- 39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
- 40- No busco marido
- 41- Diseña mi amor
- 42- Tú eres mi estrella
- 43- No te dejaría escapar

- 44- No puedo alejarme de ti (Serie época)
- 45- ¿Nunca? Jamás
- 46- Busca la felicidad
- 47- Cuéntame más (Serie Australia)
- 48- La joya del Yukón
- 49- Confía en mí (Serie época)
- 50- Mi matryoska
- 51- Nadie nos separará jamás
- 52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)
- 53- Mi acosadora
- 54- La portavoz
- 55- Mi refugio
- 56- Todo por la familia
- 57- Te avergüenzas de mí
- 58- Te necesito en mi vida (Serie época)
- 59- ¿Qué haría sin ti?
- 60- Sólo mía
- 61- Madre de mentira
- 62- Entrega certificada
- 63- Tú me haces feliz (Serie época)
- 64- Lo nuestro es único
- 65- La ayudante perfecta (Serie oficina)
- 66- Dueña de tu sangre (Fantasía)
- 67- Por una mentira
- 68- Vuelve
- 69- La Reina de mi corazón
- 70- No soy de nadie (Serie escocesa)

- 71- Estaré ahí
- 72- Dime que me perdonas
- 73- Me das la felicidad
- 74- Firma aquí
- 75- Vilox II (Fantasía)
- 76- Una moneda por tu corazón (Serie época)
- 77- Una noticia estupenda.
- 78- Lucharé por los dos.
- 79- Lady Johanna. (Serie Época)
- 80- Podrías hacerlo mejor.
- 81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)
- 82- Todo por ti.
- 83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)
- 84- Sin mentiras
- 85- No más secretos (Serie fantasía)
- 86- El hombre perfecto
- 87- Mi sombra (Serie medieval)
- 88- Vuelves loco mi corazón
- 89- Me lo has dado todo
- 90- Por encima de todo
- 91- Lady Corianne (Serie época)
- 92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
- 93- Róbame el corazón
- 94- Lo sé, mi amor
- 95- Barreras del pasado
- 96- Cada día más
- 97- Miedo a perderte

- 98- No te merezco (Serie época)
- 99- Protégeme (Serie oficina)
- 100- No puedo fiarme de ti.
- 101- Las pruebas del amor
- 102- Vilox III (Fantasía)
- 103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
- 104- Retráctate (Serie Texas)
- 105- Por orgullo
- 106- Lady Emily (Serie época)
- 107- A sus órdenes
- 108- Un buen negocio (Serie oficina)
- 109- Mi alfa (Serie Fantasía)
- 110- Lecciones del amor (Serie Texas)
- 111- Yo lo quiero todo
- 112- La elegida (Fantasía medieval)
- 113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
- 114- Con solo una mirada (Serie época)
- 115- La aventura de mi vida
- 116- Tú eres mi sueño
- 117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
- 118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
- 119- Sólo con estar a mi lado
- 120- Tienes que entenderlo
- 121- No puedo pedir más (Serie oficina)
- 122- Desterrada (Serie vikingos)
- 123- Tu corazón te lo dirá
- 124- Brujas III (Mara) (Fantasía)

- 125- Tenías que ser tú (Serie Montana)
- 126- Dragón Dorado (Serie época)
- 127- No cambies por mí, amor
- 128- Ódiame mañana
- 129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)
- 130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)
- 131- No quiero amarte (Serie época)
- 132- El juego del amor.
- 133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)
- 134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)
- 135- Deja de huir, mi amor (Serie época)
- 136- Por nuestro bien.
- 137- Eres parte de mí (Serie oficina)
- 138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)
- 139- Renunciaré a ti.
- 140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)
- 141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.
- 142- Era el destino, jefe (Serie oficina)
- 143- Lady Elyse (Serie época)
- 144- Nada me importa más que tú.
- 145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)
- 146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)
- 147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)
- 148- ¿Cómo te atreves a volver?
- 149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)
- 150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)
- 151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)

- 152- Tú no eres para mí
- 153- Lo supe en cuanto le vi
- 154- Sígueme, amor (Serie escocesa)
- 155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)
- 156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)
- 157- Me has dado la vida
- 158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)
- 159- Amor por destino 2 (Serie Texas)
- 160- Más de lo que me esperaba (Serie oficina)
- 161- Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)
- 162- Dulces sueños, milady (Serie Época)
- 163- La vida que siempre he soñado
- 164- Aprenderás, mi amor
- 165- No vuelvas a herirme (Serie Vikingos)
- 166- Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)
- 167- Brujas IV (Cristine) (Fantasía)
- 168- Sólo he sido feliz a tu lado
- 169- Mi protector
- 170- No cambies nunca, preciosa (Serie Texas)
- 171- Algún día me amarás (Serie época)
- 172- Sé que será para siempre
- 173- Hambrienta de amor
- 174- No me apartes de ti (Serie oficina)
- 175- Mi alma te esperaba (Serie Vikingos)
- 176- Nada está bien si no estamos juntos
- 177- Siempre tuyo (Serie Australia)
- 178- El acuerdo (Serie oficina)

- 179- El acuerdo 2 (Serie oficina)
- 180- No quiero olvidarte
- 181- Es una pena que me odies
- 182- Si estás a mi lado (Serie época)
- 183- Novia Bansley I (Serie Texas)
- 184- Novia Bansley II (Serie Texas)
- 185- Novia Bansley III (Serie Texas)
- 186- Por un abrazo tuyo (Fantasía)
- 187- La fortuna de tu amor (Serie Oficina)
- 188- Me enfadas como ninguna (Serie Vikingos)
- 189- Lo que fuera por ti 2
- 190- ¿Te he fallado alguna vez?
- 191- Él llena mi corazón
- 192- Contigo llegó la felicidad (Serie época)
- 193- No puedes ser real (Serie Texas)
- 194- Cómplices (Serie oficina)
- 195- Cómplices 2
- 196- Sólo pido una oportunidad
- 197- Vivo para ti (Serie Vikingos)
- 198- Esto no se acaba aquí (Serie Australia)
- 199- Un baile especial
- 200- Un baile especial 2
- 201- Tu vida acaba de empezar (Serie Texas)
- 202- Lo siento, preciosa (Serie época)
- 203- Tus ojos no mienten
- 204- Estoy aquí, mi amor (Serie oficina)
- 205- Sueño con un beso

- 206- Valiosa para mí (Serie Fantasía)
- 207- Valiosa para mí 2 (Serie Fantasía)
- 208- Valiosa para mí 3 (Serie Fantasía)
- 209- Vivo para ti 2 (Serie Vikingos)
- 210- No soy lo que esperabas
- 211- Eres única (Serie oficina)

Novelas Eli Jane Foster

- 1. Gold and Diamonds 1
- 2. Gold and Diamonds 2
- 3. Gold and Diamonds 3
- 4. Gold and Diamonds 4
- 5. No cambiaría nunca
- 6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

- 1. Elizabeth Bilford
- 2. Lady Johanna
- 3. Con solo una mirada
- 4. Dragón Dorado
- 5. No te merezco

6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón
12. Lady Corianne
13. No quiero amarte
14. Lady Elyse

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.